

.....

DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS DESAFÍOS  
MOCRÁTICOS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS DESAFÍOS D  
RÁTICOS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS

CUADERNOS DE TRABAJO, N° 1, 2004

## NUESTROS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS

© Asuntos Públicos, Centro Avance, Centro de Estudios para el Desarrollo, Ciudadanía Activa, Corporación Tiempo 2000, Fundación Chile 21, Fundación Eduardo Frei Montalva, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

Registro de Propiedad Intelectual N° 137.477

I.S.B.N. 956-7781-01-X

ISSN N° 0718-0489

Enero 2004

Editor responsable: Eduardo Dockendorff  
Coordinación: Hugo Rojas, María Paz Valdivieso  
Diseño de portada: Rodrigo Cociña  
Revisión de textos: Paulina Matta  
Sitio web: <http://www.democratas.cl>

Diagramación e impresión: LOM Ediciones Ltda.

Impreso en Chile / Printed in Chile

1.000 ejemplares

# ÍNDICE

Presentación .....	5
Apertura .....	7
<i>Jorge Navarrete</i>	
¿Quién está pensando sobre el futuro de la Democracia? .....	9
<i>Francisco Huenchumilla</i>	
Los desafíos políticos del cambio cultural .....	11
<i>Norbert Lechner</i>	
La dimensión cultural de la política .....	29
<i>Antonio Cortés Terzi</i>	
Desafíos a la política democrática .....	39
<i>Eduardo Saffirio</i>	
Las ciencias sociales y los desafíos de la política .....	45
<i>Carlos Peña</i>	
Entre la economía neoliberal y el desarrollo democrático .....	53
<i>Ricardo Ffrench-Davis</i>	
El desconcierto en la cultura: patios traseros y movimientos subterráneos .....	69
<i>Francisca Márquez</i>	
Palabras de Cierre: Enfrentando nuestros desafíos democráticos .....	77
<i>Rodrigo Egaña</i>	
Conclusiones .....	79
Anexo "El Reencuentro Democrático y los Desafíos del Futuro" .....	85



.....

## PRESENTACIÓN

La coordinación de centros de estudio vinculados a la Concertación de Partidos por la Democracia ha organizado un proceso colectivo de reflexión y análisis sobre los grandes desafíos de la sociedad chilena, y sobre las posibilidades para seguir avanzando en la consolidación de nuestra democracia, combinando adecuadamente crecimiento económico e igualdad de oportunidades.

Con la finalidad de estimular el debate, los días 12 y 13 de noviembre de 2003 se llevó a cabo el seminario NUESTROS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS. En dicha ocasión los participantes tuvieron la oportunidad de conocer las conclusiones y planteamientos de una serie de investigadores de primer nivel, para luego trabajar con mayor intensidad en las distintas comisiones los planes de acción y las medidas estratégico-políticas recomendadas.

El propósito que animó las exposiciones que a continuación se presentan, fue el interés por recrear un relato compartido que potenciara el compromiso con la profundización de la democracia, y articulara un pensamiento crítico capaz de refrescar el contenido de los actuales debates políticos y los afectos entre los actores que intervienen tanto en el plano de las ideas como en actividades gremiales, políticas, culturales, económicas y sociales en general.



# APERTURA

**JORGE NAVARRETE**

Presidente de la Corporación Tiempo 2000

Ocho centros de estudio ligados a la Concertación han organizado el seminario NUESTROS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS, con la finalidad de iniciar un trabajo destinado a repensar Chile, que nos permita ir formando una agenda común, fijar prioridades y propuestas para consolidar nuestra democracia.

Los objetivos específicos perseguidos se pueden sintetizar en las siguientes tareas:

- Unir una reflexión comprometida sobre el destino de Chile con la acción política responsable, en orden de buscar respuestas colectivas a los problemas privados y públicos.
- Reeditar en el futuro el éxito de la etapa que se cierra con los tres gobiernos de la Concertación. A partir de ahora debemos volver a dialogar y reflexionar entre intelectuales, académicos, profesionales, actores sociales y políticos. Debemos rescatar hoy día lo que fuimos capaces de hacer en condiciones bastante más adversas que las actuales, desde fines de los setenta y hasta que recuperamos la democracia en 1990, época en que las ONG, centros y actores políticos, confluimos en el proyecto de la Concertación.
- Poner en perspectiva de futuro los cambios que hemos liderado en estos trece años. Hoy Chile es un país diferente gracias a que hemos cumplido con los objetivos que nos impulsamos para esta etapa:
  - recuperar la democracia, manejar riesgos de reversión autoritaria y consolidar el funcionamiento de la institucionalidad pública;
  - reinstalar a Chile en la escena internacional como un país digno y respetable, y transformarlo en parte activa de los procesos de globalización;
  - afianzar y potenciar las bases de una estrategia de crecimiento;
  - abordar y buscar soluciones a la inmensa deuda social que heredamos de la dictadura; y
  - asegurar la paz y dar justicia a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos.
- Pero, aparte de mirar con orgullo y solidaridad lo que hemos hecho, también —y sobre todo— queremos repensar y recrear las bases de la democracia chilena, transformarla en el sentido común de nuestra sociedad y asegurar su sustentabilidad en el tiempo. Habrá que seguir perfeccionando las instituciones, fortalecer un ideal ciudadano consciente de sus deberes y derechos, ciudadanizar la política y alentar formas de participación para

.....

responder a los déficits democráticos que exhibimos como sociedad. No queremos una democracia que se supedita al crecimiento económico.

- Redefinir la Concertación como una cultura política progresista de centro-izquierda que tiene en la sociedad su base de apoyo más sólido, y proyectarla más allá de los partidos.
- Y, por último, queremos crear un sentido de pertenencia, una comunidad de ideales, valores y afectos para actualizar y proyectar la obra realizada.

En los últimos años, muchos veían una contradicción entre nuestra responsabilidad de sostener al gobierno y nuestra responsabilidad de pensar qué viene después, mirando hacia el futuro. Quiero destacar como algo particularmente favorable para el propósito que nos hemos impuesto las palabras del propio Presidente Ricardo Lagos, en una reunión efectuada en una de las instituciones convocantes al seminario, precisamente sobre los desafíos que quedarán pendientes una vez que hayan terminado los tres primeros gobiernos de la Concertación. Es muy importante tener presente que es compatible nuestra absoluta solidaridad y apoyo al Presidente Lagos y su gobierno —hasta el último día—, con la necesidad que tenemos de discutir cuáles van a ser nuestras prioridades, valores predominantes y orientaciones programáticas fundamentales para el período que viene.

El estímulo de pensar en los desafíos que tenemos como país no proviene sólo del Presidente. El apoyo del Ministerio Secretaría General de la Presidencia ha sido fundamental para la realización de esta iniciativa, planteándonos tareas, proporcionándonos información y participando con enorme respeto, en calidad de observador, de nuestras actividades.

# ¿QUIÉN ESTÁ PENSANDO SOBRE EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA?

FRANCISCO HUENCHUMILLA

Ministro Secretario General de la Presidencia

A la luz de nuestras tareas políticas contingentes y de nuestro quehacer cotidiano, estimamos que no es posible hacer política sin tener ideas que sustenten el accionar político, y no es posible hacer política sin saber a dónde nos dirigimos. Por muy bien que hagamos las tareas, el pueblo nos va a juzgar por lo que podamos ofrecerle para el futuro. Considerando estos aspectos, hemos estado propiciando este encuentro de reflexión con los centros de pensamiento.

Cuando uno conversa con los que han sido nuestros grandes líderes de la Concertación, siempre la pregunta es la misma: ¿Quién está pensando en la Concertación?, ¿de quién es esa tarea? Porque todos tenemos roles distintos: los parlamentarios haciendo su tarea en el Parlamento, en contacto con la gente, con el cable a tierra, viendo lo que la gente siente y percibe de nuestra tarea; los ministros en las actividades de administración y ejecución; y el gobierno siempre atento a los desafíos de dar fiel cumplimiento a su programa y cometidos estratégicos.

En medio de este escenario difícil que hemos vivido en estos tres primeros años, con todos los problemas que ustedes saben, nos pareció —cuando llegamos al Ministerio— que esta era una línea muy importante de trabajo: tener un diálogo motivador con los centros de estudio de la Concertación, para recordarles desde el gobierno que lo que ustedes hacen es importante; y, más que eso, es imprescindible.

Siempre el ciudadano que llega a la jefatura de estado tiene una mirada en perspectiva, y esa mirada es —o pasa por— cumplir bien su tarea, por cumplir bien su programa. Pero esa tarea no estaría cumplida si no estuviese ligada a una mirada hacia adelante. Y esa mirada pasa también porque el pueblo vuelva a aprobar el re-concurso que queremos hacer el año 2005.

Esa será la medida, la prueba de que no sólo estamos haciendo bien la tarea, sino que le estamos ofreciendo a Chile un futuro distinto; le estamos abriendo un camino de esperanza, un camino en medio de un escenario que ha cambiado bastante, donde hay tantos ganadores, pero donde también queda una inmensa cantidad de compatriotas que no han ganado, y donde la inmensa mayoría se siente insegura. Y es así porque la lógica en que se mueve el mundo ha cambiado, porque tenemos un país que va más allá de sus fronteras, en todos los planos: el económico, el financiero, de las comunicaciones y, sobre todo, en el plano cultural.

.....

Tenemos una responsabilidad con nosotros mismos y con la gente, como Concertación, como coalición. Hemos sido capaces de trabajar juntos y unidos en nuestras diversidades en estos trece años —y llegaremos a dieciséis el 2005—, y la sabiduría nuestra estará en poder ver cómo lo hicimos, en qué fallamos y en qué podemos mejorar.

Y si tenemos la sabiduría de renovarnos, podremos decirle a la gente: “Pueden seguir confiando en nosotros, porque nosotros queremos responder a los desafíos de hoy, que no son los mismos del 89, son otros”. Y que la gente sienta íntimamente que este es un país que nos pertenece a todos; que cuando diga PATRIA, diga “sí, yo me siento partícipe de un sentimiento común”.

Quiero, en nombre del Ministerio Secretaría General de la Presidencia, felicitar este esfuerzo. Vamos a seguir apoyando estas iniciativas y sabemos que de estas ideas podrá germinar el fruto necesario para que los líderes políticos lo aprovechen y, cuando corresponda, se presenten ante la ciudadanía diciéndole: “Nosotros les ofrecemos esta visión, esta esperanza, porque estamos convencidos de que somos la mejor alternativa para Chile”.

# LOS DESAFÍOS POLÍTICOS DEL CAMBIO CULTURAL\*

NORBERT LECHNER

Consultor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo

Si por cultura entendemos las «maneras de vivir juntos», al decir de Unesco, es evidente que estamos viviendo un profundo y rápido cambio cultural. Están cambiando tanto las maneras prácticas de vivir juntos como las representaciones e imágenes que nos hacemos de dicha convivencia social. Pues bien, ¿qué desafíos se desprenden de dichos cambios para la política? Mi reflexión se refiere a Chile, un caso interesante, porque muestra un exitoso desarrollo económico y social y una sólida estabilidad política. Desarrollaré mi argumentación en cuatro pasos: (1) comenzaré por recordar algunos cambios en las experiencias cotidianas y los imaginarios colectivos para, después, (2) exponer algunas señales de desarraigo afectivo y (3) la erosión de los imaginarios de un Nosotros. En la parte final (4), presentaré algunos desafíos que se desprenden de estos procesos para la política. El análisis descansa sobre los resultados del informe sobre el Desarrollo Humano en Chile 2002, pero las conclusiones son de mi responsabilidad exclusiva.

## 1. LOS CAMBIOS CULTURALES

### Una globalización interiorizada

La globalización no se reduce a los procesos económicos y tecnológicos. Incluye una dimensión cultural. Ella no significa, empero, una «cultura global» uniforme, por mucho que la profusión mundial de ciertos productos y marcas haga pensar en una homogeneización que aplana las particularidades nacionales. En realidad, cada sociedad procesa, combina y rearticula de una manera específica los elementos que circulan al nivel mundial. Esta apropiación y «nacionalización» de los procesos globales afecta no sólo los lazos y hábitos sociales, sino también los esquemas mentales que nos eran familiares. Tiene lugar una redefinición de los límites espaciales (interno/externo) y la compresión de los horizontes temporales (antes/después). Desde luego que la sociedad nacional sigue siendo el universo habitual de la vida cotidiana. Sin embargo, se vuelve más difícil hacerse una idea de ella. ¿Dónde termina el país y dónde comienza el mundo? Tienden a desdibujarse las líneas de inclusión y exclusión que configuran los límites de un orden social. Tenemos países, pero «la sociedad» ha dejado de ser un hecho evidente.

\* Esta ponencia corresponde a una versión mejorada de la intervención del autor en el seminario «Desafíos del Progresismo en el Chile Actual» (Corporación Tiempo 2000, 17 de enero de 2003), publicada en revista Nueva Sociedad, N° 184, marzo-abril 2003, pp. 46-65.

## Un acelerado proceso de individualización

Uno de los cambios más importantes —considerando la tradición comunitaria de América Latina— es la creciente individualización. El individuo se despega de los vínculos y hábitos tradicionales que, a la vez, lo encerraban y lo protegían. Esta «salida al mundo» hace parte de un proceso de emancipación que permite al individuo ampliar su horizonte de experiencias, incrementar sus capacidades de participar en la vida social y desarrollar sus opciones de autorrealización. La expansión de la libertad individual es notoria por doquier, especialmente entre los jóvenes. Sin embargo, no todos alcanzan a disfrutar las oportunidades. Considerando que no hay individuo al margen de la sociedad, la individualización depende de las opciones y los recursos que ofrece la sociedad en determinada época histórica (por ejemplo, nivel de educación y manejo de las herramientas de información y conocimiento). En tanto nuestra sociedad se vuelve cada vez más compleja y diferenciada, crecen las posibilidades, pero también las dificultades para la autodeterminación del individuo. En lugar de las pocas clases y fuerzas sociales de antaño, ahora una multiplicación de actores y una variedad de sistemas de valores y creencias amplían el abanico de lo posible. Al mismo tiempo, empero, esa pluralización de los referentes normativos y la competencia entre esquemas interpretativos dificultan la elaboración de un marco de referencias colectivas. Una vez despojado de sus anclajes en la tradición, se ha vuelto difícil que el hombre pueda apropiarse de su condición histórica. De ahí que muchos individuos vivan la construcción de «sí mismo» y la búsqueda de un Yo auténtico como una presión angustiante.

El proceso de individualización que en Europa avanzó lentamente, compensado por la persistencia de fuertes lazos comunitarios durante largo tiempo, adquirió entre nosotros una velocidad dramática. Las políticas neoliberales aceleraron la individualización en el ámbito económico, entregando al individuo la responsabilidad de decidir por su propia cuenta y riesgo su futuro. De ahora en adelante, cada persona es libre de elegir su situación en términos de previsión social, seguro médico y educación de los hijos. Esa «libertad de elegir» amplía las opciones para muchos individuos, al mismo tiempo que significa para muchos otros la pérdida de la protección que ofrecía el estado de cara a la incertidumbre y los infortunios de la vida. En estos casos, la inseguridad existencial empuja a la gente a refugiarse en la familia.

Las muy desiguales oportunidades de individualización pueden apreciarse en el débil sentido de eficiencia personal. Muchos individuos perciben que el rumbo de sus vidas ha dependido más de circunstancias externas que de las decisiones propias. En especial, las personas de estrato bajo se encuentran en la situación dramática de no vivir su vida. Ellas suelen carecer de redes sociales y de «capital social» que les ayude a hacer frente a una realidad aparentemente todopoderosa. Impotentes, muchas personas se ven impulsadas a replegarse al mundo privado. En este contexto tiende a producirse una individualización a-social. Ilustrativo del «individualismo negativo» sería la consigna «andando bien las cosas en casa, lo que pasa en el país tiene poca importancia». Quiero subrayar que dicha «privatización» no es un asunto privado: es el resultado de una determinada manera de organizar la convivencia social.

## Una sociedad de mercado

La expansión del mercado es más que una política económica. Transformarlo en el principio organizativo de la vida social implica un proyecto cultural, en la medida en que propone un cambio deliberado de las prácticas y representaciones de la convivencia. El mercado fomenta una «individualización» de la responsabilidad y una flexibilización del vínculo social que modifican nuestras formas de «vivir juntos». La «libertad de elegir» del consumidor no está restringida a la elección de bienes y servicios; ella se encuentra incorporada a un nuevo imaginario colectivo. Esta imagen del individuo-consumidor justifica no sólo nuestra conducta en el supermercado, sino también la libertad de elegir nuestra religión o costumbres sexuales. Más allá de las relaciones laborales, la «flexibilización» irradia sobre los lazos sociales, incluyendo las relaciones afectivas de pareja o el carácter de la pertenencia asociativa. Así, el imaginario del mercado y del consumo refuerza la autoimagen del individuo autónomo, al mismo tiempo que socava la autoridad normativa de padres e iglesias y el rol de la educación escolar en la conformación y transmisión de un acervo cultural compartido.

Anverso de lo anterior es un redimensionamiento del Estado Nacional. El impacto de su transformación proviene del carácter político que ha tenido la cultura en los principales países latinoamericanos. Desde la independencia, los estados buscan conformar una identidad nacional mediante la sacralización de una historia oficial y la canonización de una cultura nacional. Modelan así las tradiciones y memorias colectivas que contribuyen no sólo a unificar al pueblo (como principio de legitimidad política), sino a incorporarlo (en tanto «plebe») al sistema de dominación. El sentimiento de pertenencia es reforzado posteriormente por la expansión de la educación y otras políticas públicas a lo largo del siglo pasado. Ese papel pionero del estado se manifiesta, especialmente en Chile, en el imaginario «estado-céntrico» de la sociedad.

Las reformas neoliberales del estado tendrán, pues, consecuencias directas sobre la producción cultural. Por un lado, el papel gerencial atribuido al estado tiende a escamotear su función de representación simbólica del orden social. El estado deja de simbolizar lo duradero, lo que existía antes de que nacéramos y que existirá después de nuestra muerte. Por el otro, la reestructuración económica disminuye la presencia del estado en la vida cotidiana del ciudadano, que antes proporcionaban los servicios públicos. El viejo imaginario «estatista» pierde sus anclajes concretos. Sin embargo, se mantiene una especie de nostalgia de la protección estatal.

## Una cultura de consumo

La «sociedad del trabajo» parece ceder el primado a una «sociedad de consumo». El trabajo no desaparece, por supuesto, pero cambia de significado al interior de un imaginario social centrado en el consumo. Incluso las desigualdades se dan en —y son exacerbadas por— una cultura de consumo. En general, los pobres no viven una cultura aparte de los ricos. Por muy material que sea la pobreza, ella no es un dato objetivo, sino una situación definida por la

.....

sociedad. Por consiguiente, resulta decisivo el marco cultural en el cual se da nombre a la pobreza. A través de la televisión, la publicidad y otros dispositivos, incluyendo la vivencia de la gran ciudad, la cultura del consumo influye de manera determinante sobre el modo en que las personas y, en especial, los mismos pobres definen lo que significa «ser pobre».

Dado el impacto que tiene el consumo sobre los estilos de convivencia, conviene detallar los diversos efectos. 1) La característica más notoria radica en el paso de la acción colectiva, propia al mundo productivo, a la estrategia individual típica del consumo. Ahora, lo importante sería el éxito individual, según la definición personal que le dé cada cual. Vinculado a esa autorreferencia, 2) la identidad individual suele prevalecer por sobre la colectiva. Consumir es un acto social que simboliza identificación y diferenciación respecto a otros. Conforma, pues, identidades, pero de una manera transitoria y tentativa, sin la densidad de las antiguas identidades de clase. A ello se agrega 3) la flexibilización de la regulación laboral. La des-regulación implica que la protección del trabajo en tanto bien público pasa a un plano secundario en relación con la libertad del consumidor. En miras de esa «libertad de elección», cuenta más la seducción y atracción ejercida por los bienes que la seguridad legal del trabajador. Ello alude al hecho de que, 4) en la actualidad, los imaginarios sociales se nutren más de la publicidad que de la experiencia laboral. Mientras que el trabajo produce un mundo objetivado, escindido (enajenado) de la subjetividad del trabajador, el consumo, por el contrario, sería una manera de desplegar el mundo del deseo y del placer. Por lo demás, el imaginario del consumo acentúa la erosión de los mapas cognitivos de la gente. 5) El consumo modifica el horizonte espacial. En la sociedad industrial, el trabajador está ligado a un lugar relativamente fijo y, por ende, inserto en relaciones sociales duraderas. Existe un espacio físico y social para desarrollar lazos de solidaridad. Ese anclaje local facilita experiencias colectivas. El consumidor, en cambio, está inmerso en el flujo de bienes, nacionales e importados, que no están limitados por su ubicación territorial. Se amplía el horizonte espacial a la vez que se diluye el horizonte temporal. 6) El consumo introduce otra temporalidad. En tanto que el trabajo requiere una planificación del tiempo en relación con la meta proyectada, el consumo vive al instante. Las gratificaciones diferidas al futuro son reemplazadas por la satisfacción instantánea del deseo. Predomina el afán de una vivencia directa e inmediata. El consumo contribuye, pues, a la aceleración del tiempo y un creciente «presentismo», a la vez que dificulta procesos de aprendizaje y maduración. 7) Finalmente, habría una tendencia a desplazar la ética por la estética. La conducta social ya no se orientaría tanto por una «ética del trabajo» (que valora la vocación, la autodisciplina y la gratificación diferida) como por criterios estéticos. La manera de valorar a las personas (la «apariencia») y los objetos (el diseño) indica una estetización generalizada de la vida cotidiana. Ella tiene un efecto ambiguo. La estética amplía la autorrepresentación del Yo, pero tiende a contradecir la autenticidad proclamada por la individualización.

## La mediatización de la comunicación social

Las nuevas tecnologías de información y la preeminencia del mundo audiovisual son otro ejemplo del cambio en los «mapas cognitivos» que usan los individuos para clasificar y ordenar la realidad social. Basta recordar el protagonismo de la televisión en la vida cotidiana. Por un lado, tiene lugar una expansión informática del espacio que multiplica las posibilidades de comunicarse a distancia. Las nuevas modalidades de comunicación modifican no sólo las pautas de sociabilidad, sino también la noción del espacio público. Por el otro, ocurre una fragmentación del tiempo social. La historia se deshace en una secuencia de episodios autosuficientes. La multiplicidad de códigos interpretativos y la velocidad con que circulan informaciones y símbolos aceleran la obsolescencia de las experiencias pasadas e instalan una especie de presente autista, secuencia de actos sin relación histórica entre ellos.

En este contexto se propaga una des-materialización de la realidad social. Puede ser una tendencia menos visible que las anteriores, pero sus efectos sobre la cultura son notorios. Un ejemplo ilustrativo proviene de una esfera que fue, por antonomasia, el campo de la producción material: la economía. Esa materialidad pasa a un segundo plano con la preeminencia de un valor intangible como lo es la marca. Diversos reportajes muestran que muchas de las empresas importantes (como Coca Cola, Nike o Disney) se dedican a «fabricar» y comercializar una imagen de marca más que bienes materiales. Mientras que los objetos «reales» son producidos en la trastienda, en la calle reinan las promesas e imágenes de la vida «ideal». El trabajo es relegado a una función secundaria, al mismo tiempo que el consumo de estilos de vida y de sueños va generando una extraña «levedad del ser». De aquí nace la estrecha relación (mediante patrocinios y auspicios) entre el mundo empresarial y el cultural. En la misma dirección apuntan otros cambios del proceso económico, como cierta «virtualización» del dinero a través de las transferencias electrónicas. La expansión del «dinero virtual» indica el mayor grado de abstracción que comienzan a tener las relaciones sociales.

Inherente a la mediatización de la comunicación social, comienza a prevalecer una «cultura de la imagen». En parte, el protagonismo de la imagen restringe la preeminencia anterior de la palabra, alterando el tipo de conversaciones sociales y de argumentos propios a la deliberación ciudadana. En parte, pone en entredicho la construcción social de la realidad. Las posibilidades de producir una realidad virtual tienden a diluir el límite entre lo real y lo imaginario. En la «construcción visual de la realidad» (Jesús Martín-Barbero) llega a disolverse el «sentido común» relativamente compartido y duradero en el tiempo que está condensado en lo real. Y en la medida en que la significación de lo real se vuelve más liviana (o sea, sujeta a la interpretación personal que pueda darle cada cual), la realidad sería menos social.

Resumiendo mi primera tesis, sostengo que nos encontramos en medio de profundos cambios culturales. Subrayo dos tendencias. Por una parte, han cambiado las experiencias que hace la gente de la convivencia social. Ella tiende a establecer relaciones sociales más flexibles en su quehacer cotidiano. Por lo tanto, la trama social se vuelve más tenue y frágil. Por otra

parte, han cambiado las representaciones que la gente suele hacerse de la sociedad. Parece más difícil hacerse una idea de la vida social en su totalidad. Sin ese marco de referencia, empero, será también más difícil sentirse parte de un sujeto colectivo. Aumenta la autonomía del individuo para definirse a «sí mismo», al mismo tiempo que parecen disminuir las experiencias y los imaginarios de sociedad. Como señalara Zygmunt Bauman, el incremento de libertad individual tiende a coincidir con el incremento de la impotencia colectiva.

## 2. SEÑALES DE DESAFECCIÓN

La segunda afirmación de mi argumento sostiene que, a raíz de las transformaciones culturales, las personas encuentran dificultades en darle inteligibilidad y sentido a su modo de vida. Reina la perplejidad y se multiplican los indicios acerca de una desvinculación emocional. Mi interpretación se apoya en la encuesta nacional realizada en 2001 para el informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Si bien no debemos sobrevalorar las encuestas, sus resultados ayudan a detectar ciertas tendencias. Llama la atención que el desarrollo de Chile, país con un crecimiento económico constante y una sólida estabilidad institucional, suscite una débil identificación. Los datos sugieren que un número significativo de chilenos no se habría apropiado de los avances logrados como algo suyo.

- a) Una primera señal de desafección concierne a la economía. Acorde a la encuesta mencionada, la mitad de las personas se percibe a sí misma como «perdedor» respecto al sistema económico. Vale decir, a pesar de los avances en el bienestar social durante la última década, muchos chilenos no estarían sintiendo este progreso como algo propio. No es que desconozcan los logros; la mayoría de ellos declara estar en una situación mejor que la de sus padres y estima que seguirá mejorando en el futuro. ¿Qué significaría, pues, la supuesta pérdida? La autopercepción de «perdedor» no es mero reflejo de una determinada situación económica; representa una construcción social. Las personas no evalúan el sistema económico (ni el político) según un simple cálculo de costo-beneficio. Intervienen múltiples factores y, entre ellos, los afectos.
- b) La extendida imagen de «perdedor» tiene que ver con los sentimientos negativos. Es llamativo el grado de inseguridad económica que siente la gente. Siete de cada diez entrevistados manifiestan inseguridad, enojo o pérdida respecto al sistema económico. Estos sentimientos son compartidos por gente de diverso estrato social. Independientemente del nivel socioeconómico de las personas, faltaría una identificación emocional. A pesar de la mejoría sustantiva en sus niveles de vida, los chilenos se muestran poco orgullosos y contentos del desempeño económico del país.
- c) El distanciamiento parece referirse al país en general. La mayoría de las personas siente que «es más lo que ha perdido» que lo que habría ganado con el desarrollo de Chile. Una vez más, ¿qué habrían perdido? Los datos no permiten dar una respuesta unívoca. Supongo que la percepción nace de las vivencias subjetivas; de los miedos y las ilusiones que

atravesan su vida cotidiana. La sensación de estar perdiendo puede reflejar el desconcierto propio a todo proceso de cambio, cuando se sufren en vivo las pérdidas sin visualizar las ganancias futuras. Indicaría que muchas personas sienten que los sacrificios realizados no se justifican. Probablemente intervenga una sensación de desorientación. El mundo actual les parece mucho menos inteligible que el de sus padres. Y la ausencia de referentes claros puede agudizar los sentimientos de impotencia. Frente a un sistema que parece funcionar a la perfección, nace la sospecha de haber quedado al margen.

- d) La falta de identificación con el desarrollo del país es ratificada por la visión crítica que existe acerca de los cambios en marcha. En desmedro de las buenas variables socioeconómicas de Chile, sólo un 14 por ciento de los entrevistados afirma que «los cambios tienen una dirección clara y se sabe donde van». O sea, una década de desarrollo sostenido no habría generado una perspectiva de futuro. En cambio, un tercio de ellos considera que los cambios de la sociedad chilena no tienen destino y carecen de brújula. Y más sorprendente aún, la mitad de los entrevistados declara que, «a pesar de estos cambios, las cosas siguen siendo iguales».

¿Qué debiera haber cambiado y sigue igual? Los gobiernos de la Concertación han afianzado conquistas cruciales, como la democracia y un mayor bienestar. Nadie duda de que llevaron a cabo una transformación de envergadura. Pero podría no haber variado la vivencia subjetiva de la gente. Decir que «las cosas siguen iguales» insinúa que los cambios no alcanzan a tener significación en la vida cotidiana de las personas. No les estarían encontrando sentido porque la transición democrática no habría inaugurado una experiencia subjetiva distinta. La sensación podría responder a expectativas frustradas respecto al bienestar económico esperado o a una desilusión acerca de un cambio en el modo de vida.

Los indicios dan pie a una tesis fuerte. A mi juicio, la restauración de la democracia en Chile no habría sabido dar nombre y claves interpretativas que hubieran aportado inteligibilidad a los cambios emprendidos. Dicho en términos coloquiales, la transición no ha sabido narrar un «cuento de Chile», un relato que ayude a la gente a visualizar su biografía personal como parte de una trayectoria histórica. Hace parte del proceso democrático elaborar, no el sentido de la vida individual, pero sí los códigos de interpretación y significación que permitan al ciudadano compartir sus experiencias con los demás y, en conjunto, producir un «sentido común». Me atrevo a dar un paso más y afirmar el siguiente nexo: las dificultades que encuentra el ciudadano común para visualizar los cambios como algo suyo, radicarían en las dificultades de percibirse como parte de un sujeto colectivo. Por lo visto, sólo parte de los chilenos siente que son ellos —por medio de la democracia— quienes gobiernan el rumbo del país. Y esa tendencia a no reconocerse en un Nosotros ciudadano restringe el arraigo de la democracia chilena.

### 3. LA DEBILIDAD DE LOS IMAGINARIOS COLECTIVOS

Mi tercer argumento sostiene que las dificultades para asumir el proceso social como algo «nuestro» estarían asociadas a las debilidades del Nosotros para ser sujeto del desarrollo. Formulada en positivo, la presunción tiene una doble cara. Por un lado, las personas requieren de un imaginario del Nosotros para llegar a experimentar los procesos de cambio como el resultado de su propia acción. Por el otro, ellas crean y recrean tal imaginario colectivo a partir de sus experiencias concretas de convivencia. A continuación presentaré algunos indicios sobre las dificultades de configurar una imagen fuerte de Nosotros.

Parto de la siguiente premisa: toda sociedad se reconoce a sí misma por medio de un imaginario social. Como expusiera Castoriadis, es mediante esa instancia proyectada fuera de sí que la sociedad se constituye en tanto orden colectivo. Dicho imaginario-síntesis de la sociedad es encarnado por diversas formas de «comunidad imaginada», entre ellas el estado y la nación. Ellas no sólo abarcan formas materiales, sino que representan igualmente formas simbólicas del Nosotros. Unas y otras cristalizan la pertenencia del individuo a una comunidad. Los imaginarios colectivos son, por ende, tan parte de la realidad social como el desempleo o la calidad de la educación. Mejor dicho, estas experiencias concretas son inseparables de las ideas e imágenes que se hacen las personas acerca del orden social.

Ahora bien, parecería que asistimos a un debilitamiento general de los imaginarios sociales. La precaria experiencia de sociedad, que se manifiesta en la desafección antes reseñada, parece asociada a un débil imaginario del Nosotros. Los estudios cuantitativos y cualitativos sugieren un vaciamiento de lo nacional y una notoria precariedad del imaginario democrático.

#### **Nosotros los chilenos**

Veamos primero la extraña levedad del Nosotros que se manifiesta en cierto desvanecimiento de «lo chileno». Seis de cada diez entrevistados declaran que sería difícil decir qué es lo chileno o que no se puede hablar de ello. Es decir, una mayoría de personas no sentiría una vinculación afectiva con lo nacional. Ello no implica que esas personas dejen de «ponerse la camiseta» de Chile. Pero esa identificación opera más que nada por oposición a «lo extranjero». En cambio, «lo chileno» parece ser una referencia bastante vaciada de contenidos. Incluso los íconos de la «chilenidad» (bandera e himno nacional, héroes patrióticos e historia oficial) conservan una vigencia limitada como señas de identidad. El debilitamiento de la «identidad nacional» obedece a varios motivos, de los cuales destaco dos. En primer lugar, podría atribuirse a la precariedad de la memoria colectiva. Para olvidarnos de los dolores del pasado, no hablamos de las divisiones impuestas por la dictadura. Por lo tanto, tampoco podemos asumir los daños que ha sufrido la idea de lo chileno como una «casa común». El retorno a la democracia restableció cierto consenso básico, pero no un imaginario de «nosotros los chilenos». Es dable afirmar que el miedo al conflicto inhibió la regeneración de un

.....

Nosotros. De hecho, dos tercios de las personas encuestadas opina que en Chile «es más lo que nos separa» que lo que nos une. Por cierto, todas las sociedades temen revivir el derrumbe de la comunidad nacional. Y, en consecuencia, su reconstrucción suele ser un trabajo de generaciones. Visto así, no podremos recurrir a la imagen del Nosotros nacional por un buen rato, salvo en oposición a los Otros extranjeros.

En segundo lugar, el perfil de «lo chileno» se desdibuja porque pierde su anclaje en la experiencia cotidiana de muchos chilenos. Una cotidianidad marcada por las desigualdades sociales y, por ende, por experiencias muy diferentes socava la figura de un Nosotros. No es casual que sean las personas de los estratos extremos quienes menos aprecian lo chileno. Además, las visiones están condicionadas por la manera como la gente evalúa los cambios del país. Las personas más escépticas acerca de lo chileno suelen ser aquellas que menos se identifican con los cambios. En realidad, quienes se sienten abandonados e impotentes, quienes carecen de vínculos sociales y de horizontes de futuro, no tendrían motivo para sentirse parte de una nación. Pero vale asimismo la relación inversa: un imaginario deslavado del «nosotros los chilenos» inhibe la construcción de los lazos de confianza y cooperación en el quehacer diario de la gente.

### **Nosotros los ciudadanos**

Tan importante como el debilitamiento de «nosotros los chilenos» es el de «nosotros los ciudadanos». Comparado con el orgullo que exhibían antaño los chilenos por su democracia, este segundo imaginario del Nosotros aparece debilitado. Una transición exitosa ha restaurado el buen funcionamiento de las instituciones y los procedimientos democráticos. Pero no es una condición suficiente. Es necesario, además, que los principios que legitiman la «comunidad de ciudadanos» tengan cierto arraigo en la convivencia diaria de las personas. Sin embargo, se aprecian importantes lagunas.

- a) Un indicio ofrece la participación ciudadana que se encuentra restringida no sólo por una retracción electoral, sino también por una desafección política. Similar a la retirada de la vida social, existe una retracción de la vida política. Uno de cada cuatro entrevistados afirma que «cada cual tiene que arreglárselas como pueda porque la política no sirve para nada». Más grave que ese rechazo abierto podría ser la débil vivencia de la democracia en lo cotidiano. Nada menos que siete de cada diez entrevistados declaran que se deben «evitar los conflictos para que las cosas no pasen a mayores». Vale decir, habría un fuerte miedo al conflicto. Esa tendencia no sólo indica que las personas no estarían confiando en sus capacidades de manejar conflictos. Por sobre todo, sugiere que el imaginario de la democracia como una forma institucionalizada de llevar conflictos ocuparía un lugar secundario.
- b) Otro indicio de la debilidad del Nosotros ciudadano es la limitada adhesión que despierta el régimen democrático. Ni siquiera la mitad de los chilenos entrevistados sostiene que se trata de un régimen preferible a cualquier otro. En cambio, casi un tercio se declara

indiferente al régimen político del país. Los valores de la democracia —desde la soberanía popular hasta el respeto por las minorías— no representarían, pues, un «núcleo duro» compartido por todos los ciudadanos. Este dato es tanto más llamativo por cuanto el desempeño del gobierno gozaría de una sólida aprobación. O sea, no se trata del contagio, tan frecuente en la región, que tiene una mala evaluación del gobierno sobre la legitimidad del régimen.

- c) Otro dato significativo reside en la mala imagen que se hacen muchos chilenos de la democracia. La mitad de los entrevistados se imagina la democracia, sea como «un juego de azar donde muchos juegan y pocos ganan», sea como «un supermercado donde cada uno saca lo que necesita». Quienes exhiben esa visión elitista y consumista no estarían identificando la democracia con un Nosotros. Por el contrario, su imaginario político les inhibe participar en un ejercicio colectivo de ciudadanía. Visto desde el otro ángulo, apenas la mitad de los ciudadanos ven en la democracia una forma de acción colectiva. En el fondo, sólo ellos se percibirían como parte de un Nosotros capaz de incidir sobre la marcha del país.

De los antecedentes señalados se desprende que el imaginario de la democracia tendría un arraigo afectivo limitado. Muchas personas no suelen percibirse como ciudadanos libres de elegir su destino. Entre su experiencia subjetiva en el quehacer diario y la democracia se abre una brecha, que parece ir más allá de la distancia inevitable y habitual. Esa brecha remite a la doble cara de la tesis propuesta. Desde el punto de vista del proceso democrático, indica sus dificultades para afianzar un imaginario colectivo que instituya al ciudadano como sujeto colectivo de los cambios. Visto de parte del ciudadano, no estaría encontrando en la democracia un «sentido común» que le ayude 1) a vivir los cambios sociales como algo significativo para él y 2) como una experiencia que pueda compartir con otros.

La tendencia podría iluminar la actual degradación de la democracia en la región. Su pobre calidad podría expresar no sólo (no tanto) un mal funcionamiento institucional, sino también su inoperancia como imaginario colectivo en el cual pueda reconocerse la sociedad. Ahora bien, es posible que la débil imagen de la democracia no sea sino la contraparte de otro imaginario: la sociedad como una especie de «orden natural» sustraído a la voluntad política. Parecería, en efecto, que la idea de una sociedad-mercado como orden autorregulado se habría vuelto el imaginario hegemónico. De ahí que la figura del ciudadano-consumidor que evalúa y elige entre las ofertas existentes puede representar un espejo verosímil.

#### **4. LA POLÍTICA COMO TRABAJO CULTURAL**

¿Qué conclusiones se desprenden de los procesos señalados para la política? Hemos visto cómo los cambios culturales están modificando las experiencias cotidianas y los imaginarios colectivos de los chilenos. Ello obliga a revisar los esquemas con los cuales interpretamos la realidad social. La conformación de tales códigos interpretativos es un proceso complejo en

.....

el cual interviene, junto con otros elementos, la política. Pero la política en un aspecto específico. En la parte final quiero llamar la atención sobre la dimensión cultural de la política. Ella remite a una fenómeno distinto tanto de la «cultura política» (opiniones, actitudes y preferencias referidas a la política) como de la «política cultural» en sentido estricto (políticas públicas respecto a la «alta cultura» y a la llamada industria cultural). La dimensión cultural, en cambio, alude al carácter político de la convivencia social. No concierne al sistema político, sino la constitución de lo social.

La dimensión cultural de la política hace referencia a la experiencia subjetiva del Nosotros y de nuestras capacidades para organizar las formas en que queremos convivir. Tarea tanto más apremiante en la actualidad, por cuanto ya no podemos concebir a «la sociedad» como un ámbito dado de antemano. No es que ella no exista, sino que ha dejado de ser una «estructura» auto-evidente que estaría representada por una «superestructura» política. Sigue existiendo un orden que delimita inclusión y exclusión, pero no hay manera de fijar un principio único que englobe a la vida social en su totalidad. Hoy en día las personas están obligadas a reformular qué significa vivir juntos bajo las nuevas condiciones. Y hace parte de lo político definir el «sentido común» que integra a la pluralidad de intereses y opiniones.

A continuación, voy a bosquejar la dimensión cultural que tendría la lucha política actual. Aludo no a la pugna entre posiciones programáticas, sino a las coordenadas que enmarcan el campo de lo político. Es la lucha cultural en torno a la definición de ese campo la que establece las condiciones del proceso democrático. A mi juicio, la calidad de la democracia depende de, al menos, cuatro «frentes de batalla» por así decir.

### **Combatir la naturalización de lo social**

Una característica sobresaliente de nuestra época es la «naturalización» de lo social. Análogo a la naturaleza, la sociedad obedecería a «leyes naturales» que los hombres pueden conocer, pero no modificar. El fenómeno corresponde a la doble cara de la secularización: al mismo tiempo que lo sagrado es interiorizado, la sociedad se ve forzada a restituir una instancia más allá de ella, sustraída a la discusión ciudadana. En este caso, lo social adquiere el halo de un «sistema» objetivo y abstracto que se desarrolla acorde a una lógica específica. Según esa imagen, las personas podrían aprovechar dicha «lógica de sistema» acorde a su racionalidad instrumental, pero no pueden someterla a sus necesidades y deseos. Por así decir, pueden usar la lógica del mercado como quien se adapta al sol y la lluvia, sin poder modificar el rumbo de las nubes. La conformación de tales sistemas funcionales (economía, política y otros) es un proceso propio a la diferenciación de la sociedad moderna. Su buen funcionamiento, cada sistema autorregulado acorde a su lógica específica, es una necesidad de la vida social. Pero, a raíz de ese carácter autorreferencial, muchas veces los sistemas se vuelven un mundo ajeno y hostil al hombre. Siendo esa enajenación un proceso inevitable en su existencia, puede ser limitada en su alcance. Reconocer la racionalidad específica de los sistemas resulta indispensable, pero conduce a la «naturalización» si reduce la convivencia

.....

a sus imperativos. El trabajo cultural de la política consiste precisamente en poner límites a las exigencias funcionales.

Esos límites provienen de la otra dimensión de la vida social: la subjetividad. Es dable afirmar que la sociedad se desarrolla por medio de la tensión entre sistemas funcionales y subjetividad social. Más exacto, la sustentabilidad del desarrollo supone una complementariedad entre la integración sistémica y la integración social. Ambas modalidades son constitutivas del desarrollo. Mientras que los mecanismos sistémicos aseguran la coordinación de las lógicas funcionales y la asimilación de las conductas individuales, la integración social ha de procurar los acuerdos normativos que regulan la convivencia y le otorgan sentido. Y es tarea de la política contribuir a generar esos acuerdos normativos que ponen límites a la marcha de los sistemas.

Un ámbito relevante de la subjetividad, tal vez su aspecto principal, radica en los deseos de las personas de «ser sujeto». Este deseo de «subjetivación», pilar de la modernidad, ha sido desmenuzado en su complejidad (Marx, Nietzsche, Freud) y no es la ocasión de revisar su papel como fuerza motriz del Desarrollo Humano. Aquí me interesa sólo señalar que subjetivación e institucionalización de los sistemas funcionales serían procesos imbricados. La lucha por ser un individuo autónomo tiene a las instituciones como marco obligatorio. Un marco institucional que ofrece oportunidades y pone restricciones a esa autonomía. Ésa es la ambigüedad de fondo y el contexto en el cual opera la dimensión cultural de la política. En este caso, ella concierne la tensión que vincula la lucha práctica por ser sujeto con el imaginario que cristaliza el significado atribuido a esa práctica. Siguiendo el enfoque de Franz Hinkelammert, sería la experiencia siempre restringida de la libertad en el marco de las instituciones, la que lleva a concebir la plenitud de «ser sujeto» como un concepto límite. Por su referencia a la plenitud, la subjetivación comporta una carga de utopía que excede a la institucionalización posible. La acción cultural de la política apuntaría al proceso dialéctico que entrelaza la plenitud imposible de «ser sujeto» y la subjetivación factible en el marco de las instituciones.

### **Combatir la fragmentación social**

Los cambios culturales incrementan la diversidad de actores y factores que conforman la trama social. La diversidad social representa una de las grandes riquezas del país, siempre que sea contenida por un orden. Sin dicho «cierre» (siempre provisorio) de las dinámicas sociales, la diversidad tiende a desembocar en una fragmentación. De hecho, parece haber estallado la «comunidad de experiencias» que cohesionaba la trama social. De cara a la «diversidad disociada» de la sociedad chilena, cabe interrogarse acerca de las posibilidades de lograr, en un mismo movimiento, fomentar una pluralidad de intereses y opiniones y acotar las fuerzas centrífugas que ella desencadena.

Los países latinoamericanos han temido, desde la época de la independencia, el quiebre de la «unidad nacional» por parte de una subjetividad desbocada (identidades étnicas y con-

ciencia regional, disputas religiosas e ideológicas). En el caso de Chile, la obsesión por el orden no sólo da pie a la dictadura de Pinochet, sino que trata de evitar las dificultades de la integración social, reemplazándola por una integración sistémica. Éste es el objetivo del mercado ampliado que pretende, por sobre todo, asegurar la unidad de lo social por medios no políticos. El mercado ofrece, por cierto, un potente mecanismo de coordinación social que se caracteriza por no requerir de ningún acuerdo normativo o voluntad colectiva de los diferentes actores. Pero el tipo de integración forzosa que establece la famosa «mano invisible» no implica la construcción de un «sentido común». El mercado no dota de sentido a la convivencia social. No reflexiona las significaciones de una u otra forma de organizar la convivencia, ni genera acuerdos acerca de los principios y las normas que regulan la interacción y comunicación social. O sea, no incorpora la subjetividad social a sus mecanismos de coordinación. Por lo mismo, el buen funcionamiento del mercado no impide tendencias disociadoras (violencia y otras patologías de la vida cotidiana). De ahí que la expansión neoliberal del mercado pueda coexistir con un discurso neo-populista que busca sintonizar con las experiencias subjetivas de exclusión y desamparo.

¿Podemos construir una «casa en común» para la diversidad de actores, valores y hábitos? En la actualidad, los riesgos de una sociedad fragmentada en un archipiélago de islas inconexas otorgan una nueva relevancia a la integración social. Ésta no puede ser concebida al estilo tradicional de una comunidad de valores. Observamos una creciente diferenciación de la subjetividad social. Esa diferenciación amorfa adquiere un perfil estructurado mediante aquellos conflictos que son capaces de mediar entre subjetividad y sistemas funcionales. Menciono dos de ellos para ilustrar el tipo de tensión que vincula experiencia subjetiva y lógica funcional. Uno sería la impermeabilidad de la institucionalidad democrática a la subjetividad de los ciudadanos. La democracia afianza la igualdad de todos y la validez universal de sus procedimientos al precio de expulsar las identidades sociales (religiosa, étnica, sexual) del ámbito político. Ahora bien, cuando parte de la subjetividad queda relegada al fuero privado, los ciudadanos vivencian la paradoja de la democracia: ella depende de supuestos —acuerdos normativos e integración social— que ella misma produce sólo en parte. Es decir, la eficiencia de la institucionalidad democrática no asegura la legitimidad del orden democrático.

Otro clivaje reside en el incremento acelerado de la complejidad de los sistemas funcionales, sin que dispongamos, en paralelo, de más mecanismos para reducir dicha complejidad. Este desfase no sólo disminuye nuestro manejo de los sistemas, sino que aumenta asimismo la brecha entre quienes poseen y quienes carecen de códigos interpretativos adecuados. Las dificultades de la integración social radican, por ende, tanto en la creciente diferenciación de las creencias y preferencias de la gente como, igualmente, en los propios sistemas funcionales.

Veo en tales ámbitos, donde las dinámicas del vínculo social chocan y se entrelazan con el despliegue de las diversas «lógicas sistémicas», el lugar privilegiado que ocupa el estado. Él

representa, en efecto, la principal instancia no sólo en la coordinación entre los diversos sistemas, sino igualmente en la «conversión» de los acuerdos normativos de los individuos a los lenguajes de los sistemas funcionales. El hecho de que las recientes reformas del estado hayan debilitado esta segunda función de «traducción», no es ajeno a las actuales dificultades de articular la diversidad social.

### **Combatir la retracción a-social**

Nuestra experiencia subjetiva lleva la impronta de una «sociedad de mercado». Ya hice hincapié en la centralidad del mercado, la prioridad del interés privado y, por consiguiente, el protagonismo del consumo tanto en la autodeterminación y autorrepresentación del Yo como en la manera de establecer las relaciones sociales. Un dato ilustrativo de las nuevas formas de interacción social es, según la encuesta mencionada, que dos tercios de los entrevistados conciben sus relaciones con los demás como carreras de competencia, donde se trata de ganar o, al menos, de no quedar atrás. No hay duda de que la racionalidad mercantil (competitividad, rentabilidad, eficiencia) introduce una dinámica inédita a la convivencia social. Pocas actividades quedan al margen del mercado. Por lo mismo, la realidad social llega a ser vivenciada por muchas personas como una «máquina» avasalladora que expulsa a quien no sabe adaptarse. Enfrentado a esa «lógica social», el individuo requiere de una fuerte personalidad para poder aprovechar las oportunidades. No todos lo logran; muchos tratan de sobrevivir a los cambios acelerados refugiándose en el ámbito privado. Para quienes el mundo social carece de significación y, más bien, provoca profunda desconfianza, la familia se vuelve el principal o exclusivo ámbito donde buscar un sentido de vida. De este modo, el vínculo social es vaciado de contenido a la vez que la vida familiar tiende a colapsar por la sobrecarga de exigencias. El hogar deja de ser un refugio para transformarse en una fuente más de tensiones y problemas.

Con cierta frecuencia, la retracción «privatista» llega a configurar lo que los antropólogos denominan «familismo amoral». Se trata de conductas que se rige por el lema: «lo único que importa es satisfacer las necesidades tuyas y de su familia». Se trata de un fenómeno lo suficientemente amplio como para hablar de una «sociedad de dos tercios». Dos tercios de la población alcanzan a participar de la vida social, a veces en malas condiciones, mientras que un tercio quedaría excluido. Exclusión no sólo (no tanto) del bienestar económico y de las redes sociales, sino ante todo exclusión de una comunidad de sentidos. Más que un asunto de pobreza material, es un dato duro de nuestra cultura. Conciernen nuestra manera de vivir juntos.

La tendencia a la «privatización» señala una nueva relación entre lo público y lo privado. Pocos cambios son tan profundos y tan poco conocidos. Una aproximación sugerente brinda Albert Hirschman, al proponer la existencia de movimientos cíclicos donde las personas se desplazan de un ámbito al otro. El repliegue actual a la actividad privada obedecería a las decepciones que sufre el ciudadano en el foro público. Tales desengaños no son raros. Pueden

.....

provenir de las ilusiones previas y expectativas desmesuradas acerca del cambio radical que parecía prometer la acción política. Pueden ser provocados por un compromiso excesivo, que subestima los costos (tiempo, energía) de la participación en los asuntos públicos. O, por el contrario, podría tratarse de la decepción que suele haber cuando se descubre la incidencia limitada que ella suele brindar. Asimismo, hay ciudadanos que se desilusionan porque el quehacer diario de la política tiende a ser bastante más «sucio» que los ideales «limpios» que motivaron la entrada a la arena política. La mezquindad de la lucha por el poder político justificaría la retirada en busca de la felicidad privada. Es posible que éstas y otras decepciones privadas motiven una retracción de la acción pública. Sin embargo, habría que considerar asimismo la transformación de «lo público».

No es fácil esbozar siquiera cómo está cambiando el espacio público. Me limito a recordar la influencia de la industria cultural y, en especial, la audiovisual. Sobre todo la televisión redefine los dos criterios habituales: un espacio de acceso libre para todos y la discusión de los asuntos de interés general. Mientras que todos los hogares suelen acceder a los programas de televisión, podría objetarse que la segmentación de los públicos impide la configuración de un temario compartido. Sabemos, empero, que se conforma una agenda de temas comunes a través de los noticiarios. Dichos programas no sólo gozan de una importante teleaudiencia nacional; además, generan conversaciones sobre los asuntos presentados. Habría, pues, una cierta transformación del espacio público por medio de la televisión, aunque no exenta de problemas. Uno concierne la débil incidencia del público sobre la definición de «lo público». El ciudadano-espectador apenas participa en la elaboración de lo que serían los «asuntos de interés general». Otro problema reside en el carácter que pueda tener la deliberación ciudadana sobre dichos asuntos. Es probable que las conversaciones se restrinjan a la «gente como uno» y eviten la confrontación con opiniones diferentes. Sería un espacio público «descafeinado», despojado de cualquier compromiso afectivo.

El papel de la televisión ejemplifica cómo las nuevas tecnologías de información y comunicación modifican la «lógica política», dando un lugar prioritario a la dimensión cultural. A raíz de la nueva cultura de la imagen, el aspecto simbólico e imaginario de la política viene a ser la principal mediación con la experiencia cotidiana del ciudadano. De ser así, salta a la vista la pobreza de las políticas públicas. Pocas veces ellas hacen ver su significación para el quehacer diario del ciudadano. Basta recordar lo dicho sobre la desafección en relación con los cambios sociales.

El ejemplo ilustra asimismo la relevancia de los medios de comunicación para el buen funcionamiento del debate público. Si queremos fortalecer la individualización, hay que asegurar al individuo sus espacios de comunicación social. Y para garantizar la efectividad de los espacios públicos, se necesita —al igual que el mercado— una regulación (no estatal). No basta trazar la defensa de lo privado y establecer los límites de lo estatal, dejando lo público como un ámbito residual. También «lo público» ha de ser defendido y promovido por instituciones que ayuden a potenciar la conversación social, a fomentar acuerdos y dar visibilidad a las diferencias y los disensos.

## Combatir el «presentismo»

Por último, una breve alusión a la lucha en torno al tiempo. Varias tendencias tienden a reforzar el presente como dimensión exclusiva: el imaginario del mercado, la comprensión temporal de la globalización, la autorreferencia de los sistemas y la flexibilización del trabajo. También la velocidad de las imágenes y la realidad «en vivo». En fin, una aceleración vertiginosa del ritmo de vida diario tiende a comprimir el tiempo en una especie de «presentismo». Al imperio del presente contribuye el desvanecimiento del pasado. La tradición parece reducirse a los museos. En palabras de Metz, no habría una «cultura de la memoria» que nos transmita las significaciones que contiene el dolor de los «perdedores» de la historia. Y esa pérdida del pasado afecta nuestra imagen de futuro. Sin memoria del sufrimiento ajeno, tampoco tendríamos criterios que orienten la construcción de un futuro diferente. El mañana sería el progreso acumulativo del actual estado de cosas. Una teoría de la evolución justifica la miseria actual como el costo inevitable de un progreso sin fin, pero ignora que el simple paso del tiempo no aporta esperanzas a los «perdedores» del proceso, bien al contrario. ¿No radicarán las promesas del tiempo futuro en la capacidad de interrumpir la evolución automática de lo dado?

Frente al «presentismo», es hora de reivindicar el tiempo de la política: la construcción del futuro. Es lo que trabaja la política en su dimensión cultural. Ella produce tiempo al poner las cosas en perspectiva. La perspectiva contrarresta la urgencia de la realidad inmediata con la profundidad de tiempos largos. Ella ayuda a desacelerar el tiempo, restableciendo su anclaje en pasado y futuro. Es al interior de un tiempo histórico que el presente queda a disposición de la acción deliberada de los hombres. Pues bien, para dotarnos de una perspectiva política necesitamos, primero, tomar distancia. Ante todo hay que sustraerse a la fascinación de lo inmediato. Fijar una perspectiva significa reconstruir su origen y establecer su punto de fuga. Sólo así, poniendo el presente en perspectiva, se descubren las alternativas posibles. Requiere, segundo, un punto de vista. Toda perspectiva se construye a partir de una mirada determinada. Del punto de vista depende qué tipo de objetivos se vuelven visibles y qué posibilidades quedan descartadas. Dicha óptica no es arbitraria; ella está condicionada por la memoria y por la auto-imagen de nosotros que ella transmite. La perspectiva —en términos políticos— exige, tercero, una intencionalidad dirigida al futuro. No es una mirada contemplativa, sino activa. Traza un horizonte de futuro con la voluntad de abrirse camino en la dirección deseada.

Poner Chile en perspectiva, es la manera de narrar la historia de Nosotros como una constelación de trayectos desde donde venimos y de proyectos acerca de lo que queremos llegar a ser. Poner el desarrollo del país en perspectiva es también la manera de acotar la contingencia, donde todo parece posible e imprevisible. Crear una perspectiva es recuperar memorias e imaginación. Es producir un tiempo histórico donde la fugacidad de la vida individual se inserta en la duración de un orden colectivo. Es, me parece, la manera de contarnos el «cuento de Chile» que ayuda a descubrir el sentido que tiene el camino recorrido y los desafíos que plantea.

## 5. RESUMEN

Los cambios culturales en curso han socavado los esquemas de interpretación y de significación que hacían de la realidad social un orden inteligible. Al erosionar los imaginarios colectivos, incluyendo a la democracia, que daban sentido a la convivencia, se difumina el relato —el «cuento»— que podía narrar la sociedad acerca de quiénes somos, cómo llegamos a serlo y cómo quisiéramos ser. El debilitamiento de las identidades colectivas provoca sentimientos de inseguridad, pérdida e impotencia, fomentando la desafección de un número relevante de personas. Esta tendencia se extiende a la democracia. A raíz de las dificultades de construir un «sentido común» capaz de integrar la diversidad social, ella llega a ser menos significativa en la experiencia subjetiva de los ciudadanos.

El cambio de las prácticas y representaciones de la convivencia social obliga a una recomposición de «la historia del Nosotros». Esa historia establece el sentido que tiene el pasado en la actualidad y, a la vez, el horizonte de futuro que fija los objetivos y orienta las decisiones estratégicas. Ahora bien, el Nosotros se narra en múltiples relatos. Dependerá del «cuento» que suscita mayor adhesión social, qué significación se atribuye a las cosas logradas y cuán atractivos y creíbles sean las promesas de un futuro mejor.

### Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Castoriadis, Cornelius. *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba, 1997.
- Habermas, Jürgen. *Theorie des kommunikativen Handelns*, tomo 2. Frankfurt: Suhrkamp, 1981.
- Hinkelammert, Franz. *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*. Costa Rica: DEI, 1996.
- Hirschman, Albert. *Acción privada e interés público*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Metz, Johann Baptist. *Para una cultura de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 1999.
- PNUD - Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. *Desarrollo Humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos - un desafío cultural*. Santiago, 2002.



# LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA POLÍTICA

ANTONIO CORTÉS TERZI

Director del Centro AVANCE y editor político de Asuntos Públicos

Esta exposición tiene su origen y gira alrededor de la ponencia de Norbert Lechner, "Los desafíos políticos del cambio cultural", que, según su autor, "descansa sobre los resultados del *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2002*", del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

## 1. LOS CAMBIOS CULTURALES Y SUS EFECTOS

Dicho muy brevemente, y a riesgo de "empobrecer" el riguroso y sugerente trabajo de Lechner, éste nos plantea tres áreas analíticas o tres cuerpos de ideas problemáticas para la política actual.

**Primero**, en Chile, como en la inmensa mayoría de países, se han producido profundos cambios valóricos que inducen a cambios conductuales significativos en las personas. Es decir, ha surgido una nueva subjetivación, la que (a su vez) gravita de manera más importante en la vida social. Recordemos que Lechner entiende por subjetivación "la creciente autonomía del individuo, cuyos valores, expectativas y conductas se independizan de las tradiciones consagradas, dando lugar al desarrollo más consciente y deliberado de identidades colectivas y pautas de acción social" ("El Estado en el contexto de la modernidad").

Esta nueva y más potente subjetivación resulta de las transformaciones estructurales que impulsan los dos grandes procesos característicos de lo contemporáneo: la globalización y las modernizaciones, que, a la postre, en naciones como la nuestra, se traducen en el imperio más arquetípico y "purificado" de las leyes y relaciones capitalistas o, a la usanza "moderna" de un lenguaje más elíptico, de una economía de mercado.

**Segundo**, del conjunto de cambios valóricos y conductuales que nos describe Lechner, resalto algunos de ellos, y sólo puntualizándolos:

- Un acelerado proceso de individualización, que en los estratos más desprotegidos se manifiesta en una "individualización a-social", en un "individualismo negativo".
- Una cultura de consumo que tiende a desplazar el peso que tuvo antaño la "sociedad del trabajo".
- Desafecciones hacia instancias y prácticas representativas de lo asociativo, o sea, pérdida del sentido de los "nosotros".

.....

**Tercero**, estos cambios en la subjetivación, en las conductas y valores, generan dinámicas que aluden directamente a la función de la política, dificultándola al ponerla frente a fenómenos que, de alguna manera, contradicen sus bases de sustento y de funcionalidad. Cuatro de estos fenómenos son los más significativos y desafiantes para la política progresista.

- a) La “naturalización” de lo social, es decir, una suerte de neopositivismo que induce a suponer que la sociedad obedecería a “leyes naturales”, susceptibles de ser conocidas, pero no modificadas.
- b) La fragmentación social, que dificulta la reconstrucción de imaginarios colectivos y de fines comunes ordenadores o socialmente conductores.
- c) La retracción a-social, que consiste en el refugio de las personas en su pura individualidad y/o en el círculo familiar.
- d) El “presentismo”, que implica visiones y prácticas que inducen a vivir la inmediatez y el abandono de perspectivas de futuro.

### **Un primer comentario previo**

La constatación de estos cambios valóricos y conductuales, y la percepción de las complejidades que le plantean al progresismo para el desarrollo de políticas congruentes con sus matrices doctrinarias y programáticas, alcanzan ciertos niveles de dramatismo en su seno, aun cuando no siempre se expresen con precisión e, incluso, aun cuando el “drama” no esté asimilado conscientemente y circule más bien como sensaciones confusas.

En mi opinión, éste es un “drama” que debe ser internado en toda su intensidad, porque soslayarlo es, en el fondo, una forma de soslayar la realidad misma.

Para representar estos problemas en su dramatismo, recurro a citar a dos literatos que, en distintos tiempos y desde distintas ópticas, han recogido el conflicto con la intensidad propia de la buena literatura.

El novelista y ensayista mexicano José Revueltas escribió en una de sus novelas: “No es improbable que la última revolución de la humanidad sea la de las grandes masas idiotamente felices que ajusticiarán a los filósofos, a los poetas, a los artistas, para que de una vez las dejen en paz, tranquilas, prósperas, entregadas al deporte o a algún otro tóxico análogo”. No hay duda de que lo que aquí trasunta Revueltas es un estado anímico pesimista, de impotencia ante una “sociedad de masas” conformista y que pareciera volverle la espalda a la “utopía” progresista.

Fernando Savater, en un artículo publicado en *El País*, dice: “Me dirijo a los ciudadanos que aún se consideren en activo pese a todos los pesares, a quienes prefieren criticar que despotricar y a los que no confunden la sensatez con la resignación. Como no estoy seguro de que abunden demasiado, me curo en salud advirtiéndoles que esta izquierda propuesta no va a resultar demasiado popular. La izquierda que imagino corre el riesgo de chocar frontalmente

.....

con creencias y actitudes ampliamente compartidas, por lo que no sólo resultará impopular, sino hasta antipopular”. (El término izquierda es perfectamente sustituible por el de progresismo).

En este párrafo nos encontramos con el otro lado del drama. Al pesimismo de Revueltas en las “masas idiotamente felices”, Savater le opone una propuesta progresista que, para poder desenvolverse, ineluctablemente debe enfrentar la “idiotización” de las masas.

Si se reflexiona probamente —en silencio, si se quiere—, éstas son percepciones que rondan en las intimidades de los pensamientos de los progresistas de hoy.

### **Un segundo comentario previo**

Los datos que arroja el estudio del PNUD —que coinciden, en lo grueso, con otros estudios— sobre los procesos reculturizadores, deben ser leídos con ciertas cautelas. No pongo en discusión ni cuestiones conceptuales ni metodológicas. La duda que planteo es la siguiente: hasta dónde son “datos duros”, asentados como estructura cultural histórica. Es perfectamente dable trabajar la hipótesis de que la reculturización no es un proceso finiquitado y que, incluso, como proceso todavía no está rígidamente definido. Argumento esta hipótesis con breves puntualizaciones.

- a) Es un proceso que está inmerso en un proceso universal como efecto de dos fenómenos que se imbrican: modernización y globalización. La intensidad y la extensión que hoy se les conoce a esos fenómenos son, en rigor, de reciente data histórica. Sus rasgos esenciales y más fuertes se impusieron, con claridad y pureza, en el escenario mundial pos-socialismos reales. Es decir, no cuentan con más de tres lustros, que es una insignificancia en tiempos históricos. Por lo mismo, se podría decir que, en cuanto a efectos culturizadores, todavía están en una etapa experimental.
- b) En la década de los noventa, esos fenómenos estuvieron acompañados de una discursividad casi apologética, emanada desde infinidad de círculos cultural y comunicacionalmente influyentes, y que se plasmó en una suerte de discurso mundialmente “oficial”, con una escasísima o muy débil oposición reflexivamente crítica. Por cierto que esa situación facilitó en extremo las cualidades homogeneizadoras y hegemónicas que alcanzó esa discursividad.

Sin embargo, desde hace unos pocos años han surgido por doquier hechos y discursos críticos, muchos de ellos provenientes del propio estatus configurado inicialmente por la modernidad y la globalidad. Es decir, se ha abierto recién una efectiva reflexión y debate sobre los fenómenos contemporáneos.

- c) En Chile y en otros países con un estadio similar de desarrollo hay un buen otro número de variantes que interrogan la consistencia de la reculturización modernizadora y globalizadora. En este tipo de países no somos “productores” de modernidad y

globalización. En lo fundamental, somos adquirentes, compradores de ella; por consiguiente, la “nacionalización” de sus consecuencias culturales —de la que nos habla Lechner—, su absorción por la cultura nacional, es mucho más compleja y conflictiva, ergo, de síntesis más inciertas.

- d) En Chile se da, además, una situación más o menos particular, sobre la cual también nos advierte Lechner y que tiene que ver con dos cosas. Primero, con la introducción “violenta” y excluyente que en sus inicios tuvieron los fenómenos de modernización y globalización (período dictatorial); y, segundo, con la velocidad casi vertiginosa con la que se desarrollaron esos fenómenos en la década de los noventa. Ambas cuestiones —lo irruptivo y célere— por supuesto que entrañan dificultades mayores para la asimilación orgánica de las secuelas culturales de esos fenómenos.
- e) Y una última cuestión destacable para la hipótesis que aquí se maneja es la siguiente: la “nacionalización”, la conversión de los cambios culturales universales en parte de lo cultural-nacional, encuentra tantos más obstáculos por las rupturas generacionales que esos mismos cambios acarrearán. La abrupta y célere introducción de las modernizaciones en Chile ha ido aparejada a distanciamientos vivenciales y culturales de las generaciones más jóvenes respecto de sus predecesoras. Los encuentros generacionales son difíciles; por lo mismo, son difíciles también los encuentros entre los distintos momentos histórico-culturales. Ni siquiera podría hablarse de conflictividad o de “lucha generacional”, como antaño, dado, precisamente, la abismal separación que se establece entre las generaciones. Lo que pareciera dominar en esos planos, es una marcha cultural paralela. Ahora bien, como esa situación es empíricamente insostenible en el tiempo, tendrán que presentarse empíricamente formas de encuentros, sin que hoy podamos prever con precisiones mínimas cuáles serán los resultados culturales de esos encuentros.

Nada de lo anterior significa desconocer la información que aporta en esta materia el estudio del PNUD ni menos los aciertos analíticos proyectivos que hace Norbert Lechner con base en esos estudios. Quiero decir simplemente que los componentes culturales “nuevos” que rigen hoy en la sociedad chilena no deberían ser considerados como componentes instalados de manera tal que conformen una estructura o subestructura que anuncia su inmovilismo por muchos años. Anticipan, eso sí, las tendencias gruesas que ordenan y señalan los rumbos del proceso reculturizador.

Si esto es así, cabe una conclusión importante para la política y para “nuestros desafíos democráticos”; a saber, que la reculturización es un proceso inacabado, sometido a conflictos y tensiones y, por ende, está inmerso en las pugnas globales que definen lo esencial de las conflictividades políticas contemporáneas. Es un proceso que está dentro del terreno del activismo político.

## DISTINTAS LECTURAS DESDE EL PROGRESISMO

Ninguna duda cabe que los informes del PNUD alimentan distintas lecturas políticas. En lo que se refiere a lecturas desde el mundo progresista, pudieran distinguirse tres, en virtud de las diversas miradas que subyacen tras esas lecturas y de las conclusiones políticas que se extraen de ellas.

### Tradicional

Una primera lectura emana desde el tradicionalismo de los pensamientos de las culturas políticas que integran el progresismo (léase, el tradicionalismo socialista, socialdemócrata y socialcristiano).

Apretadamente dicho, lo crucial en esta lectura estriba en las dificultades que tiene para asumir los cambios culturales y valóricos e integrarlos a una visión contemporánea del progresismo. Y ello básicamente porque, en sus ópticas tradicionalistas hay, de un lado, una fortísima impronta radicalmente crítica del capitalismo, de sus leyes, relaciones y conductas; y, de otro, un imaginario de sociedad "solidaria", asociativa, cooperativa que se nutrió, en gran medida, de experiencias generadas "espontáneamente" de formas de colectivismo propios de etapas precapitalistas, semi-agrarias y/o de las primeras etapas del capitalismo industrial.

Es un tipo de progresismo que reacciona con molestia, con incomodidad ante la avasalladora realidad que impone la modernidad capitalista globalizada, no sólo porque lo ha forzado a abandonar o morigerar sus propuestas políticas, económicas y sociales, sino porque, además, culturiza a la sociedad con valores contrarios a su imaginario de sociedades solidarias.

Es una corriente que ha devenido políticamente contestataria en términos de política-cultural y pretende resistir a lo moderno con discursos morales, reivindicadores de los pasados político-éticos. Pero, como bien escribe Fernando Savater, "la política sólo puede mejorarse con medidas políticas y no con jaculatorias morales".

### Liberal

Una segunda lectura puede ser descrita como liberal (que alguien ha llamado también "liberal nihilista"), y cuya interpretación de los cambios está inmersa dentro de lo que Norbert Lechner califica (y critica) como la "naturalización de lo social", es decir, un tipo de pensamiento que acepta acríticamente la realidad social-cultural y que convoca, *de facto*, a la adaptación pasiva del progresismo a los cambios culturales.

Basándome en algunos textos<sup>1</sup> y abusando de la síntesis y de las citas, a continuación intento un resumen de esas visiones.

<sup>1</sup> Los libros aludidos son, principalmente: J. J. Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*; Pablo Halpern, *Los nuevos chilenos*; Eugenio Tironi, *La irrupción de las masas y El cambio está aquí*.

En términos gruesos, su cuerpo de ideas centrales está construido a partir de tres *categorías*: el consumidor, los malls (como arquetipo) y la televisión. Este trinomio conformaría lo esencial de la realidad sociocultural moderna.

Para Pablo Halpern, por ejemplo, “el consumo es una de las herramientas más poderosas de la cohesión social”. Cito más en extenso: “Como lo sugirió Joaquín Lavín en *La revolución silenciosa* y después Tironi en *La irrupción de las masas*, ya Chile no se puede describir sin hablar de consumidores; los nuevos ciudadanos tienden a agruparse en pequeñas tribus y el consumo es una de las herramientas más poderosas de la cohesión social... Para bien o para mal, la lógica del consumo predomina y se ha hecho extensiva a las opciones que tomamos en las urnas... Los electores aplican los criterios de satisfacción al consumidor en su evaluación de políticas y funcionarios”.

Dado el papel del consumo en la cohesión social, Halpern colige que “las relaciones sociales se han transformado porque la posibilidad de consumir ofrece nuevos espacios y oportunidades para afianzar los vínculos entre las personas. Son comunes los paseos familiares y reuniones de amigos en los malls, los eventos de promoción y marketing se constituyen en verdaderas plazas públicas”.

Por último, para estas lecturas de los cambios culturales modernos, la televisión se erige en el más importante espacio de “encuentro social” y de mediador entre lo público y la sociedad. Al decir de Halpern: “Cuando los partidos políticos ya no cuentan con gran poder de convocatoria, su rol de intermediarios entre la gente y el aparato público se debilita... La televisión reemplaza a las juntas de vecinos, a las agrupaciones gremiales y a los sindicatos. Es ahora el espacio donde se conectan los chilenos con sus líderes”.

Pero, además de lo anterior, la televisión le impone a la política pautas comunicativo-culturales. Eugenio Tironi escribe al respecto: “Para los políticos, atraer la atención de los medios y del público es una tarea titánica que requiere altas dosis de creatividad y una impecable producción. Los obliga a asumir no sólo las leyes propias del mercadeo, sino también las del espectáculo, más aún cuando la televisión (y, por consiguiente, la imagen) se ha convertido en el núcleo de la industria de medios de comunicación”.

El problema fundamental que plantea esta visión es que omite o minimiza lo que ocupa buena parte de la ponencia de Lechner, a saber, la dimensión cultural de la política. Lo cultural-valórico sería un dato dado y originado en subestructuras específicas, ajenas o distantes de la subestructura política. Así, la actividad política progresista sería tal en tanto se instale en lo cultural-valórico existente y compita dentro de esos parámetros. Dicho sea de paso, aunque requeriría de más de una reflexión, en ese pensamiento, en el fondo, predomina la idea de que lo moderno o las formas de lo moderno (v.g., consumidor, malls, televisión) en sí y de por sí *serían* progresistas o entrañarían dinámicas progresistas. Algo así como que, para el progresismo, la ambición debería ser más consumidores, más malls, más televisión.

## Progresismo moderno

Y una tercera lectura progresista de los cambios culturales es, precisamente, la que pone en debate la exposición de Norbert Lechner, y es la que —supongo— pretende indagarse en este seminario. Al menos eso se puede deducir de su título: “Nuestros desafíos democráticos”.

Antes de entrar de lleno en los desafíos político-culturales que se le plantean al progresismo, dada la caracterización que hace Lechner de la sociedad chilena en ese plano, escuetamente expongo, “a modo de tesis”, cinco premisas, por cierto discutibles:

- a) Lo moderno o, en rigor, las modernizaciones, no son fenómenos unidimensionales, y menos son fenómenos inertemente progresistas por antonomasia. Encierran conflictos y tensiones, ergo, aceptan alternativas de conducción y orientación.
- b) Esa primera premisa implica que los valores culturales, éticos y conductuales que crean “espontáneamente” los procesos modernizadores, tampoco son unívocos; también reproducen conflictividades y tensiones y, por lo mismo, están sujetos a “correcciones”, a modificaciones, a reorientaciones.
- c) Los valores culturales predominantes no se condicen —al menos no todos ni en toda su magnitud— con el imaginario de sociedad del progresismo. Con todo lo difícil que hoy resulta sintetizar cuál es ese imaginario, ninguna duda cabe de que no es el de una sociedad que reduce la condición humana a la condición de consumidor, que se interrelaciona en los malls y que está dirigida por las leyes de la industria televisiva. En consecuencia, el desarrollo del imaginario de sociedad progresista pasa por la revisión y pugna con los valores culturales dominantes. Revisión y pugna que forma parte de la competencia entre visiones distintas de política-historia, especialmente entre las del conservadurismo y el progresismo.
- d) Esa demanda tiene un sustrato de *deber ser*, puede considerársela dentro del nivel ético-político, pero no se ampara sólo en ello. Los rasgos culturales y valóricos en cuestión representan y reproducen lecturas equívocas o sesgadas del funcionamiento social, puesto que no asimilan a la sociedad como totalidad, no comprenden la variedad y riqueza de vínculos a través de los cuales la sociedad actúa y existe. Es, por consiguiente, una demanda racional.
- e) Finalmente, es también una exigencia funcional. Una sociedad preponderantemente compuesta por individualidades a-sociales, segmentada, carente de un “Nosotros”, reducida a relaciones mercantiles, etc., es obviamente una sociedad menos apta para el desarrollo que una con más autoconciencia de ser sociedad.

## 2. LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA POLÍTICA PROGRESISTA

A continuación sugiero algunos temas que, en mi opinión, deberían estar presentes en un debate que aporte a la construcción y ordenamiento de una política cultural del progresismo, de acuerdo a lo que Lechner define como dimensión cultural de la política: “La dimensión cultural de la política alude al carácter político de la convivencia social. No concierne al sistema político, sino a la constitución de lo social”.

a) Es imperioso que el progresismo reconstruya su vigencia cultural pensando y dirigiéndose a la sociedad en sí, en su integridad. Quiérase o no, merced a los estremecimientos o crisis de los pensamientos progresistas, se ha impuesto una tendencia que, parafraseando, podría llamarse “progresismo compasivo”, y que ha consistido en reclamar vigencia en virtud de sus discursos y defensas “compasivas” por los “débiles y discriminados” (pobres, minorías étnicas, minorías sexuales, etc.). De suyo, esos son temas del progresismo. Pero el discurso global sobre la sociedad y sobre un imaginario de sociedad es imperioso porque:

- sin esa globalidad, ninguna corriente política puede expresarse sólidamente como cultura política;
- su rival por antonomasia, el conservadurismo moderno, cuenta con una visión global y un imaginario de sociedad;
- carente de un discurso totalizador, las políticas que desarrolla el progresismo arriesgan quedarse en lo fragmentario y sectorial, sin entronque político-estratégico;
- por último, y tal vez lo más importante, porque una discursividad sólo o esencialmente referida a “los débiles y discriminados”, implícitamente transmite la idea de que la sociedad en general está bien, que quienes no son “débiles” o “discriminados” no requieren de una gran atención.

b) Es inimaginable una política cultural progresista que no recupere la crítica social, el inconformismo reflexivo. Las incomodidades culturales y valóricas que les generan a la sociedad y a la subjetividad social muchos de los efectos de las modernizaciones, deberían ser un material clave en el discurso cultural del progresismo; y ello tanto más si es un requerimiento para la política y el imaginario progresista, pugnar por la modificación de determinados valores y conductas.

c) Ayudar a transparentar los valores y conductas con lo que efectiva y empíricamente operan las personas y la sociedad es otra de las necesidades para la política cultural del progresismo. Para el progresismo, para su expansión política y cultural, es inevitable la existencia de una sociedad más autoconsciente de sí y de un ciudadano con más capacidad crítica reflexiva.

.....

d) La reconstrucción de un discurso cultural-valórico progresista debe tener en cuenta la secularización del pensamiento que implican los procesos modernizadores y la globalización. Un discurso puramente ético o valórico jamás va a contrarrestar la fuerza secularmente educativa de las prácticas que entraña una economía de mercado. Pero, por otra parte, hay que tener en cuenta también la secularización a la que están obligados — y que en cierta medida ya están viviendo— los propios pensamientos progresistas.

Un pensamiento o discurso secular no es fatalmente antagónico a los propósitos valóricamente reculturizadores. Los valores promovidos por el progresismo poseen racionalidad y funcionalidad. ¿O el valor de lo asociativo, por ejemplo, es puramente ético?

e) La política cultural no debe entenderse como instalada sólo en el espacio de las ideas, del verbo. La experimentación de prácticas sociales, para los efectos políticos, es una de las mecánicas educadoras más poderosas. De ahí que la implementación de políticas culturales no es monopolio de intelectuales o de instancias académicas; es tarea también del común de actores y entes políticos, en el entendido de las articulaciones de éstos con los ámbitos sociales y sus prácticas.

### 3. PALABRAS FINALES

Termino estos comentarios con dos reflexiones.

**Primero**, es ostensible que el progresismo en Chile ha descuidado la dimensión cultural de la política y que ello le ha significado un gran costo, mensurable en dos hechos: un acrecentamiento de los espacios ocupados por una hegemonía cultural conservadora, y una gran disgregación, inorganicidad y fragilidad de las culturas progresistas. Es cierto que eso no ha sido óbice para que el progresismo se haya mantenido como mayoría durante casi tres lustros, pero es cierto también que ello resultó de situaciones excepcionales (transición política) que han quedado atrás. Por lo mismo, esos costos político-culturales empezaron a ser traducidos en costos políticos y político-electorales.

**Segundo**, existe consenso respecto de que Chile agotó un ciclo que comprende todas las áreas de la vida colectiva. En consecuencia, el eje político diferenciador que se ha instalado es el cambio. En tal sentido, la dimensión cultural de la política cobra particular relevancia. La competencia por cuál cambio, significa una clara pugna cultural-valórica; pero, además, de cierta intensidad, porque es una competencia que pondrá en juego cosmovisiones de sociedad.



# DESAFÍOS A LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

EDUARDO SAFFIRIO

Diputado del Partido Demócrata Cristiano

No cabe duda que la política está cuestionada, y su vínculo con la sociedad debilitado. Algunos de los desafíos nuevos y severos que debemos encarar, y sobre los cuales la Concertación no ha reflexionado en la forma debida, parecen ser los siguientes:

- 1. Crisis del control jerárquico.** La política ya no es el centro ordenador de la vida social. En esa situación influye que las sociedades actuales parecen no tener un solo centro, dada su creciente complejidad, producto de la diferenciación social y la autonomía funcional del derecho, la cultura, la economía y la religión. Entonces, no es que la política desaparezca o no importe; lo que ocurre es que ella ya no puede ser el ámbito natural de control de sociedades enteras. Esta sociedad policéntrica impide la imposición jerárquica sobre ella. Las formas de acción e intervención deben ser ahora más respetuosas de las lógicas y racionalidades de los otros subsistemas. La acción política y la toma de decisiones supone, incluso para ser eficaz, formas mucho más interactivas y “horizontales”. Su recurso es más la influencia que el poder.
- 2. Globalización.** Estas sociedades nacionales, internamente más complejas, hoy están insertas en un proceso de transnacionalización creciente, pues se interconectan con otras sociedades y actores, en forma cada vez más intensa, a través de redes de relaciones, flujos e intercambios, especialmente financieros y de información. Lo anterior no sólo significa una mayor complejidad social al interior de cada país, con el surgimiento de más relaciones y de nuevos actores. También implica una pérdida de autonomía para tomar decisiones por parte de los órganos políticos internos, lo que agudiza aún más las dificultades antedichas para el control político directo. La “horizontalidad” decisional va incluso más allá, entonces, de los territorios nacionales. Esto último agrava el llamado “déficit democrático”, pues el *demos* es nacional, pero los flujos, las comunicaciones, los problemas y, en especial, la economía, son transnacionales.
- 3. Mercantilización de la vida social.** En parte por lo anterior, decisiones que antes se tomaban políticamente —es decir, en forma colectiva, imperativa, soberana, sin escapatoria, sancionadas por el poder—, hoy se adoptan por otros actores y sobre la base de lógicas que, o no son políticas, o no son democráticas. A partir de opciones políticas, se des-estatizan ámbitos y se desplazan las decisiones hacia los mercados u organizaciones económicas orientadas hacia ellos. La mercantilización, promovida no sólo por la ideología neoliberal, sino también por el aumento de la complejidad social y la crisis del control jerárquico, no

es la única alternativa teórica. También es posible desplazar esas decisiones que antes eran políticas, hacia la sociedad civil y sus asociaciones voluntarias. Pero ello supone que esta sociedad civil exista y tenga fuerza, y además —obviamente— que los actores políticos tomen esa opción y rechacen la mercantilización, sin aceptar lisa y llanamente la subordinación de la política a la economía.

Estos tres fenómenos, y otros que veremos, generan ante los ciudadanos la impresión de que la política no cuenta, que es irrelevante, y aumentan el escepticismo, la desconfianza y la despolitización. Esto refuerza las tendencias de los partidos a oligarquizarse y ensimismarse, profundizando la crisis de representación.

- 4. Redimensionamiento del estado.** La crisis del control jerárquico tiene dos caras: el ensanche de las fuerzas del mercado, y también el redimensionamiento del estado. De ahí su repliegue y el abandono de ámbitos que otrora controlaba o gestionaba. Pero el estado no sólo privatiza, concesiona y reduce su peso. También se ve obligado a adoptar nuevas formas de gestión y de regulación; a descentralizar funciones y facultades; a operar como un "igual" con otros actores —neocorporativismo— o a negociar y asociarse con ellos. Como es obvio, el estado tiene funciones insustituibles; una sociedad de mercado no es posible, y si lo fuera, sería invivable; pero la forma, la manera y los instrumentos para cumplir las tareas estatales, ahora son diferentes y más complejos.

Desde otro ángulo, se ha dicho que hoy día el estado también está bajo tensión, pues no sólo es muy grande para afrontar determinadas tareas, sino también muy pequeño para desarrollar otras. Por eso se producen cambios en la dimensión territorial de la política, obligando a los actores a tener discursos a escala global (medio ambiente, lucha contra las mafias), nacional (políticas contra la pobreza), regional (fomento y/o reconversión productiva), y municipal (calidad de vida y servicios urbanos).

Estas nuevas dimensiones espaciales de la acción política producen la fragmentación de la autoridad pública, sin que necesariamente mejore su capacidad de interlocución con los distintos actores nacionales, regionales y locales, robusteciendo la impresión ciudadana de que la política no está concentrada en los temas cotidianos relevantes ("los que le importan a la gente").

- 5. Individualismo cultural.** En parte por las razones anteriores se produce la individuación. Las personas se separan de comunidades, partidos y grupos de referencia. Este cambio sociológico va acompañado culturalmente por una nueva tendencia al individualismo y a la privatización de la vida. Al menos en esta etapa del ciclo público-privado, se asiste a una cierta explosión de la subjetividad y, en consecuencia, la esfera de lo privado es vista por muchas personas como la única importante o decisiva para el desarrollo o la realización personal y el logro de la felicidad. Una retórica de la autonomía y de la libertad convence a muchos de que lo público no importa. Por la presión cultural de las lógicas mercantiles, el consumidor o el cliente sustituye al ciudadano.

.....

Pero también, como las sociedades actuales tienen sectores relativamente más educados e informados, las exigencias sobre la política son mayores y la frustración frente a lo público es más fácil de provocar cuando los actores políticos no ejecutan debidamente sus funciones o caen en prácticas corruptas o autorreferentes.

6. **Fragmentación social y dificultades para la representación política.** La transformación acelerada que en estas últimas décadas experimentan las sociedades, complica su representación y modifica las pautas que guían esa representación. Los actores sociales son más débiles, están más atomizados, o simplemente son distintos. Se han producido modificaciones en la estratificación social; hay sectores sociales y zonas geográficas declinantes y otros emergentes. Las mismas capas medias, históricamente tan importantes en la política latinoamericana, se segmentan en “nuevas” y “viejas” capas medias. De esta forma, otros conflictos se anteponen con antiguas líneas de confrontación. A los problemas de clase, se suman las demandas de género, las culturales, las pos-materiales, las regionales, y las demandas de calidad de la vida urbana. Esos factores explican, al menos en parte, el aumento de la volatilidad electoral y la disolución de los antiguos electorados fieles de los partidos. Además, la sociedad contemporánea posee nuevos actores, que compiten con los partidos por su representación y también abordan el cumplimiento de las otras funciones socialmente útiles que éstos han desarrollado (socialización política, movilización de la opinión pública, agregación de intereses, fiscalización del gobierno, reclutamiento político y gobernación del sistema democrático). En ausencia de canales participativos o, a lo menos, representativos, los actores políticos —en especial los partidos— aparecen como un grupo parasitario y privilegiado, incapaz de cumplir otras tareas relevantes que el reclutamiento político en los eventos electorales periódicos.
7. **Mediatización de la comunicación política.** La comunicación política se hizo tradicionalmente cara a cara o vía organizaciones. Incluso la prensa escrita fue muchas veces prensa de partidos o de organizaciones. Hoy día, la comunicación política usa y abusa de los medios. La preponderancia, o incluso el monopolio que éstos han alcanzado, genera nuevas pautas de comunicación, de convocatoria, de liderazgo y de construcción de identidades y de opinión pública. Se ha escrito, incluso, que hoy los medios son *la arena* de la política y que la encuadran en sus lógicas. Por ello, controlarlos representa una enorme fuente de poder y posibilita ejercer un influjo, casi sin contrapeso, en el manejo de la opinión pública. Ello facilitado también por las obvias asimetrías en las posibilidades de acceso y fijación de las agendas, no sólo entre los actores, sino también entre ellos y las audiencias.

En la actualidad incluso se habla del video-poder; de un hombre vidente, manipulable y no reflexivo. El impacto de la video-política sobre los modelos de partidos provocaría el tránsito desde el partido burocrático de masas al partido profesional electoral, donde se redefinen los papeles y el peso relativo de dirigentes y militantes. La democracia contemporánea sería una democracia de audiencias: no existen ciudadanos activos y deliberantes, sino consumidores de espectáculos y entretención.

Así, muchos analistas opinan que, junto a otros efectos perversos, la influencia de los medios fomentaría el localismo y la banalización de la política; desincentivaría la participación; haría imposible la deliberación o provocaría, al menos, una pérdida de la calidad deliberativa y el estrechamiento de la esfera pública. También provocaría la reaparición de formas oligárquicas de organización partidaria e informalizaría la política.

Parece no haber duda de que estos efectos negativos se acentúan cuando los medios se vinculan a grupos económicos o a otros poderes fácticos cuyo interés fundamental es el *rating*, el lucro, y/o la manipulación de la agenda pública, sin preocupación alguna por el fortalecimiento de las instituciones, de la legitimidad democrática o de los actores políticos.

- 8. Tecnocratización de las decisiones.** La complejidad de los problemas sociales, las exigencias de mayor eficacia en el diseño e implementación de las políticas públicas, la conciencia sobre la existencia de restricciones y de efectos no buscados provocan, en muchas democracias, un fuerte giro hacia la toma de decisiones y estilos de gestión tecnocráticos. Dicha tendencia conlleva una nueva forma de elitismo autoritario: la toma de decisiones se percibe como algo privativo de los que saben: los especialistas. Se rompe entonces la lógica de la representación política, pues la autoridad del tecnócrata fluye de su saber y no de su condición de vocero o de articulador de los ideales e intereses de los actores sociales. Los objetivos políticos se reducen a uno solo: la competitividad en la economía global. Desaparece la preocupación por otros objetivos que también son deseables; por ejemplo, la cohesión social o el desarrollo político democrático.

Por todas las razones expuestas, los actores políticos están obligados a una difícil tarea: tecnificarse sin tecnocratizarse y sin dejar de representar a la gente común, base de la ciudadanía.

Es urgente abordar este desafío superando los falsos dilemas. De lo contrario, la brecha entre política y técnica seguirá profundizándose. Obviamente, la tecnificación de la política partidaria y la capacidad de respuesta del sistema político en los distintos ámbitos, obliga a afrontar con serenidad el tema del financiamiento público de las campañas electorales y del funcionamiento ordinario de los partidos.

- 9. Neopopulismo.** Dado el auge de las antiguas y nuevas estructuras económicas de mercado, en muchos lugares el gran empresariado está jugando un papel sustitutivo de la acción colectiva, desplazando a las elites políticas tradicionales de sus ámbitos propios. Ello se potencia con campañas ideológicas y de opinión pública que contraponen las supuestas bondades del ámbito privado con las presuntas miserias de la esfera pública. Es fácil comprender entonces por qué el enorme poder de los empresarios, imbricados muchas veces con los medios de comunicación social, no encuentra contrapeso ni en una sociedad civil debilitada ni en partidos carentes de prestigio y estimación pública. Así se facilita la aparición de *outsiders*, de nuevos caudillos, de movimientos políticos, en Chile

.....

incluso de partidos como la UDI, que buscan el voto popular practicando la “antipolítica”, apelando a la inseguridad y al desencanto de los “perdedores” o al individualismo a-social de los “ganadores”.

La alienación política de masas y el incivismo, unidos a la carencia de contrapesos asociativos y organizacionales, termina facilitando el acceso al poder en la competencia electoral, a un neopopulismo de derechas, nefasto incluso para la vigencia de una democracia política estable.

- 10. Desideologización** (desconexión entre praxis e ideas y horizontes). El retroceso del ideologismo, que fue en el pasado una de las “patologías” de la democracia, ha dado paso al pragmatismo ramplón, que también daña la calidad democrática. La “inflación” ideológica es difícilmente compatible con la democracia; pero la ausencia de proyectos distintos al logro del poder y a su administración, también amenaza al régimen democrático, y no sólo porque facilita el desarrollo de fenómenos de corrupción. Potencia lo anterior la presencia de un cierto escepticismo nihilista, justificado como posmoderno, pero que tiene como efecto práctico provocar una pérdida de sentido, que también priva a la praxis política del mínimo contenido finalista.

De igual modo, tras el fracaso de los socialismos reales (y en Chile, además, a causa de las necesidades políticas impuestas por la transición a la democracia), el énfasis excesivo en la política de los consensos ha profundizado la crisis de identidad de los partidos. Con ello aumentan la apatía militante, la desafección y la desconfianza ciudadana (“son todos iguales, da lo mismo por quién se vota”).



.....

# LAS CIENCIAS SOCIALES Y LOS DESAFÍOS DE LA POLÍTICA

CARLOS PEÑA

Decano, Facultad de Derecho, Universidad Diego Portales

Una de las peculiaridades de las ciencias sociales es el hecho de que se trata de un quehacer hasta cierto punto autorreflexivo; un quehacer que, en vez de simplemente describir un objeto que tiene ante sí, lo constituye y lo configura. En el quehacer de las ciencias sociales no es posible, en otras palabras, poner de un lado el objeto de que se ocupan y, de otro lado, las descripciones acerca de ese objeto, porque el objeto en cuestión es insoluble de la manera en que se lo describa. La idea positivista conforme a la cual los hechos sociales pueden ser descritos como una cosa, es simplemente falsa, y a estas alturas constituye, además, una antigüalla intelectual que nadie ya seriamente defiende. Los seres humanos configuramos, hasta cierto punto, la realidad; y, por lo mismo, las descripciones que forjamos respecto de ella —la manera en que la concebimos— son, también, una forma de constituirla. Nuestras ideas acerca de en qué consiste la sociabilidad, forman parte del entramado de significados que orientan nuestra acción y que, de esa manera, acaban, en vez de describirla, constituyendo a la realidad social.

Nada de esto significa, por supuesto, que la realidad social esté a merced de nuestra imaginación o de nuestra voluntad. Significa simplemente que cuando pensamos la sociedad, quedamos hasta cierto punto presos de esas descripciones, las que, ahora, como si fueran los personajes insurrectos de una novela, comienzan a dirigirnos (todo esto es, por supuesto, lo que sugieren cuantos, como Luhmann y, antes de él, Comte —sí, Comte— llaman la atención acerca del carácter reflexivo de las ciencias sociales).

Si lo anterior es así —y a mí me parece que hay buenos motivos para creer que es así—, entonces parece obvio que la mejor forma de encarar los desafíos de la política y de hacer frente a la desazón que suele provocarnos, es detenerse a reflexionar sobre la manera en que hoy día, y algo irreflexivamente, acostumbramos concebirla. Si los fenómenos sociales se nos aparecen adoptando, hasta cierto punto, la fisonomía sobre la base de la cual los describimos, de ahí se sigue entonces —permítanme sugerir— que deliberar acerca de la política significa, ante todo, deliberar acerca del modo o la manera en que la concebimos.

¿Cómo concebimos hoy día la sociabilidad y de qué manera, podemos preguntarnos, ello incide en la situación hasta cierto punto desalentadora que hoy día vive la política?

.....

Hoy día solemos describir el conjunto de los fenómenos sociales —desde la educación a los procesos electorales— como una cuestión de preferencias de las personas o de necesidades preconstituidas. Como si los seres humanos viniéramos hechos de una vez y para siempre a este mundo, provistos de una identidad plena y de deseos firmes, acostumbramos hoy día a describir la sociedad como la simple concurrencia o el mero agregado de sujetos que desean o prefieren cosas, y al conjunto de las instituciones sociales como artificios o mecanismos que coordinan esas preferencias y favorecen así la cooperación social. Es ésta una manera de concebir la sociabilidad hartamente antigua, por supuesto (usted puede encontrarla en toda la literatura que en el siglo XVII quiso extender los *Principia Mathematica* al conjunto de los saberes); pero, ahora, asociada a la expansión del mercado y del consumo, parece haber adquirido un cierto aire hegemónico. Personas cuerdas y políticamente responsables, se apresuran a decir que hacer política hoy día consiste en estar atento a las necesidades de la gente, y los políticos de profesión parecen hoy día alérgicos a las ideas y empeñados más bien en ocuparse de eso que hoy día se llama “las cosas”. ¿Qué significa todo esto para la política, para ese afán de contribuir al autogobierno de las comunidades humanas?

Cuando se habla de preferencias, y en derredor de ellas se estructura el análisis, se está concibiendo la sociabilidad como un ámbito en el que convergen sujetos o individuos preconstituidos y se está, a fin de cuentas, concibiendo al conjunto de la sociabilidad y, desde luego, al proceso político, como un remedo más o menos imperfecto del mercado (algo que, con una sinceridad digna de encomio, reconocen Buchanan y, antes de él, Marshall, el guía del *public choice* y el marginalista). Cuando usted cree que la sociedad es, en lo fundamental, una convergencia de individuos, entonces se inclinará a pensar que la tarea principal de la política es la de adecuar la funcionalidad de las estructuras a las necesidades —corregir las fallas del estado o del mercado, como se dice hoy—, de manera que los sujetos puedan ajustar entre sí, de mejor manera, sus preferencias individuales. En este caso, el paradigma de toda sociabilidad, como digo, es el mercado; las instituciones sociales en su conjunto, desde el proceso político a la familia, son analizadas como formas de intercambio, como remedos, más o menos felices, del sistema monetario. La tarea de la política consistiría, entonces, en saber detectar las preferencias de la gente (mediante encuestas o plebiscitos, por ejemplo) y, luego, adecuar las estructuras (mediante las políticas públicas) de manera que esas preferencias puedan ser satisfechas con fluidez.

¿Qué consecuencias, podemos preguntarnos, se siguen de esa forma de concebir la sociabilidad? ¿Qué problemas presenta ese conjunto de nociones —donde la economía neoclásica infecta e invade la perspectiva de las ciencias sociales en su conjunto— al tiempo de concebir la tarea de la política?

Me parece a mí que ese conjunto de nociones —que, como digo, se han instalado, casi sin que nos demos cuenta, en nuestro lenguaje y en nuestras perspectivas— plantea al menos tres problemas generales que deseo examinar; a saber: una cierta primacía de la facticidad y un desplazamiento de la política democrática por las políticas públicas; un descuido de la di-

.....

mención subjetiva de la política; y, en fin, una falta de reflexión acerca de la esfera de lo público. Permítanme analizar cada uno de esos tres problemas en ese mismo orden.

En primer lugar, me parece a mí, esa forma de concebir la sociabilidad a la que antes aludía, ha favorecido una cierta primacía de la facticidad, de cómo son las cosas, en desmedro de su validez *de iure*; es decir, en desmedro de la pregunta acerca de cómo deberían ser esas mismas cosas, desplazando así a la política, en su sentido más clásico, por las políticas públicas, por la sagacidad de los expertos en el trato con los hechos (sobre esta distinción, que está en la base de la política moderna, puede consultarse Voegelin). Hay varios fenómenos que contribuyen a ese desplazamiento, a la pérdida de la dimensión deliberativa de la democracia, y el más obvio de todos parece ser la convicción, cada vez más extendida, conforme a la cual la facticidad de los procesos sociales se nos impone a tal punto que cualquier deliberación es inútil, de manera que la política queda reducida a la astucia, a la picardía para conseguir la adhesión de las personas (que parece ser hoy la única tarea del político profesional) o identificada con la pertenencia a una simple cultura de expertos. La democracia arriesga así el peligro de oscilar entre la figura del político profesional, cada vez más parecido a un encantador de serpientes o a un pícaro, y la pericia del *policy maker* que, a fin de cuentas, mira al político profesional con cierto desdén, como una excrecencia necesaria, pero intelectualmente prescindible. El precedente fenómeno (este desplazamiento de significado de la idea de deliberación y el consiguiente deterioro de la idea de lo público) está, por otra parte, acompañado de otros procesos, largamente descritos en la literatura, entre los que se cuenta la casi definitiva insubordinación del sistema económico, al extremo de que el sistema político ha perdido toda posibilidad de deliberar acerca de sí mismo. Se agrega a ello ese otro proceso que ha sido llamado individuación, consistente en que el individuo pierde su referencia con los grupos primarios y pasa a quedar desprovisto de ámbitos de significado que le permitan trascenderse. En medio de ese panorama —en el que la política ha llegado a identificarse, como lo soñaron Hayek o Lenin, con la administración de las cosas—, el sentido de una política democrática comienza a perder sentido. Porque, a fin de cuentas, si la validez *de facto* de las cosas tiene la última palabra, si el ideal del autogobierno es simplemente un sueño, ¿cuál es, entonces, el espacio de la política que, desde siempre, se ha ocupado de la validez *de iure* de esas mismas cosas?

Hoy día, como digo, creemos, o parecemos creer, que las sociedades humanas están sometidas a una facticidad de la que no pueden escapar y a la que deben ser, simplemente, dóciles. No es raro entonces que, a partir de esta convicción —una convicción que los intelectuales del fin de la historia y los entusiastas algo ingenuos de la globalización han contribuido a instalar— sintamos que la política es un simple juego de espejos, un pase de manos que tiene por objeto, nada más, engatusar al electorado. A fin de cuentas, el buen gobierno no tendría relación alguna con las opiniones de los hombres y de las mujeres que ejercen la ciudadanía. El buen gobierno sería aquel que es capaz de someterse a la cultura de expertos que tratan con la facticidad. Hace algún tiempo, y frente a la crisis argentina, un economista chileno,

.....

un miembro connotado de esta cultura de expertos a que se somete la política, sugirió que el mejor camino para sacar a Argentina de la crisis era, simplemente, entregar el manejo de la economía y la política monetaria a los expertos del Fondo Monetario. Sin rubor alguno, el experto en cuestión ponía de manifiesto una de las convicciones más extendidas —y, según veremos, más peligrosas— de los tiempos que corren: la idea de que el buen o mal gobierno no depende ni de los grados de ciudadanía, ni, tampoco, de la participación de las gentes, sino del dominio de una cultura de expertos. Lo que late tras esa desmesurada opinión —una opinión que, sospechosamente, no causó escándalo alguno sino, al revés, algo de inconfesada complacencia— es la idea de que las crisis contemporáneas y la mala política son producto de un déficit en el saber; a fin de cuentas, un producto de la ignorancia. Y para no ir más lejos, hace algún tiempo, un funcionario de gobierno dijo, ante un grupo de empresarios, que lo escucharon complacidos, que los “políticos eran atroces”, mostrando así hasta qué punto la política y la representación ciudadana pueden ser consideradas un estorbo para quienes creen, sin más, que en los asuntos públicos la primera y última palabra la tienen los miembros de esa nueva nobleza de estado que es hoy día la “cultura de expertos en políticas públicas”.

Por supuesto, no se trata de asistir al proceso que acabo de describir añorando realidades que no existen o negando las profundas transformaciones que la sociedad ha experimentado. Vivimos en un mundo donde el Estado Nacional languidece y en el que las identidades sociales son cada vez más adscriptivas; donde la infraestructura de las comunicaciones desplaza los mensajes globales a favor de mensajes más bien fragmentarios; en el que la expansión del consumo aligera todas las pertenencias y donde la expansión educacional transforma al viejo público lector en audiencias diferenciadas, provistas de diverso capital cultural que les hace difícil entenderse entre sí. Un mundo como ése no es, por supuesto, un mundo donde la política pueda ser lo que soñaron los antiguos y, por lo mismo, es probable que la política y la participación deban ser reformuladas; pero esa reformulación no es, simplemente, posible si, con una alarmante desaprensión intelectual, nos ponemos a hablar el lenguaje de moda y, por esa vía, nos privamos de los desafíos a los que hoy día debe hacer frente la política. Por supuesto, hay quienes asisten con alegría a este proceso y ven en él una expansión casi ilimitada del consumo y de la racionalidad individual —quienes creen, por decirlo así, que Internet y el mercado son la nueva arquitectura del paraíso—. Pero esto ha ocurrido demasiadas veces antes en la historia como para tomarlo demasiado en serio (cuando surgió el teléfono, hubo voces que anunciaron la supresión de la guerra. Si los hombres podían conversar a distancia, ¿qué motivos tendrían para pelear?, se preguntaba un Fukuyama de esa época que asoció el teléfono al fin de la historia). Los entusiasmos, como ustedes ven, siempre sobran; pero nuestro deber intelectual es, antes de alegrarnos irreflexivamente, reflexionar en torno a la posibilidad de recuperar, aun con cierta inevitable languidez y en este nuevo escenario, la dimensión deliberativa de la democracia. Para hacerlo es necesario, sin embargo, mirar con cuidado y sin apresuramientos los fenómenos que he descrito someramente y que amenazan la política concebida como vida civil, es decir, como una faena de autogobierno y de participación.

.....

En segundo lugar, esa forma de concebir la sociabilidad hace a la reflexión ciega para pensar los problemas de la subjetividad humana. En vez de ver en el sujeto un centro de intereses y de reflexión con el que debemos entrar en diálogo, la perspectiva que mencioné antes favorece la comprensión del sujeto como una caja negra de preferencias que deben ser armonizadas mediante las estructuras políticas y económicas.

Ese olvido de los procesos sociales relativos a la construcción de significados ha contribuido, sin duda, a la pérdida de sentido de la actividad política. La política, en cambio, ha sido, desde siempre, el intento de construir, como sugirieron los antiguos, un espacio hasta cierto punto artificial donde las personas se reconocen la calidad de iguales y donde deliberan acerca de las cuestiones que les son comunes. Para ello, sin embargo, requieren de un conjunto de significados compartidos que les permitan entender sus diferencias y resolver de una manera comunicativa, y no simplemente estratégica, sus conflictos. Lo que parece sugerir la evidencia disponible —por ejemplo, los informes sobre desarrollo humano— es que ese ámbito de significados compartidos que es la cultura —a fin de cuentas, el suelo de la política— se encontraría, en nuestro país, en crisis o, al menos, en curso de ser redefinido. Sin un significado compartido, la desazón que causa la actividad política no tendrá, simplemente, remedio y seguirá estando sustituida por esa actividad, eficiente, sin duda, pero insatisfactoria desde el punto de vista de la creación de significados comunes, que es la política pública.

La sociabilidad chilena y el espacio tradicional de la política en Chile, como es bien sabido, se configuró desde el estado. La creación de un público leal al estado, que es lo que posteriormente conocemos como nación, fue producto, en el caso de Chile, de juristas, militares e intelectuales que, incorporados a un “instituto racionalizado”, adelantaron y difundieron, con medios propagandísticos, la conciencia nacional. Esa conciencia nacional —ese imaginario, como suele decirse, que permite que cada miembro de la comunidad generalice sus experiencias subjetivas y sus demandas en un ámbito donde encuentran reconocimiento— ha perdido poco a poco adhesión y eficacia simbólica. Con ello, el suelo de la política se deteriora: al no haber significados compartidos, la política no encuentra formas sobre cuya base distinguir entre demandas legítimas e ilegítimas y el resultado es, entonces, inevitablemente, apelar a eso que se denomina “necesidades de la gente”, que supone, de nuevo, concebir la política como una forma de administración de las cosas (que es uno de los viejos sueños de Marx y de la ideología neoliberal) y a la sociedad como una forma de mercado. Pero como lo muestra una amplia evidencia, el mercado —cuyas virtudes, dicho sea de paso, son indesmentibles— no es capaz de crear significados compartidos. Como lo sugirió, si no recuerdo mal, Durkheim, el mercado funciona sobre la base de reglas no mercantiles y no puede esperarse de él que acabe con la insatisfacción que provoca en las personas la falta de sentido que la evidencia disponible, como sabemos, diagnostica.

Incapaz de apelar a significados compartidos (por la delicuescencia de la Nación) e impotente para la toma de decisiones (como resultado del desplazamiento del tradicional espacio de la política), no es raro, entonces, que el político profesional asuma su tarea haciendo suya la

.....

banalidad del *reality show*; se esmere en comportarse como un administrador de servicios de baja monta; vaya a programas de variedades; pierda el miedo al ridículo; exhiba como única virtud la carencia de todo discurso; o que, en fin, se dedique a estimular la más vieja de las pulsiones humanas, el miedo al otro, bajo el lema, en este caso, de la seguridad ciudadana. Lo que ocurre es que es difícil ser político en Chile hoy día, cuando todo parece conducir, como sugiero, a una “privatización del sentido” que hace que nuestra única forma de encuentro sea, entonces, la intrascendencia y la banalidad. De esa privatización del sentido, por decirlo así, son muestras ejemplares otras manifestaciones que es posible observar en el campo cultural; entre ellas, la transformación del espacio escolar y de la universidad, que, como sugeriré de inmediato, en nuestro país se conciben, cada vez más, como una extensión de la pertenencia familiar o religiosa.

En tercer lugar, me parece a mí, esa forma de concebir la sociabilidad como una mera agregación de preferencias, desdibuja, o contribuye a desdibujar, el espacio o el ámbito de lo público, sin el cual, como es bien sabido, la política equivale, por decirlo así, a puros ruidos y furias.

El espacio de la política en su sentido más clásico, es el ámbito de lo público, ese ámbito en el que, en medio de la pluralidad, los hombres y mujeres se reconocen una igualdad fundamental. El futuro de la política depende, por lo mismo, me parece a mí, del futuro de lo público. La fisonomía de lo público en Chile, por su parte, tiende, cada vez más, a independizarse de lo estatal, y el principal desafío que tenemos por delante es el de ocuparnos de configurar mejor esos otros espacios, no necesariamente estatales, donde lo público también se despliega y realiza y que en Chile, inexplicablemente, hemos dejado sin reflexionar. Me refiero, por sobre todo, a la educación, particularmente al espacio escolar y universitario, y a los medios de comunicación. Como resultado de algunas modas al uso, las más de las veces vinculadas a la fraseología neoclásica, hemos olvidado, por ejemplo, reflexionar acerca de algunas dimensiones de la experiencia educacional que se encuentran en el centro de la arquitectura de lo público. La educación, es verdad, puede ser vista como un asunto de preferencias, como una inversión de los padres que es función de la tasa de retorno, y es verdad también que la educación es una forma en que los padres someten a sus hijos, por decirlo así, a una experiencia eugenésica. Todo eso es, sin duda, cierto. Pero por acentuarlo demasiado, en Chile hemos olvidado que la educación es, desde siempre, el intento de las sociedades humanas por romper la continuidad entre la pertenencia familiar y las oportunidades; el intento, en una palabra, de evitar una sociedad de herederos; el intento de evitar que la cuna marque a fuego a las personas, y a la vez el intento de favorecer que todos los ciudadanos sean sometidos a una misma experiencia cognitiva, que favorece, en el futuro, el diálogo que es propio de la deliberación democrática. Todo eso —que explica por qué la educación está en el centro de la cuestión pública— tendemos a olvidarlo cuando nos entusiasmos en demasía por los incentivos y la racionalidad que es propia del consumo. Quizá eso explique que en Chile exista hoy día una estricta continuidad entre el hogar, la escuela y

.....

la universidad, y que el conjunto de la educación haya perdido ese sentido público al que acabo de aludir.

Como ustedes ven, encarar los desafíos de la política no es una cuestión de simple voluntad o de meros entusiasmos, es una cuestión de reflexión. En este ámbito no podemos decir que hemos pensado suficientemente el mundo, y de lo que se trata es de transformarlo; al revés, el mundo se ha transformado casi sin darnos respiro y quienes se interesan genuinamente por la política —y no la conciben sólo como una ocupación alimenticia, sino como una contribución pública— tienen el deber de detenerse a pensar en el sentido y la dirección de esas transformaciones.

Que los individuos son, a fin de cuentas, sujetos socialmente constituidos y que su propia subjetividad se erige al compás de significados compartidos con otros; que, por lo mismo, la transformación de lo público y el repliegue de lo estatal no son acontecimientos a los que debemos asistir, sin más, con ánimo desaprensivo y ligero; que los procesos de diferenciación social y de individuación plantean el riesgo de eso que la tradición sociológica llama anomia; y que, en fin, la expansión del mercado y del consumo, junto con proveer bienes de los que debemos alegrarnos, plantea también problemas acerca de los que debemos reflexionar, son un conjunto de verdades sencillas que la discusión pública en nuestro país, hipnotizada por el paradigma del mercado y la economía neoclásica, parece haber olvidado.

Entretanto, la política quizá pueda contribuir a hacerse cargo de esos problemas si evita la tentación de ser, como ha ocurrido hasta ahora, tan extremadamente dócil a la facticidad. El espacio de la política no es el ámbito de la mera facticidad, de lo que simplemente ocurre, sino que es el ámbito de lo que debe ocurrir. No es la validez *de facto* (lo que simplemente ocurre) sino la validez *de iure* (lo que debe ocurrir) el negocio de la política. Esto es, por otra parte, lo que quiso decir Weber cuando, en su famosa conferencia acerca de la política como profesión, dijo que la política era el arte de lo posible, a condición, sin embargo, agregó, de no olvidar que lo posible sólo se alcanza si somos capaces de desear una y otra vez lo imposible. Lo que Weber quiso decir fue que la línea que divide a lo posible de lo imposible en la sociabilidad humana, no es ni fija ni inmovible. Lo que Weber quiso decir fue que la tarea de la política consiste, justamente, en mover el muro donde comienza la zona de lo que llamamos imposible, en vez de ser una tarea que se dedique simplemente —como parecemos creer hoy día— a mirar ese muro.



# ENTRE LA ECONOMÍA NEOLIBERAL Y EL DESARROLLO DEMOCRÁTICO

RICARDO FRENCH-DAVIS\*

Profesor de Economía, Universidad de Chile  
Asesor Regional Principal de CEPAL

La reflexión para la acción, la reflexión comprometida, fue un ejercicio para el cual tuvimos bastante tiempo durante la dictadura, tanto dentro como fuera de Chile. En consecuencia, acumulamos un buen *stock* de reflexión sobre cómo hacer una economía concordante con el fortalecimiento democrático; sin embargo, el *stock* se nos ha ido agotando, lo que hace muy importante esta reactivación del ejercicio de reflexión, entre otros canales, a través de nuestros centros.

¿Qué pasa cuando no se tiene la capacidad de reflexionar con suficiente profundidad? En ese caso, uno comienza a ser influenciado por las modas, que no son un fenómeno reciente, sino presentes a lo largo de la historia del mundo, y siempre cambiantes: a veces son más progresistas y otras, más regresivas. Lo que tenemos actualmente en economía, y que ha predominado en los últimos diez o veinte años, es la moda neoliberal, evidentemente regresiva. En este contexto, si se reflexiona de manera insuficiente, el fuerte peso de los medios de comunicación y del poder económico —orientados de manera muy intensa hacia el neoliberalismo económico— va haciéndonos caer inevitablemente en esa moda. Por desgracia, este proceso es imperceptible y, por ello, los diversos actores van, inconscientemente o por conveniencias cortoplacistas, incorporando los sesgos del neoliberalismo a nuestra percepción del mundo. De allí la enorme importancia de la reflexión sistemática y continuada. No basta con las explosiones de reflexión y debate cada cierto tiempo. Por ejemplo, hemos sido testigos de dos o tres explosiones interesantes de reacciones al interior de nuestra coalición, que no han culminado en un diálogo sostenido; ha habido una especie de diálogo de sordos y se le han puesto algunos mote o etiquetas a las distintas posturas, haciéndolas parecer extremistas, en circunstancias de que las distancias entre ellas no son sustanciales, en comparación con lo que, intrínsecamente, nos separa del neoliberalismo.

No obstante lo anterior, uno siempre tiene confianza en que con el diálogo, la reflexión, la honestidad y la transparencia se puede arribar a un camino convergente, armónico, entre la economía y el desarrollo democrático. Nuestra tarea es buscar esa conciliación entre desarrollo democrático, participación, y un desarrollo integral que sea sostenible a través del tiempo.

\* Las opiniones expresadas son a título personal y no comprometen ni a la CEPAL ni a la Universidad de Chile. Estos temas se tratan con detenimiento en la obra *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad* (Santiago: J.C. Sáez Editor, 2003).

Nuestro objetivo económico —y no estoy pensando en los eslóganes para las campañas, sino que en los elementos más sustantivos— es *crecer con equidad*. Ello involucra una economía al servicio de la gente y no la gente al servicio de la economía. Buscamos contribuir a que la gente esté persistentemente mejor, lo que involucra incrementar la cantidad global de bienes y servicios (el PIB) y mejorar su distribución.

Crecimiento y equidad ¿Cómo estamos?

En la Declaración de los Centros de Estudios "El reencuentro democrático y los desafíos del futuro" (9 de septiembre de 2003), se dice, correctamente, que podemos estar muy orgullosos de lo que hemos logrado en lo económico, pero que también podemos sentirnos disconformes. En efecto, si nos comparamos con la dictadura, estamos notablemente, espectacularmente mejor (véase Cuadro 1).

En estos catorce años tuvimos un período de ocho años (1990-97) con un crecimiento promedio de 7,6 por ciento, lo cual fue espectacular respecto a nuestro desempeño de medio siglo, que fue de alrededor de 4 por ciento. En 1998-2002 pasamos a un promedio anual de 2,4 por ciento, valor positivo en América Latina, que creció la mitad de eso. Pero 2,4 por ciento es apenas una cifra muy cercana a la del aumento de la población activa, por lo que no permite continuar reduciendo significativamente la pobreza, la precariedad del empleo, etc. Con todo, en contraste con los dieciséis y medio años de dictadura, cuando la economía chilena sólo creció en promedio 2,9 por ciento anual —si contamos buenos y malos años, con algunos de -15 por ciento y otros de +10 por ciento—, el crecimiento de 5,6 por ciento promedio de los gobiernos de la Concertación implica que se ha avanzado casi al doble de velocidad. Si medimos el crecimiento por habitante, la Concertación más que duplica el crecimiento alcanzado por la dictadura (pues la población ahora crece más lento), a pesar de los últimos cinco años deficientes en este campo.

**Cuadro 1**

**Crecimiento del PIB en economías seleccionadas, 1974-2002**  
(tasas anuales, porcentajes)

	1974-89	1990-2002	1974-80	1981-89	1990-97	1998-02
Chile	2.9	5.6	2.8	3.0	7.6	2.4
Corea	8.0	6.1	7.1	8.6	7.2	4.3
América Latina	2.9	2.4	5.1	1.3	3.2	1.2
Estados Unidos	3.0	2.8	2.5	3.3	2.7	3.0
Mundo	3.3	2.3	3.4	3.2	2.2	2.5

Fuente: FMI, Banco Central de Chile.

Es posible crecer notablemente más rápido que el mundo o la región. Corea y Malasia lo demostraron desde 1999; Chile lo hizo en 1990-97. La receta del "modelo único" lleva a asimilarse a la moda, y a perder la oportunidad de acortar distancia con las economías desarrolladas.

.....

Es posible crecer notablemente más rápido que el mundo o la región. Corea y Malasia lo demostraron desde 1999; Chile lo hizo en 1990-97. La receta del “modelo único” lleva a asimilarse a la moda, y a perder la oportunidad de acortar distancia con las economías desarrolladas.

¿Por qué es imprescindible crecer? Chile es un país que tiene aproximadamente el ingreso medio del mundo, pero estar en ese rango no significa estar en la mitad del ingreso de los países ricos. Chile tiene alrededor de un quinto del ingreso por habitante de los países más ricos de mundo: ellos están en 100 y nosotros, en 20 o 22; por lo tanto, no podemos hacer con 20, lo que se hace con 100. Los medios de comunicación suelen mostrar, día tras día, los estilos de vida de aquellos grupos equiparables a los que cuentan con un ingreso 100 en los países ricos y, más aún, muchas veces están exhibiendo al segmento más rico de los países desarrollados. Pero ésa no es la realidad de la mayoría. Necesitamos sostenidamente crecer para mejorar —especialmente en el contexto democrático— el bienestar de la mayoría de la población.

A lo anterior, debemos agregar que, así como contamos sólo con una quinta parte del ingreso de un país desarrollado, tenemos una distribución del ingreso notablemente peor. En términos simples, la brecha relativa entre ricos y pobres de Chile es aproximadamente el doble de la brecha entre ricos y pobres de los países desarrollados. La equidad —es decir, la mejor distribución del ingreso y de las oportunidades, la participación y las ‘voces’— es uno de los rasgos de las economías más modernizadas, y de eso estamos muy lejos. Nuestros pobres están a mucha distancia de los pobres de los países desarrollados; y ello a pesar de nuestro gran éxito en reducir el porcentaje de pobres en nuestro país, desde el 45 por ciento que heredamos, al 21 por ciento que tenemos ahora. Dado que durante la dictadura el porcentaje de pobres se había duplicado, se puede afirmar que hemos vuelto a los porcentajes de pobreza que teníamos a finales de los sesenta (según un cálculo hecho en la CEPAL). Nótese que estamos llamando *no pobres* a los que disponen de un ingreso superior a 44.000 pesos por persona al mes, lo cual es una cota muy baja, pero que es medida de manera seria y transparente en el tiempo. Donde la dictadura retrocedió (peor distribución del ingreso y mayor pobreza), la Concertación avanzó, sin duda. Podemos estar orgullosos y reiterarlo con convicción.

Los antecedentes sobre niveles de ingreso y desigualdad indican que tenemos que recuperar un crecimiento vigoroso, mejorando, en un proceso simultáneo, la distribución del ingreso; haciendo economía y no caridad, buscando justicia social y crecimiento con equidad; esto es, incorporando la equidad, crecientemente, dentro del sistema económico. ¿Cómo trabajamos persistentemente en eso? El desempeño económico de la Concertación en sus catorce años en el gobierno, es comparativamente el mejor desde que tenemos estadísticas, con un 5,5 por ciento de crecimiento promedio, contando lo bueno y lo malo. Examinemos, entonces, qué pasa en los períodos de mejores resultados, qué se hizo para conseguirlo, y veamos qué ocurre cuando las cosas no funcionan tan bien, qué políticas económicas están detrás.

.....

Determinar si hubo buena o mala suerte, o simple usufructo de la herencia recibida, o se trata de consecuencias de la acción de las políticas públicas.

Es imprescindible entender bien por qué alcanzamos esos logros, qué sigue siendo válido en las nuevas condiciones que hemos generado, y en qué debemos innovar. Me parece que hay confusión y contradicciones peligrosas para Chile, y para la calidad y vigor de la democracia.

### **El papel del contexto externo y de la globalización sobre el crecimiento**

No obstante que en un mundo crecientemente globalizado nuestra suerte depende de lo que ocurra en el resto del mundo, se puede hacer espacio muy significativo para las políticas nacionales, incluidas las políticas macroeconómicas. Esto es, se depende, pero en parte, y la parte es variable según la calidad de nuestras políticas y de la personalidad e inteligencia con que actuemos. En efecto, hay globalización que pesa: si al mundo le va bien, nos empuja hacia arriba; y si el mundo anda mal, lo hace hacia abajo. Pero este es sólo un factor; no es único ni determinante. No es el fin de la historia en términos de que ya está echada la suerte, como plantea el neoliberalismo; este nuevo 'dependentismo' es tan extremo como el de los sesenta: nada se puede hacer por nuestra cuenta, por ejemplo en el manejo de la macroeconomía, la que llega mandatada desde el centro imperial. En contraste, la verdad es que hay mucho que se puede hacer internamente; se puede *hacer* globalización para cosechar más beneficios que costos.

Si observamos nuestro desempeño en el período 1990-97, y nos preguntamos qué pasaba entonces en el mundo, qué acontecía en Estados Unidos, vemos que el panorama externo no era de gran expansión (véase Cuadro 1); de hecho, Estados Unidos pasó por una recesión en esos años. No obstante, Chile pudo crecer 7,6 por ciento, el triple que la media del mundo. En cambio, en los últimos cinco años, Chile se situó en la media del mundo y bajo los Estados Unidos. Si se plantea que no hay espacios y que todo está determinado por lo que pasa en los mercados financieros internacionales, los países no van a poder lograr una convergencia con los países desarrollados: dado que nuestro nivel es el 20 por ciento de ellos, tenemos que movernos muchísimo más rápido que el promedio mundial y que los países desarrollados. Para ello debemos hacernos espacios y salirnos de la *receta única*. No hay una manera única de hacer economía.

### **Distribución del ingreso**

Normalmente el conocimiento convencional entre nosotros y en los medios de comunicación es que la distribución del ingreso en Chile es mala (cierto) y se ha mantenido más bien estable (falso). En el mundo desarrollado, en la posguerra la distribución del ingreso mejoró entre los años cincuenta y setenta; en los ochenta y noventa, tendió más bien a darse un retroceso en la distribución, por ejemplo en Estados Unidos e Inglaterra, en menor escala en los europeos, pero hay una tendencia al retroceso. Este proceso tiene relación con los sesgos

neoliberales que inducen, erróneamente, a pensar que los mercados resuelven más problemas que los que en verdad son capaces de resolver por sí solos; a su vez, adquieren más peso las variables financieras de corto plazo que las de desarrollo productivo; el “financierismo” se impone sobre el “productivismo”.

Dentro de ese mundo, ¿qué pasó en la distribución del ingreso en Chile? En los setenta hubo un deterioro enorme, en los ochenta volvió a empeorar esa deteriorada distribución. La brecha entre los ricos y pobres pasó desde aproximadamente 13 veces en los sesenta a alrededor de 20 veces en 1982-89; en esos años se observó la peor distribución desde que existen registros. Entre 1990 y 1997, la Concertación logró mejorar la distribución del ingreso reduciendo la brecha a 16 veces, cortando en estos años la tendencia regresiva. Sin embargo, en los últimos cinco años hemos perdido una parte de esa mejora, aunque seguimos con una mejor distribución que en los años ochenta, como lo certifica el Gráfico 1. La distribución del ingreso no es inmutable, sino variable. Los cambios obedecen a factores externos, y a políticas nacionales. El entorno macroeconómico real, la capacitación laboral y el desarrollo de las PYME son determinantes.

Gráfico 1



Fuente: Ricardo Ffrench-Davis, *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de política económica en Chile*, 3ª ed. (Santiago: J.C. Sáez Editor, 2003).

Lo que sucede con la distribución del ingreso está asociado a una serie de factores que presentan distintos grados de complejidad —política y técnica— a la hora de elegir qué camino seguir para construir sociedades con mayor equidad.

La política fiscal nos provee de uno de los instrumentos que afectan la distribución de los beneficios del crecimiento. La estructura y la carga tributaria que un país se dé hacen una

.....

diferencia importante respecto de quiénes tendrán que hacer un mayor esfuerzo a la hora de financiar la política social.

Asimismo, el stock de capital humano con que cuenta una sociedad es determinante para la distribución de ingresos. Una política proactiva en torno al mejoramiento —no sólo en expansión de la cobertura sino también en la distribución social de los aprendizajes— de nuestro capital humano, marca la diferencia entre una sociedad con mayor o menor potencial distributivo de la riqueza y las oportunidades.

Por último, lo que sucede con el mercado laboral es clave para entender la distribución del ingreso. Aquí nos detendremos con un mayor nivel de detalle, puesto que este ámbito es quizás el que presenta más posibilidades para intervenir y producir resultados en corto y mediano plazo, sin generar traumas políticos que afecten nuestra estabilidad democrática.

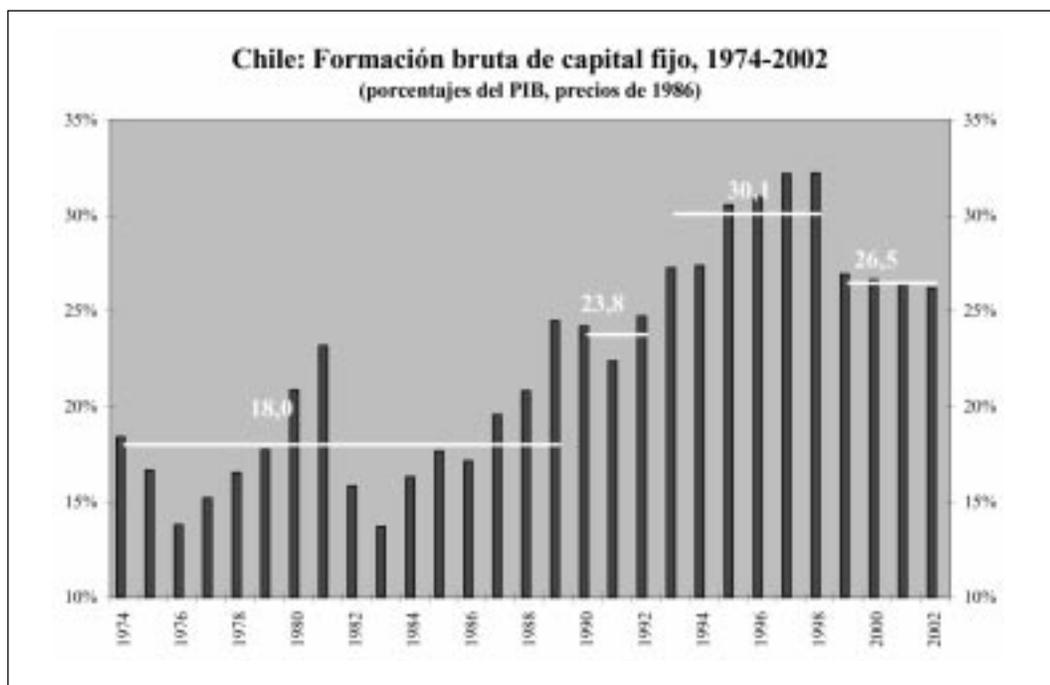
Ello nos lleva a revisar el tema de la “sociedad de consumidores” y de qué viven los consumidores. Y lo que sucede es que los ingresos provienen de su vida laboral. Por lo tanto, para que los consumidores puedan elevar sus niveles de consumo, desde los niveles precarios que tiene un país como Chile, necesitamos que estén bien posicionados en su vida laboral, mejorando persistentemente. La clave es cómo logramos generar sistemáticamente más empleos productivos para la gente, actividad económica dinámica para las PYME. Esta tarea —generar más empleos y de mayor calidad— es de máxima importancia; en las encuestas aparece como tema prioritario. Desde el punto de vista de la Concertación, es un tema que debiera ser tratado preferencialmente, pues la oposición ha estado trabajándolo con buen marketing, pero con un enfoque totalmente distinto, desbalanceado, contradictorio, donde, en los hechos, sólo importa el consumidor y no el trabajador. Tenemos que imprimirle mucho más fuerza a la reflexión en esta esfera, con propuestas concretas, muy específicas y creíbles.

Desde el punto de vista técnico, la variable clave detrás del empleo productivo es la inversión productiva, sea en Estados Unidos, Haití o Chile. Son distintos escenarios, con diferentes intensidades y diversos grados de desarrollo de los mercados, pero siempre, en todos los casos, la inversión es clave para dar más empleo productivo. Esta no es la inversión financiera, ni la que va a las bolsas, sino a la venta de empresas nacionales al extranjero. El estímulo debe ir a la dimensión productiva, a crear capacidad para generar más bienes y servicios. ¿Por qué los diversos empresarios invirtieron 18 por ciento del PIB en promedio durante los dieciséis años de la dictadura, y por qué con la Concertación invirtieron un promedio de 28 por ciento del PIB en los noventa? Porque la Concertación lo estaba haciendo mejor para el desarrollo productivo, lo cual no se logra con meras franquicias tributarias ni adoptando las propuestas dirigidas a la gran empresa, sino haciendo políticas que sean, efectivamente, más funcionales para el conjunto de las empresas y de los trabajadores; políticas que busquen las coincidencias de intereses entre ambos, y contribuyan eficazmente a reducir las brechas de productividad.

Es muy relevante destacar que el 82 por ciento de la inversión fue realizada por nacionales (públicos y privados) y, a pesar de su auge efectivo, sólo el 18 por ciento correspondió a creación de capacidad por inversionistas extranjeros.

Una condición necesaria para la realización de nuevas inversiones es usar la capacidad productiva ya existente. ¿Para qué invertir en equipos, maquinarias, infraestructura, construcción, si no se está utilizando la capacidad ya instalada? El Gráfico 2 muestra la evolución de la tasa de inversión productiva, con altibajos estructuralmente asociados a la evolución de la brecha entre capacidad instalada (o PIB potencial) y capacidad utilizada (PIB efectivo). Se puede constatar el gran dinamismo de la inversión entre 1991 y 1998, que alcanzó tasas inéditas en Chile. En esos años, las empresas operaban, en general, a plena capacidad, el desempleo se había reducido a cifras del orden de 6 por ciento. Luego, desde el contagio de la crisis asiática, se dio un retroceso, con subutilización de trabajo y capital, desaliento de la inversión productiva —como se constata nítidamente en el Gráfico 2— y predominio del pesimismo por un largo quinquenio.

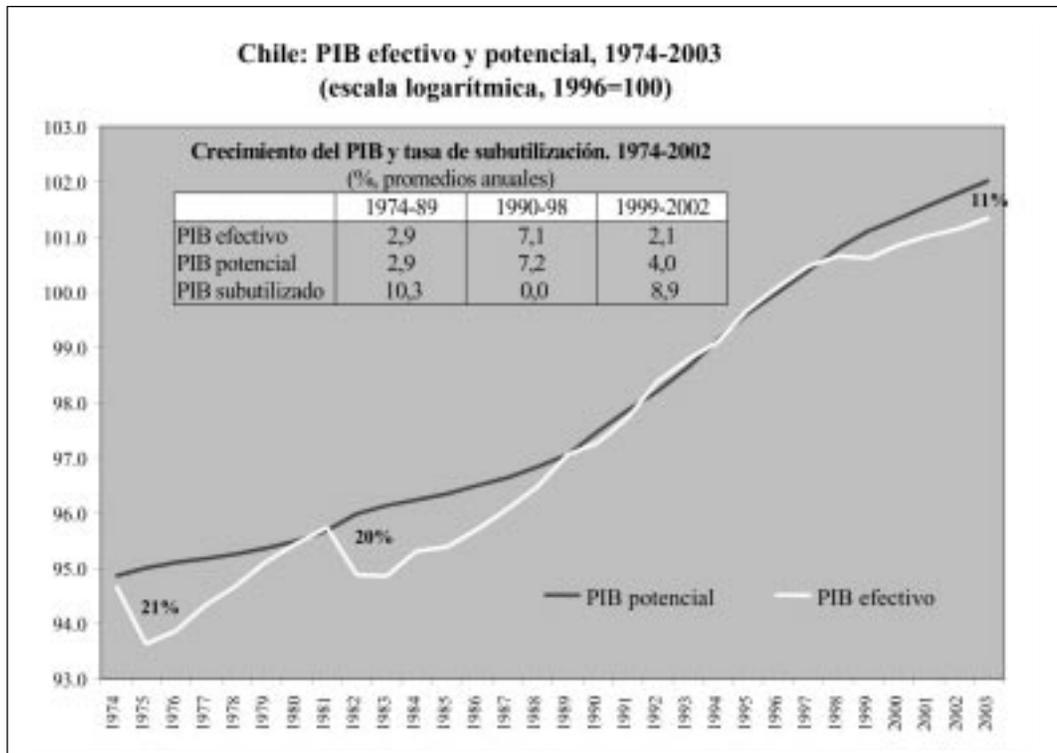
Gráfico 2



Un tema clave es, entonces, cómo conseguir un uso elevado y sostenido de la capacidad productiva. Cada vez que hay una recesión, se deja trabajo y capital cesante: no se aprovecha la productividad potencial. El uso de la capacidad productiva, a su vez, tiene que ver

con cómo se hace la macroeconomía. Un elemento coyuntural que tiene una enorme incidencia en la comprensión de lo que hoy en día ocurre en la economía, es la brecha entre capacidad productiva y la utilización de esa capacidad.

Gráfico 3



Fuente: Basado en Ricardo Ffrench-Davis, *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de política económica en Chile*, 3ª ed. (Santiago: J.C. Sáez Editor, 2003).

En el Gráfico 3, la línea negra representa el producto potencial, dadas todas nuestras virtudes y defectos. La línea blanca es el producto efectivo: pueden observarse las grandes caídas de 1975 y 1982, y nuestra caída “suave” de 1999. No obstante, hoy día tenemos una brecha importante entre lo que el país es capaz de hacer, con sus empresas, sus trabajadores y la calidad de su gobierno, y el producto efectivo. ¿Cómo se elimina esa brecha? Hay dos alternativas. Con un impulso desde adentro (un *shock* reactivador), lo que propusimos durante tres años. Ahora, afortunadamente, ha llegado un impulso desde afuera, lo que ha ocurrido, por una parte, a través de los términos de intercambio —por ejemplo, los precios de nuestras exportaciones están en mucho mejor nivel que hace algunos meses—; y por otra, a través de los flujos de capitales financieros y los buenos humores del mundo. Leamos la prensa de Nueva York, Frankfurt, etc., y es perceptible un cambio de humor, que lleva a que los que se reprimían en gasto, lo desaten. Y como nuestra economía puede responder prestamente ante

.....

cualquier aumento fuerte del gasto en consumo, en inversión, sin que surjan presiones inflacionarias, sin que haya cuellos de botella que impidan la expansión, la reactivación puede ser muy vigorosa. En 1997 no podíamos ir más arriba, pues estábamos a pleno uso de las capacidades; hoy día sí podemos hacerlo, con o sin acuerdos de integración, sencillamente con una recuperación automática por los cambios de humores o expectativas y los mayores ingresos de divisas. Tenemos espacio para una vigorosa reactivación, hasta llegar a nuestro techo o PIB potencial.

Resulta imprescindible, entonces, aprovechar el tiempo entre la actual situación recesiva, de trabajo y capital subutilizado, y el momento en que se que llegue al techo. Disponemos para ello de dos a tres años, si siguieran los tirones positivos —o *shocks* positivos— desde el exterior. En estos dos o tres años podremos crecer a una velocidad mucho mayor que el ritmo con que estamos generando capacidad productiva. Si estamos generando esta capacidad al 4 por ciento (como lo creemos muchos observadores), podemos tener crecimiento efectivo de 6 a 8 por ciento durante dos o tres años sin presión inflacionaria. ¿Existen casos así en el mundo? Muchos. Un buen ejemplo es el de Corea en 1999. Ese año tuvo un aumento del PIB de 11 por ciento, con un impulso desde adentro, con una política monetaria (baja drástica de tasas de interés) y fiscal (pasó de un superávit a un déficit fiscal de 4,2 por ciento del PIB) fuertemente reactivadora. En ese caso, las autoridades constataron que había trabajo y capacidad física no utilizados, y tenían dólares propios; por tanto, decidieron aumentar la demanda interna y el PIB se reactivó en ese notable 11 por ciento; conjuntamente, se reactivaron el empleo, las utilidades de las empresas, la recaudación tributaria, etc. Es decir, es posible. Aquí, con nuestro tirón desde afuera, puede tener lugar una reactivación, pero debemos asegurarnos de aumentar la velocidad del crecimiento potencial. Y eso incidirá en el empleo futuro, en la calidad empresarial y la calidad de la macroeconomía en los años siguientes.

A continuación me referiré rápidamente a cuatro temas que nos plantean distintos desafíos: (i) economía de mercado, (ii) globalización, (iii) equilibrios macroeconómicos, y (iv) productividad o desarrollo productivo.

## **NUESTROS DESAFÍOS**

### **Economía de mercado**

Hay economías de mercado de distinta naturaleza. Es economía de mercado lo que está presente hoy en el mundo, y también en nuestro contexto. Y frente a ella, nuestro desafío es cómo hacer economías de mercado al servicio de la gente y con más equidad, para las mayorías respetando las minorías, no una economía de mercado al servicio de las minorías.

La receta única neoliberal, ¿por qué no es adecuada? Porque la política pública o receta que se escoja debe depender del objetivo: un país con más o menos identidad nacional, un país que se mueve desde el barrio o trata de salirse del barrio, con más equidad o menos equidad;

.....

deseamos más estabilidad de la economía real o estamos dispuestos a que los vientos externos nos tiren hacia arriba y luego nos dejen caer desde lo alto repetidamente. Una mirada aterrizada al mundo demuestra que hay caminos alternativos. Una misma política económica no opera de manera idéntica en un mercado profundamente desarrollado, a la Suiza, o en uno subdesarrollado, como el país más pobre de América Latina o de África. Los mercados responden de manera distinta a la misma medida. Los mercados son la gente, trabajadores y empresarios, funcionarios públicos, las instituciones, las estructuras; si no son idénticos, no pueden responder con la misma sensibilidad, con la misma racionalidad, con el mismo horizonte en el tiempo, en un contexto u otro. La *receta única* no funciona igual en distintas partes; por eso, hay que adaptarla a las realidades nacionales. Y, además, es distinto si estamos en una coyuntura de pleno empleo, como muestra el Gráfico 3 para los años 1991-97, o con desempleo, como en los años más recientes.

Suponer la existencia de una sola economía de mercado, además de encerrar una lógica de ideologismo extremo, es también desconocer la experiencia comparada de la segunda parte del siglo XX a nivel mundial. Tres son al menos los modelos de economías de mercado que se han consolidado durante este período. El modelo liberal, cuyo referente lo constituye los Estados Unidos; el modelo continental, que tiene como ejemplo la experiencia alemana; y el modelo socialdemócrata, que encuentra en Suecia su mayor exponente. Como lo hemos señalado, incluso Chile tiene variantes importantes de economía de mercado en el último tercio de siglo: el experimento más extremo neoliberal de los setenta; el neoliberalismo más intervencionista de los ochenta, y las reformas orientadas al crecimiento con equidad de los noventa. Los chilenos necesitamos deliberar acerca de qué referencia nos parece la más adecuada para encauzar nuestro proceso de desarrollo de cara al siglo XXI.

Hay, entonces, distintos senderos para construir una economía de mercado. Nosotros queremos una economía de mercado con desarrollo democrático y con equidad, crecientemente incorporada al sistema económico mundial, y que los agentes perciban eso; que la mayoría pobre y de ingresos medios crea que va a estar persistentemente mejor, porque es una preocupación prioritaria, *efectiva y consecuente*, de las políticas públicas. Acción y percepción son claves. En el periodo 1990-97 nos fue muy bien en los hechos y en el apoyo popular, pero había un problema clave de percepción de los mensajes sobre cómo se hizo la transición: para una mayoría, pudo haber sido percibida como excluyente. Pero, en los hechos, logramos mejorar notablemente el estándar de vida de la gran mayoría de los chilenos, y hoy día están, gracias a ello, acentuadamente mejor que lo que estuvieron al concluir la dictadura.

El debate sistemático sobre el tema de construcción de una economía vigorosa y equitativa debe ser parte central de la agenda democrática. Se trata de una decisión política que tendremos que tomar si queremos crecimiento con equidad.

## Globalización

La globalización ofrece oportunidades y riesgos. La globalización es un dato, en el sentido de que va a estar presente, querámoslo o no. En un régimen democrático, no nos podemos aislar de esa realidad; pero no aislarse no significa quedar inermes ni creer erróneamente que la globalización es un dato inmutable y total. Sin embargo, frente a este escenario, nuevamente aparece la receta única: se nos dice que hay que cruzar los brazos frente a la globalización de la volatilidad financiera y de la desigualdad. Y no es así: podemos domesticar cómo llega la globalización a nuestra economía: la globalización se hace.

Hay que tener en cuenta que la globalización es heterogénea, es decir, no se da con la misma intensidad en todos los planos. Quiero mencionar dos rasgos: uno en lo comercial y otro en lo financiero.

En lo comercial, las exportaciones son muy importantes. Necesitamos que las exportaciones sigan creciendo sistemáticamente más rápido que nuestro producto, pero las exportaciones son sólo una parte de lo que produce el país. Se ha tendido a magnificar su peso, diciendo que las exportaciones, o el comercio exterior, constituyen más de la mitad del producto —el 70 por ciento—, pero no es así. La realidad es que de lo que produce Chile, aproximadamente un cuarto se exporta y tres cuartos se consumen o invierten dentro de nuestras fronteras. En Estados Unidos, la proporción es de 1 a 9: se produce mucho más para el mercado interno, y se comercia entre las regiones o estados de esa nación.

Dado el peso que tiene el producto que no se exporta, es clave lo que sucede en el mercado interno (véase Cuadro 2). Veamos qué pasó durante los periodos de éxito y crecimiento. Cuando Chile creció sobre 7 por ciento, las exportaciones eran indudablemente dinámicas, eran lo que empujaba más fuertemente hacia arriba, pero el resto de la economía estaba también creciendo intensamente. Nuestro comercio, nuestros servicios, nuestra agricultura, las pequeñas y medianas manufacturas, todo eso estaba creciendo 6,5 por ciento por año, durante esos nueve años. Es decir, cuando nos va bien, es porque al conjunto de la economía, a la mayoría, le está yendo bien. Y nos va mal cuando una parte importante de la economía se cae. En los períodos malos, ¿qué fue lo que cayó? Cayó más intensamente lo que depende de la macroeconomía interna. Por ejemplo, durante la dictadura las exportaciones crecieron vigorosamente, pero el problema estuvo en el mercado interno, con un crecimiento de 1,5 por ciento en 1974-81 y 1,7 por ciento en 1982-89 (es decir, cercano a cero en términos per cápita). Las exportaciones dependen bastante de la macroeconomía externa; el resto de la economía nacional, entre muchas otras cosas, depende de lo que sucede en la macroeconomía interna.

## Cuadro 2

Tasas de crecimiento del PIB, las exportaciones y el PIB no exportado, 1960-2002  
(porcentajes anuales)

	PIB	Exportaciones	PIB no Exportado
1960-70	4,4	3,6	4,5
1971-73	1,2	-4,1	1,7
1974-81	3,0	13,6	1,5
1982-89	2,9	7,8	1,7
1990-98	7,1	9,9	6,5
1999-2002	2,1	5,0	1,3

Fuente: Basado en cifras oficiales del Banco Central de Chile, y P. Meller y M. Marcel, "Empalme de las cuentas nacionales de Chile 1960-1985: Métodos alternativos y resultados", *Colección Estudios Cieplan* 20 (diciembre 1986). Las exportaciones incluyen bienes y servicios.

El PIB no exportado es igual al PIB total menos el valor agregado de las exportaciones.

### Equilibrios macroeconómicos

Esto nos lleva al tercer punto: debemos vivir con equilibrios macroeconómicos. Bien entendidos, son fundamentales para crecer con equidad; mal entendidos, se constituyen en un zapato chino. ¿Qué significan los equilibrios macroeconómicos? La visión neoliberal predominante, la que todavía transmiten con mayor fuerza las entidades multilaterales —con mayor fuerza, no con absoluta fuerza, pues podemos observar posiciones crecientemente heterodoxas o pragmáticas, en el buen sentido de la palabra—, entiende los equilibrios macroeconómicos como algo sustentado en sólo dos pilares: inflación baja y equilibrio presupuestario.

En una visión de crecimiento con equidad, tales factores también son importantes. En efecto, las inflaciones altas son dañinas, son regresivas y son malas para la economía de mercado. Se pierde la calidad de la información, ya que un precio pierde significado si todos los días está cambiando notablemente. Y si esto se extiende a miles de productos, se genera un problema grave al respecto. Necesitamos inflaciones bajas, pero no a expensas de las fuerzas del desarrollo, ni de la equidad, ni de la libertad para ir construyendo futuro con una perspectiva de largo plazo. Encerrarse en la inflación de corto plazo como objetivo único de los bancos centrales es muy dañino —ello no ocurre en todos los bancos centrales del mundo, ni siquiera en el de Estados Unidos—. También está el objetivo de la actividad económica, o el del crecimiento del empleo o el proceso de inversión productiva, etc. Esta visión neoliberal, que parece predominar sobre todo en América Latina, como producto del llamado consenso de Washington de los años noventa, es una de las causas del pobre o desilusionante resultado de las reformas económicas ejecutadas en esta región. No está de más recordar que fueron muy similares a las aplicadas por la dictadura en los setenta.

.....

Por otro lado, la responsabilidad fiscal es esencial. Chile ha avanzado mucho en la introducción de más calidad en el gasto fiscal. El concepto de balance estructural es, también, un avance importante. Pero queda aún mucho por hacer, pues las tareas no se realizan de una vez, sino que constituyen un proceso, y es necesario seguir mejorando la implementación y los criterios de asignación.

Sin embargo, hay un tercer aspecto que considerar cuando se habla de equilibrios macroeconómicos. Se refiere a lo que sucede con el mundo de la producción y el empleo. Para los que producen, no es un buen entorno macroeconómico aquél en que con cierta frecuencia se enfrentan recesiones fuertes. En efecto, si se planean negocios porque la demanda está creciendo 6 ó 7 por ciento por año, y se produce una crisis, producto de la cual la economía atraviesa un contexto recesivo durante cuatro o cinco años, se produce un daño significativo a la estructura productiva. Los efectos negativos de esta volatilidad afectan mucho más intensamente a las PYME, pues las empresas medianas y pequeñas tienen menos instrumentos para manejar las crisis. Por ejemplo, en los contextos recesivos, como el que tuvo lugar desde 1998, la respuesta de los mercados de financiamiento es notablemente desfavorable hacia aquellos que tienen menor respaldo y menor historia. Entonces, los bancos tienden a comportarse muy pro-cíclicamente con las PYME: cuando todo va bien en la economía, hay alguna abundancia de créditos; pero cuando hay problemas con la economía (precisamente cuando se requiere de apoyo para enfrentar momentos difíciles), hay restricción crediticia. Las empresas que no encuentran respaldo financiero, por su parte, deben ajustarse más intensamente, despidiendo más trabajadores, reduciendo su inversión o quebrando. Esta es la respuesta natural de una economía de mercado neoliberal. Por ello, debemos hacer que el mercado funcione al servicio de lo que queremos, y para eso tenemos que ser mucho más eficientes, pues el neoliberalismo es profundamente ideológico e ineficiente en este sentido. Prueba de ello son los resultados de la inversión productiva, de la distribución del ingreso y del crecimiento promedio durante los dieciséis años en que equipos económicos netamente neoliberales tuvieron pleno poder, lo que hizo más fácil las equivocaciones. En ese sentido, una de las ventajas de las democracias es que, aunque es más difícil hacer las cosas, también hay más espacio para la corrección.

En síntesis, es clave para el desarrollo una definición integral de los equilibrios macroeconómicos: inflación baja, equilibrio presupuestario, y consistencia entre la capacidad productiva y su uso. Para lograr una armonía entre estos equilibrios, es esencial tener precios macroeconómicos "correctos". En ese sentido, un tipo de cambio que oscila mucho y tasas de interés altas e intensamente fluctuantes, no generan un entorno favorable para las empresas. Los precios macroeconómicos dependen de la calidad de las políticas cambiaria, fiscal, monetaria y de regulación de la cuenta de capitales.

Por su actualidad, unas líneas sobre política cambiaria. Existe, hoy, la moda de la flexibilidad total; es decir, la renuncia a hacer política cambiaria, dejando que sea el mercado el que determine el valor del tipo de cambio. El problema es que hay dos mercados privados: el de

la visión de largo plazo de los inversionistas productivos que piensan en el desarrollo de proyectos reales; y el de la visión de corto plazo de los inversionistas financieros.

La experiencia en todo el mundo, y que tiene mayor fuerza en una economía en desarrollo, como la chilena, con mercados más pequeños y menos profundos, es que el tipo de cambio está demasiado afectado por las percepciones de corto plazo de los mercados financieros; por ejemplo, frente a modestas variaciones del precio del cobre suelen sobre-reaccionar. Estos agentes no hacen desarrollo productivo, sino finanzas de corto plazo; y se les paga para tener utilidades de corto plazo, no para hacer una macroeconomía sostenible. Una economía al servicio de la gente, para el desarrollo democrático, no puede guiarse en lo fundamental por las recomendaciones de los mercados financieros de corto plazo. No les corresponde a ellos hacer esa tarea, y no les pagan para hacerla. Guiarse por ellos es un error garrafal, neoliberal, y la moda y el intenso cabildeo arrastran a algunos dirigentes y técnicos.

### **Productividad y políticas de desarrollo productivo, para crecer con equidad**

Las políticas de desarrollo productivo eran un tema tabú cuando retornamos a la democracia. Esa dimensión se ha ido abriendo, y ahora en distintos sectores se acepta discutir el tema, sin pensar que con ello se “derrumba” la economía del mercado.

¿Qué tenemos que hacer? Debemos hacer política de desarrollo productivo para que los mercados funcionen mejor para la gente, para los trabajadores y para los empresarios. Tenemos que diseñar políticas que beneficien a las mayorías, respetando las minorías. Necesitamos reestablecer balances en las voces, en ese sentido. Necesitamos que a nuestros consumidores les vaya bien como productores. En el libro *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad* planteo más completamente los desafíos. Aquí mencionaré cinco tareas que debemos cumplir:

- Hacer una macroeconomía real, funcional para el desarrollo, y no la macroeconomía neoliberal o ‘financierista’. La macroeconomía real implica lograr que la productividad potencial sea igual a la efectiva, esto es, que usemos lo que la gente va acumulando como capacidad para producir bienes y servicios.
- Fomentar las exportaciones con más valor agregado, es decir, las que usan más insumos del resto de la economía. Las exportaciones con más valor agregado transmiten su dinamismo al conjunto de la economía. Para ello resulta imprescindible retomar la conducción de la política cambiaria de manera de lograr un desempeño exportador más dinámico y mejor, con mayor conexión con el resto de la economía. El tipo de cambio es una variable clave. No hay que ser ingenuos: con flexibilidad cambiaria total no se puede garantizar condiciones positivas para el sector exportador.
- Capacitación laboral. Se requiere un programa sistemático de capacitación laboral, notablemente más sistemático que lo que hemos hecho hasta hoy, funcional para la reducción de la desigualdad. Se requiere flexibilizar la oferta laboral para que los trabajadores que

buscan un empleo tengan más capacidad de adaptarse a las necesidades del mundo moderno, lo cual pasa por los canales de la educación formal —que es para la fuerza laboral del futuro—, y la capacitación —que es para los trabajadores actuales—. Es esencial que la capacitación se torne más eficiente y efectiva, evitando fraudes que impidan acelerar la velocidad con que se desarrolle un programa nacional de capacitación, al cual se incorporen los distintos actores de la sociedad: trabajadores, empresarios, municipalidades, ONG, conducidos —naturalmente— por el gobierno. En la actualidad, nuestra oferta de capacitación es mucho mayor que la de hace quince años atrás, pero aún es muy limitada. Una capacitación real es algo que requiere mucha reflexión para la acción. ¿Cómo hacemos capacitación laboral? Se hace mejorando la calidad ciudadana de la gente, una tarea que los economistas habitualmente no abordamos. Nos debe preocupar que las personas no sean sólo buenas “máquinas” productoras, sino, también, mejores ciudadanos.

- Desarrollar un mercado de capitales de largo plazo. Hemos gastado mucho esfuerzo en un mercado de corto plazo. Sin duda, hay aspectos positivos en ese sentido, pero necesitamos muchos más esfuerzos puestos en el desarrollo del mercado de capitales de largo plazo. Una variable en relación con ello es qué hacemos con los fondos de las AFP, que es el ahorro de largo plazo de la mayoría de los chilenos. Es una inconsecuencia decir que a Chile le quedan grandes estas AFP, que no hay dónde usar esos fondos en Chile y que, por lo tanto, deben invertirse en el exterior; y ello en un marco en el que es evidente que el retorno del capital en Chile es mayor que en Estados Unidos, donde están muchos de los depósitos. En promedio, el retorno va a ser más alto en Chile, pues este es un país escaso en capital, mientras Estados Unidos es un país rico en capital. Lo que se debe hacer en Chile es crear los canales institucionales para la transmisión de los fondos —con las debidas garantías— desde las AFP hacia el financiamiento del desarrollo productivo de Chile: capital de riesgo y capital crediticio de largo plazo. Esto es esencial para lograr mejorar el entorno del empleo productivo, que representa lo más determinante del bienestar del futuro pensionado: lo que le suceda durante sus cuarenta o cincuenta años de vida laboral.
- Por último, debemos profundizar en la absorción, difusión y adaptación de la tecnología, aspecto en el que ha habido un avance importante en los últimos años, y que debe seguir siendo preocupación preferente de nuestro gobierno.

En síntesis, tenemos que acelerar la capacitación laboral, un mercado de capitales de largo plazo, exportaciones con valor agregado —aprovechando las oportunidades que nos ofrecen los acuerdos de integración—, e ir mejorando sistemáticamente la productividad de nuestros trabajadores y empresarios, pues la suma de esas productividades es el producto nacional. Necesitamos un entorno en el que no enfrentemos situaciones recesivas cada cierto tiempo. La suma de todo eso redundará en un producto creciente y con más gente productiva, y nos permitirá sustentar un crecimiento con equidad, en un marco de desarrollo democrático.



.....

# EL DESCONCIERTO EN LA CULTURA: PATIOS TRASEROS Y MOVIMIENTOS SUBTERRÁNEOS

FRANCISCA MÁRQUEZ

Investigadora de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación

## 1. CONSTRUIR NUEVAS CARTAS DE NAVEGACIÓN

Hay tiempos en los que es mejor callar. Así aconsejaba Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus* cuando señalaba que «sobre aquello que no se puede hablar, es mejor guardar silencio».

Todos ustedes coincidirán probablemente en que estos son tiempos —al menos en lo que dice relación con la cultura y el quehacer de la política— de fuerte desconcierto y desasosiego. La sociedad, la cultura, la política sufren de un des-arreglo, de un des-afinamiento, de una des-orientación que la ponen bajo sospecha y que nos ofusca. El desconcierto en la cultura, en nuestra manera de representarnos, en nuestra manera de ordenarnos e imaginarnos la vida en sociedad, hace que las viejas certezas huelan mal, extrañas y vacías...

No son éstos buenos tiempos para apresurar explicaciones, formular preguntas, ni menos respuestas. Tampoco para hablar y aventurar algún ordenamiento de esta realidad que se nos ofrece fundamentalmente confusa.

Pareciera ser que éstos son tiempos para callar, observar, esperar, abrir la mirada, ejercitar la percepción y la imaginación, y escuchar; por sobre todo, escuchar.

En este desarreglo, en este dislocamiento de la cultura, los viejos mapas parecieran haberse vuelto obsoletos.

Y sin embargo aquí estamos, intentado encontrarlos, dibujarlos y en lo posible transformarlos en ruta de viaje. Porque sin mapas, sin cartas de navegación, pareciéramos estar perdidos. Es en este sentido que leo la invitación de hoy: un esfuerzo para remirar estos viejos mapas y trazar otros nuevos que nos lleven a asentar nuestra cultura y nuestra democracia.

El texto de Norbert Lechner\*, ciertamente nos entrega los elementos centrales de este itinerario; allí están las cuatro claves y las señales para avanzar. Por eso esta ponencia se centrará sólo en algunos aspectos —en especial en las evidencias empíricas— que a mi parecer pueden construir la brújula que nos falta.

---

\* Véase "Los desafíos políticos del cambio cultural", pp. 11-27.

.....

Hablaré brevemente de los avances de nuestra democracia, porque nadie puede negar que los hay. Pero, por sobre todo, quiero hablar de los patios traseros que la acompañan y de los movimientos subterráneos que en ella ocurren.

Una arqueología de estos espacios sociales se impone con urgencia. Escarbar, investigar, mirar, escuchar, es hoy el único camino posible para salir de este estado de desconcierto en el que nuestra cultura se encuentra inmersa. No hay relato democrático posible, no hay reencantamiento posible sin este ejercicio etnográfico.

## **2. LOS CONTRADICTORIOS AVANCES DE LA DEMOCRACIA**

Lo primero que quisiera partir reconociendo, es que este país ha crecido; ha crecido económicamente, por cierto, pero también en su densidad social y cultural. Este país ha recorrido un largo camino para ello, ha crecido en certezas y también en paradojas, al decir del PNUD en sus informes de Desarrollo Humano. Pero lo que es cierto es que este país bulle, se debate, se enorgullece y también se avergüenza.

Podría detenerme en nombrar un sinnúmero de logros. El más importante es la recuperación de sus libertades políticas y civiles.

Pero este país tiene también otros logros: ha doblado el ingreso per cápita en una década y, aun con una lenta reactivación, no ha dejado de crecer. Ha disminuido la pobreza y la indigencia. Se ha abierto y masificado el acceso a la educación de los estudiantes de bajos ingresos, han aumentado los años de escolaridad y la educación media ha pasado a ser obligatoria. Ha crecido la esperanza de vida de los chilenos, mejorado los indicadores de salud y se ha resuelto el déficit habitacional histórico.

En términos de nuestra cultura y nuestra democracia, tal vez uno de los avances más significativos es el haber hecho tambalear el tabú de la violencia intrafamiliar, transformando en público un problema que hasta inicios de los noventa había sido privado; se avanzó en el reconocimiento a la diversidad de formas familiares y de las mujeres jefas de hogar, el reconocimiento del derecho a la educación de las madres adolescentes, la visibilización de la violación a los derechos humanos...

Es irrefutable que Chile crece, pero también es cierto que en él coexisten viejas y nuevas desigualdades asociadas a nuestra incapacidad redistributiva, a nuestra incapacidad de avanzar en la construcción de una sociedad más igualitaria.

Los relatos de los chilenos indican que las aspiraciones a la modernidad se viven y se sufren contradictoriamente, que la tensión existencial y social no está ausente. Que el imaginario de sociedad meritocrática se ha jibarizado y el de una sociedad desigual gana espacio.

Afinar la mirada y la escucha frente a la multiplicidad de subterráneos y patios traseros que han acompañado los logros democráticos de nuestro país, parece una tarea urgente.

### 3. LOS PATIOS TRASEROS

En alguna ocasión dije que en Chile, tras la desconfianza y el temor al otro, lo que está agazapado es el temor a terminar ocupando el patio trasero.

Y es que, en este país, ser joven, mujer, pobre, mapuche o cesante, para muchos puede significar simplemente tener que ocupar el patio trasero de nuestra democracia y, por tanto, vivir una ciudadanía restringida donde la distancia entre aquello que se quiere ser y aquello que se logra se asienta... porque en un país desigual, donde el peso de los orígenes es una evidencia fuerte, la probabilidad de levantar una imagen de sí, distinta con y desde otros, parece remota.

Ésta es la historia, por ejemplo, de la llamada *nueva pobreza*, categoría habitada por aquellas familias que durante la década de los noventa pudieron pasar de los márgenes del río, del campamento y de la choza, a lo que hoy día se conoce como villas o conjuntos de viviendas sociales. Viviendas que van de los 35 a los 48 metros cuadrados para familias a menudo de cuatro a seis personas.

«*Quiero volver al campamento*», nos decía con convicción una pobladora recientemente erradicada a una villa, mientras las demás vecinas asentían con la cabeza. Y aunque la mayoría de estas familias se muestra conforme con los beneficios que supone vivir en una casa con luz, agua y alcantarillado, la nostalgia de esa manera “comunitaria” de vivir a las orillas del río gana fuerza a medida que transcurre el tiempo. Rotos los viejos lazos de sociabilidad de la comunidad de iguales, los pobladores se enfrentan a un vecindario donde la desconfianza, el miedo y la inseguridad no tardarán en instalarse a pesar de ellos.

Integración y reconocimiento son las demandas que se escuchan una y otra vez en cada una de estas familias. Y aunque la vivienda la saben mejor que sus viejas rucas, incluso mejor que las viviendas sociales de los años ochenta, todos ellos se saben excluidos, habitantes de los bordes de la ciudad. Más educados, mejor alimentados y con techo... los nuevos pobres de este país lo que nos están diciendo es que no quieren seguir ocupando el patio trasero de nuestra democracia. En este modelo de *ciudad de fronteras*, marcada por la afirmación de una ciudadanía privada, la comunidad y las identidades fuertemente fragmentadas se viven mal.

... perdón la palabra: ‘toma perro ahí tenís... tu jaula’...»

Así contaba un poblador que se sintió cuando le entregaron las llaves de su nueva casa. Y agregaba otro vecino:

Pero, claro, son bonitos los departamentos y todas las cosas que tenís..., pero fue muy doloroso la manera de entregarlos. Porque yo pienso que la ceremonia era importante, porque es como el sello de tu sueño; o sea, es digno de... o sea, yo pienso que para

.....

todo lo que hemos luchado de estar de allegados, arrendando, pasando mil cosas, o sea, la ilusión de algo digno, era la ceremonia, y verse ahí poco menos que protestando ahí para recibir lo de uno...

... no importa si no hubiera estado el presidente, es lo de menos, pero una autoridad, por ejemplo del mismo Ministerio de la Vivienda, hubiera dado su sermón ahí, un discurso, hubiera sido como más legal, más dedicado...<sup>2</sup>

Ciertamente, el Estado de los noventa resolvió el gran déficit habitacional que se acarrea de las décadas anteriores. En Chile, en toda su historia, nunca se ha construido más vivienda social. Y ello ciertamente ha permitido resolver el problema de los sin techo y allegados de este país. Y, sin embargo, aun así, ellos quieren volver a sus ranchos. ¿De qué estamos hablando, entonces? ¿De qué se trata, entonces, el descontento de estos pobladores?

Pareciera ser que el estado y sus políticas han descuidado no sólo su rol en la construcción del lazo social que vincule de manera significativa y activa a los ciudadanos. Ha olvidado también su deber de construir un relato del Nosotros.

De lo que estos pobladores nos hablan es de ceremonial, de gestos, de símbolos que aglutinen, y que acompañen uno de los mayores esfuerzos de toda familia, como es la obtención de una vivienda. Estos habitantes de Santiago, de lo que hablan, es de la cualidad del vínculo, de los términos sobre los cuales quieren y aspiran a construir su relación con el estado y la sociedad en su conjunto. Ni la mejor de las viviendas, ni la mejor de las educaciones serán percibidas como adquisición de ciudadanía si el estado descuida la construcción de vínculos sociales desde donde fortalecer la adscripción a una comunidad de sentidos, esto es, de fortalecimiento de la cohesión social.

#### 4. SUBTERRÁNEOS Y MOVIMIENTOS

Pero no todo es patios traseros en Chile. También están aquellos movimientos subterráneos que han crecido bajo el suelo de nuestra democracia. Cuando digo subterráneo, digo subsuelo, subversión, suburbano también, substrato... es decir, espacios que dan cuenta de una parte de esta sociedad que vive el desasosiego y el desconcierto a través de la búsqueda y el movimiento silencioso y activo en los intersticios de la sociedad. El ejercicio de la vida activa, diría Hanna Arendt<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Entrevistas a pobladores. Francisca Márquez, "Historias de ciudadanía entre familias pobres urbanas: la incidencia de las políticas sociales locales" (Ford, 2003, Fondecyt 1020318).

<sup>3</sup> En la condición del hombre contemporáneo, Arendt señala que estas tres actividades y sus condiciones están ligadas íntimamente a la condición más general de la existencia humana: la vida y la muerte. El trabajo no asegura solamente la sobrevivencia del individuo, sino también la de la especie; la obra y sus productos —el decorado humano— confieren una cierta permanencia, una duración a la futilidad de la vida mortal y al carácter fugaz del tiempo humano; la acción, en la medida que ella se consagra a fundar y mantener los organismos políticos, crea la condición para el recuerdo, es decir, para la Historia.

.....

Son los *Kasa Okupa, La Marraketa, Los Despreciados y Desechados, el Movimiento de furiosos ciclistas, los Clubes de abstemios, la Cofradía del mérito vitivinícola, Las víctimas del asbesto, Los Abandonados.cl, Los Traves Chile (400 travestis), la Fundación Margen y sus 6.000 trabajadoras sexuales, los Papás por siempre (1.000 padres), la Asociación de viajeros, La asociación de consumidores de Chile, El Grupo de objetores y objetoras de conciencia; La Hiphoplogía<sup>4</sup>; Tiro de Gracia, Corrosivas; Los Niños Con Spray (N.C.S); Los Desquiciada Vida Escritora (D.V.E), Las guerreras del Forestal...*

Son los espacios de fermento de identidades tribales que nos vienen a recordar a su manera el fuerte desgaste de los valores, las imágenes y los megadiscursos.

Autoafirmación de la subjetividad, apropiación y defensa de la territorialidad, comunidad emocional, comunidades de sentido, energía subterránea, sociabilidad dispersa, son conceptos que dan cuenta de que a mayor globalización y modernidad, mayor pareciera ser el deseo de identificación local e intimista; a mayor individualismo, mayor pareciera ser la búsqueda de referentes comunitarios. Y esto que es cierto para nuestro ejemplo de las villas más pobres del país, también lo es para la clase media cobijada en los condominios bucólicos en búsqueda de recuperar un estilo de vida comunitario y rural.

Son éstos los movimientos subterráneos donde la multiplicidad de sentidos propios desordena las certezas y abre la esperanza de refundar un pacto social abierto a la pluralidad.

Movimientos subterráneos que “hacen hablar” nuevas concepciones de lo social, de la política, de las instituciones, de la cultura. Representaciones y prácticas que debieran ser leídas como ‘metáforas del cambio social’ que ocupan y se valen de aquellos espacios donde la institucionalidad se ha debilitado.

Ciertamente éstos son movimientos que subyacen a lo político, a lo estatal, a lo institucional y a lo nacional. Es cultura que se gesta silenciosa e invisible, apegada a lo privado, a lo comunitario, a lo subjetivo y al *homo ludens*. Son expresiones que, aparentemente alejadas de lo político, contienen, condensan los gérmenes para repensar y rehacer nuestros viejos mapas. Actitudes, lenguajes, movimientos que, al modo de las viejas culturas tribales, nos recuerdan la importancia de la pertenencia; pertenencia a un lugar, a un grupo, como fundamento esencial de toda vida social.

Identidades fundamentalmente expresivas de gestación lenta, que en su invisibilidad nos hablan de una cultura más diversa, tolerante, y democrática.

---

<sup>4</sup> Lalo Meneses, VI Encuentro de la Calle, 2 de noviembre del 2002: “La gente de las poblaciones tenemos que ser sayayiones, incorrompibles, loco, tómate un copete, chúpalo, yo no hablo con huevones. Me querís hablar, háblame lúcido, que fúmate un cigarro, no yo no fumo huevás, yo fumo marihuana. Eso hago. Y creo y pienso. No me preocupo por huevás. ¿Y saben lo que pienso?, que este sistema es una mierda, ¿están vivos o no? Yo no soy amigo de los yankees, yo soy amigo de los negros, soy amigo de la cultura de los guetos, yo quiero volver a mis orígenes. Mi origen es Huamachuco, mi origen es Cerro Navia. Todos los días nacen breakers bacanes en la periferia, graffiteros bacanes...”, José Bengoa, “Identidad e identidades: la construcción de la diversidad en Chile” (Fondecyt 1020266).

.....

## 5. CONCLUSIONES

En fin, a partir de este breve ejercicio etnográfico quisiera terminar señalando dos aspectos que me parecen centrales al momento de hablar de desafíos democráticos, y en especial de la relación entre cultura y democracia.

### **Las categorías con las cuales leemos e interpretamos la realidad**

Comparto con los últimos Informes de Desarrollo Humano que un sello distintivo de esta época es su carácter paradójico, concepto que aparece reiteradas veces en estos informes, y que probablemente esté en la base de nuestro desconcierto.

Ciertamente su carácter paradójico no está dado sólo por las contradicciones empíricas y subjetivas de esta realidad social en permanente transformación, sino también por nuestras dificultades para comprenderla y aprehenderla en su complejidad. Cuando hablamos de esta sociedad paradójica, de lo que estamos también dando cuenta es de nuestra perplejidad y de nuestra dificultad para dar cuenta comprensiva de aquello que Marcel Mauss denominó “un hecho social total”; es decir, una comprensión de la vida social como un sistema de relaciones, más que una sumatoria de componentes aislados entre sí. Y donde la unidad del todo es más real que cada una de sus partes.

Si existe un desconcierto en la cultura, es sin duda porque también nuestra manera de leer y de interpretar los cambios sociales exige transformarse.

Por ello es que aplaudo los desconciertos por sobre las certezas. Hoy más que nunca necesitamos de nuevas categorías de comprensión que nos permitan dejar que la realidad se nos muestre como un todo, fascinantemente complejo. De lo que se trata, por ende, no es de su desmenuzamiento, sino de descubrir cuáles son estas nuevas dimensiones, estos nuevos ejes, si es que los hay; sus tensiones y fuerzas que operan en darle vida y dinamismo como un todo.

### **Los soportes necesarios a las condiciones del individuo en sociedades desiguales**

Coincido con Norbert Lechner en la perspectiva de que los procesos de individualización constituyen una fuerza, una impronta de nuestros tiempos que no puede ser obviada. Y si hay algo fascinante de estos tiempos, es el surgimiento del sujeto como pieza clave en la comprensión de las mutaciones contemporáneas de nuestras sociedades.

En la tradición sociológica, el individualismo siempre fue percibido negativamente, como una amenaza para el orden social. El gran temor de Weber era el triunfo de una racionalidad instrumental fría, sin referencia a los valores; el temor de Durkheim se resumía bien en los términos de anomia y pérdida de cohesión social; y aún Tocqueville, pensador liberal, manifestaba su temor a que cada uno se preocupara más de su pequeña sociedad personal que de la gran sociedad. La sociología clásica se prohibió la consideración de la capacidad reflexiva de los individuos, siempre reduciendo el actor a la aplicación de un programa colectivo.

.....

Mi hipótesis (y no la mía solamente) es que precisamente en esta relación de no adhesión inmediata —de movimientos subterráneos y patios traseros— reside lo esencial de nuestro tiempo. De lo que se trata hoy es de poder comprender cómo, en un movimiento simultáneo, los individuos son actores condicionados socialmente; y cómo, siendo actores, logran producir nuevas estructuras de sentidos y de control social.

Construirse como sujeto, permanecer maestro de su propia historia, autor de su individualidad, suenan invitaciones fascinantes a los oídos de cualquiera de nosotros. Pero el punto no es éste, sino el de los soportes que sociedades desiguales como las nuestras pueden ofrecer a quienes aspiran a acceder a esta invitación de la modernidad.

En el discurso liberal o neoliberal, el planteamiento es que existen individuos que no demandan sino poder expresarse como tales, desarrollar sus capacidades de iniciativa sin las restricciones estatales o burocráticas. Bastaría, entonces, liberar al individuo de estas restricciones para que adquiriera toda su fuerza y productividad económica y se desarrollara personalmente. Desde esta mirada, el individuo aparece como sin condicionantes históricas y sociales de existencia.

En contra de esta posición sobre el individuo, prefiero la hipótesis que levanta Robert Castel cuando señala que los individuos no existen como sustancias en sí; que, para existir como individuo, es necesario tener *soportes*, esto es, recursos simbólicos que alimenten su comprensión y su quehacer en sociedad, lo que hace necesario interrogarse sobre cuáles son aquellos recursos que le permiten al individuo existir como tal. En este sentido, no hay posibilidad alguna de un individuo autónomo, propietario de sí mismo, si no posee los bienes básicos que lo ponen fuera de situaciones de dependencia y sumisión. Propiedad de sí y propiedad de recursos o de capitales, en el sentido que les da Bourdieu, son indisociables.

En Chile, sin embargo, las características que asumen las profundas transformaciones de la estructura social y ocupacional, dan cuenta de que ni siquiera tener un trabajo asalariado garantiza ser parte de una red de seguridad social ni tampoco dejar de ser pobre. Ser asalariado y vivir en condiciones de vulnerabilidad o pobreza es una realidad en nuestro país.

En sociedades modernas de diferenciación y segmentación creciente, como es la chilena, los modelos de integración no parecen estar asegurados. Lo definitivo parece ser la capacidad de cada individuo de combinar las distintas propuestas y construirse sus propias respuestas.

Pero en Chile, tal como lo muestran innumerables estudios y encuestas, la percepción de la desigualdad —esto es, del peso que adquiere la familia de origen en la probabilidad de que sus miembros puedan ejercer plenamente sus derechos económicos, sociales y políticos e iniciar trayectorias de movilidad social— ha ganado lugar en nuestro imaginario. Es una evidencia que nos advierte que sin trabajo digno y sin equidad, el individuo no se levanta.

.....

Pero nuestro ejemplo de la nueva pobreza también arroja una última luz que quisiera señalar: la construcción de un individuo más autónomo y más ciudadano exige también de soportes, según los definimos antes: recursos simbólicos que alimentan su comprensión y su quehacer en sociedad.

En un hermoso libro sobre el estado en Bali, Clifford Geertz, antropólogo inglés, nos cuenta que los balineses, no sólo en rituales en la corte, sino en general, vaciaban y modelaban sus ideas más integradoras sobre la realidad y sobre las formas en que los hombres deberían actuar, en símbolos aprehensibles por los sentidos. Flores, danzas, melodías, gestos, cantos, ornamentos, templos, máscaras —y no conjunto de «creencias» aprehendidas discursivamente— daban forma y contenido a estas representaciones de la sociedad.

El ritual en Bali, y muy particularmente el ritual estatal, por muy concretamente que éste se desplegara y por muy irreflexivamente que se aprehendiera, siempre incorporaba doctrina en el sentido literal de «enseñanzas».

Elaborar una poética del poder, y no una mecánica, constituye hoy en Chile un desafío democrático que no debiéramos jamás abandonar.

.....

## **PALABRAS DE CIERRE: ENFRENTANDO NUESTROS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS**

**RODRIGO EGAÑA**

Subsecretario Ministerio Secretaría General de la Presidencia

Hemos estado atentos al trabajo que se ha llevado a cabo en este seminario. Sin duda se trata de una iniciativa que tiene una trascendencia enorme, tanto por lo que se expresa en sus conclusiones, como por la señal que se le está entregando al país.

Recuerdo que cuando asumimos con el ministro Huenchumilla la Secretaría General de la Presidencia en marzo de este año, una de las cuestiones que nos pareció en ese momento de vital importancia era establecer una forma de colaboración con los centros académicos de la Concertación. Pero era un momento complicado —fines de marzo, principios de abril—, en que ciertamente el gobierno estaba en una situación muy compleja. En las primeras conversaciones había una combinación de dos sentimientos: frustración —por la situación en que estábamos—; y la certeza que era imposible que nos quedáramos en esa situación, que era imposible tanto para los que teníamos responsabilidades de gobierno como para quienes, estando comprometidos con los ideales que la Concertación ha ido impulsando todos estos años se encontraban abocados a otras actividades. Yo creo que en estos meses se ha dado una relación virtuosa de mutuo apoyo, de mutua observación y de mutuo juicio común sobre lo que está pasando y lo que deseáramos que pasara.

El trabajo que los centros han empezado a realizar conjuntamente debe prolongarse. Todos sabemos —y aquí veo a muchos que han estado o que están en funciones de gobierno— que la cotidianidad en las tareas muchas veces nos impide mirar un poco más allá; nos impide mirar críticamente lo que estamos haciendo, y nos impide generar nuevas ideas que, con solo escucharlas o plantearlas en una conversación, nos permitan revisar las prácticas, propuestas e iniciativas que se están haciendo.

El trabajo de estos centros tiene, además, otra gran virtud, patente en las conclusiones que ustedes extraen, que es empezar desde ahora a repensar lo que tenemos que ofrecerle al país. Creo que todos estamos convencidos —por lo menos, es mi convencimiento y el del equipo que trabaja en la Secretaría General de la Presidencia, en La Moneda, y también en el equipo político del gobierno— que tenemos que ofrecer una nueva esperanza al país. No podemos evitar o eludir asumir esa responsabilidad y ese compromiso. En eso podemos y debemos tener la mejor de las colaboraciones, la mejor de las posibles interacciones, para cumplir el conjunto de tareas y compromisos que el Presidente ha definido y los que quedan por realizar en los dos años que restan.

.....

Por otro lado, debemos apoyar el fortalecimiento de la Concertación. Con toda la crítica que le podamos hacer a la política o a los partidos, no vamos a tener mucho futuro en el mundo de la política si no tenemos partidos renovados y una mejor Concertación. Al mismo tiempo, requerimos un movimiento social, sobre todo un movimiento laboral, más fuerte, que pueda hacer contrapeso a los otros intereses que se desarrollan constantemente. Y creo que eso se alimenta por la existencia de grupos de personas como las que están hoy día en estos centros, o las que puedan estar en el futuro colaborando con los centros que se encuentran en un proceso de reflexión, de revisión crítica de lo que se está haciendo, y de generación de propuestas.

Tenemos por delante dos años que van a ser extraordinariamente importantes. La elección municipal no sólo va ser una medición electoral, sino también una posibilidad real de ofrecer en las distintas comunas, programas y ofertas de desarrollo que sean más creativos y mejores que los que ofrezca la oposición. Y después tenemos el enorme desafío de ofrecerle al país no sólo un cuarto gobierno de la Concertación, sino un gobierno que, basado e impulsado por los mismos criterios y valores éticos, se haga cargo de todas aquellas cuestiones que ustedes han recogido hoy día y que tendremos que discutir en forma mucho más amplia.

Quiero felicitar a organizadores y agradecer las ideas de los participantes en este evento. Soy testigo de lo que ha costado, pues no es sencillo lograr coordinar a ocho centros de estudio. La tendencia natural es a trabajar solos. Si no es fácil ponerse de acuerdo al interior del Gobierno, entre instituciones que tienen un eje común y que se supone tienen una manera jerárquica y ordenada de resolver las cosas, es mucho más complejo que ocho instituciones con programas diferentes, que responden a veces a orientaciones doctrinarias algo distintas y peculiares, puedan ponerse de acuerdo en una tarea como ésta. Por lo demás, es probable que otros centros se interesen en sumarse al proceso de reflexión colectiva.

Como lo manifestamos en nuestra última reunión de trabajo, queremos seguir apoyando esta iniciativa, facilitando la realización de este trabajo, porque creemos que hay una enorme expectativa acerca de lo que de aquí pueda surgir. Nuestra certeza es que acá se ha sembrado una pequeña semilla que, junto a otras, nos permite hoy día estar en una situación mucho más saludable política y socialmente, para mirar los grandes desafíos democráticos que tenemos hacia el futuro.

## CONCLUSIONES\*

Los centros de estudio ligados a la Concertación realizaron el seminario NUESTROS DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS, los días 12 y 13 de noviembre del año 2003. Con esta iniciativa, se ha puesto en marcha un proceso cuya finalidad es elaborar en conjunto una propuesta sobre el tipo de sociedad democrática que el país requiere para resolver los problemas que afectan su desarrollo, aprovechar las oportunidades que se le han abierto a partir de la década de los noventa y plantearse un futuro de renovadas esperanzas.

Concluida la etapa iniciada con el triunfo del NO en 1988 y superada la fase de contracción del crecimiento del período 1998-2002, adquiere prioridad la necesidad de generar un espacio para desarrollar un trabajo de reflexión y debate sobre los nuevos desafíos democráticos que enfrenta la sociedad chilena en el siglo XXI.

Nuestro objetivo principal es mirar la democracia desde la democracia y crear condiciones para repensar sus bases, transformarla en el sentido común de nuestra sociedad y asegurar su sustentabilidad en el tiempo. Hacerlo hoy significa evitar el riesgo de mirar con complacencia los logros alcanzados en esta etapa que se cierra con los tres gobiernos de la Concertación, y avanzar en la definición de una propuesta que estimule el desarrollo de un nuevo ciclo político cultural para Chile. A nuevos desafíos, nuevos sueños que nos interpreten en nuestras aspiraciones más profundas. Esto significa que, como sociedad, tenemos la obligación de plantearnos para el mediano y largo plazo, objetivos de desarrollo humano que, además de mejorar el bienestar material de toda la población, mejoren nuestra calidad de vida social y democrática, y renueven nuestro sentido de pertenencia a una nación libre, justa y solidaria.

En este primer encuentro, diseñamos un programa de trabajo pensando en que el diálogo y la reflexión sobre los desafíos que enfrentamos tenían que partir por el análisis de los profundos cambios culturales experimentados por la sociedad chilena en este período y por la interpretación que de ellos ofrecen los informes sobre el Desarrollo Humano en Chile del PNUD. La ponencia de apertura a cargo de Norbert Lechner, «Los desafíos políticos del cambio cultural», sintetiza los resultados de esos informes y nos propone «frentes de batalla» para encuadrar la lucha política dentro de nuevas coordenadas culturales. Dicha ponencia, y los comentarios de Antonio Cortés Terzi y Eduardo Saffirio, nos muestran el vínculo de necesidad existente entre la comprensión de la sociedad y la capacidad de transformarla en función de un futuro deseable.

En igual medida, nuestro trabajo fue diseñado en el supuesto que, para liderar nuevos sueños, es indispensable darle nuevos contenidos y representatividad a la democracia; revertir el

---

\* Se agradece el texto preparado por Eduardo Muñoz (Corporación Tiempo 2000), basado en la recopilación de las conclusiones elaboradas en las distintas comisiones de trabajo y presentadas en el Seminario por Marcelo Contreras (Fundación Chile 21).

.....

cuadro de deterioro que afecta a la política, mejorar su calidad y relegitimarla en la sociedad; contar con una economía al servicio de las personas; y diseñar y aplicar políticas públicas que se hagan cargo de los «patios traseros» de la modernización, donde conviven la desigualdad, la pobreza, la exclusión, y una sentida demanda de reconocimiento por parte de los actores sociales. Para ello contamos con las ponencias de Carlos Peña, Ricardo Ffrench-Davis y Francisca Márquez, quienes desde distintas perspectivas nos ayudaron a ilustrar las debilidades y vacíos que debemos enfrentar.

Tratándose de una iniciativa que tiene como finalidad pensar un nuevo proyecto de desarrollo para Chile, el enfoque metodológico que hemos adoptado permite la más amplia participación de intelectuales, académicos, profesionales, juventud, actores sociales y políticos. El sello participativo del proceso que hemos iniciado será una preocupación permanente de la Secretaría Ejecutiva encargada del proyecto.

En el desarrollo de esta iniciativa nos hemos propuesto recrear, a partir del análisis del pasado y del presente, un sentido de pertenencia a una comunidad de ideales, valores y afectos que expresen nuestro compromiso con Chile y proyecten a futuro la obra de la Concertación.

Para el primer hito de nuestro trabajo, nos propusimos analizar con los participantes tres ejes de reflexión básicos en el desarrollo del proyecto. En primer lugar, planteamos la necesidad de disponer de un diagnóstico de la democracia que recuperamos y de la superación, en la etapa reciente, de los tiempos de amenaza que pesaron en su marcha hacia la normalidad institucional. En segundo lugar, propusimos a los participantes que identificaran la naturaleza específica de los desafíos que debemos asumir para que la democracia se desarrolle y eche raíces en la sociedad. Por último, un tercer eje de la reflexión fue la definición de las condiciones y herramientas sin las cuales la sociedad chilena no podría asumir con posibilidades de éxito los desafíos que le esperan.

A continuación proponemos las principales conclusiones en cada uno de los tres ejes de reflexión que se debatieron en el seminario.

## **1. DIAGNÓSTICO SOBRE EL ESTADO DE LA DEMOCRACIA**

En el marco creado por la Concertación, Chile recuperó la democracia y ha experimentado en los tres gobiernos liderados por la coalición cambios profundos que no tienen parangón en la historia anterior. Gracias a las fuerzas político-culturales que lideraron el proceso de retorno a la democracia, el país pudo superar tiempos difíciles y amenazas de diverso orden, manejar los riesgos de reversión autoritaria y consolidar el funcionamiento de su institucionalidad pública. Gracias a los gobiernos de la Concertación, Chile ha vuelto a gozar de respeto en la escena internacional, participando de manera activa en un mundo dominado por procesos de globalización, con urgentes demandas de coordinación y gobernabilidad. Gracias a los gobiernos de la Concertación, el país ha fortalecido las bases institucionales y materiales de su estrategia de crecimiento, suscrito diversos acuerdos comerciales bilaterales que lo

.....

obligan a asumir los estándares que la economía global exige, y ha dado prueba de su capacidad para sortear riesgos en contextos de más inestabilidad e inseguridad. Gracias a una firme voluntad política, desde el primer día, los gobiernos de la Concertación se hicieron cargo de la inmensa deuda social heredada de la dictadura, privilegiando políticas y medidas para paliar sus consecuencias más graves. Por último, gracias a la paz, a la estabilidad política y a la gobernabilidad, el país ha podido asumir las heridas del pasado, hacer justicia a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos y abrir espacios para avanzar en el camino de la reconciliación, en un clima de verdad y reconocimiento.

Ni en cifras ni en la realidad cotidiana el Chile democrático es comparable al Chile de la dictadura. Hoy Chile es otro país. Sin embargo, por las tendencias y magnitudes de los cambios culturales producidos en un clima de más libertades, más tolerancia, más diversidad y pluralismo, mayor apertura al mundo, más oportunidades, y más relevancia de la vida individual, el sentido de la racionalidad política de dos procesos que han copado la agenda del período, la transición y la modernización, ha perdido significación para una mayoría de la población. Junto a logros innegables que se expresan en los indicadores del censo 2002, lo que ha tocado fondo es un libreto, una carta de navegación que cumplió los objetivos para sacar adelante al país en una etapa compleja de su historia. La otra cara de ese éxito es todo lo que quedó postergado, lo que no pudo asumir la racionalidad del libreto. Es por ello que en el diagnóstico se empieza a imponer como una evidencia la idea del agotamiento natural de un ciclo. *En lo político*, este ciclo estuvo marcado centralmente por la transición a la democracia, por el funcionamiento y consolidación de las instituciones, y por el impulso dado a las modernizaciones en distintos ámbitos. *En lo económico*, por el perfeccionamiento de los mercados, un manejo responsable y eficiente que no ha cedido a tentaciones populistas, la apertura hacia el exterior mediante nuevos tratados y la creación de condiciones para mantener los mayores niveles de crecimiento posibles, dados los contextos internacionales. *En lo social*, por un enfoque de políticas públicas que ha privilegiado un modelo de integración vía realización personal de oportunidades. Finalmente, *en lo cultural*, el ciclo que termina ha provocado el surgimiento de fenómenos, comportamientos y demandas que desafían al conjunto del sistema político, a los partidos, los sindicatos, y a instituciones tradicionales como la escuela, la familia y la iglesia, así como también a las imágenes y representaciones habituales que servían para reconocernos como partes de un mismo país.

En resumen, la Concertación ha liderado cambios profundos, en muchos sentidos estimulantes, porque obligan a replantearse la pregunta sobre la capacidad de la política para proponer a la sociedad nuevos derroteros. Los sigue liderando, y aspira legítimamente a seguir en el futuro conduciendo al país hacia nuevas fronteras. Pese a ello, hay una falla importante, y es que la Concertación no se ha dado a la tarea de elaborar un discurso sobre sí misma que ponga en perspectiva su propia obra y que contribuya a darle un sentido a la carta de navegación que construyó para el Chile de la última década del siglo XX.

## 2. IDENTIFICACIÓN DE LOS PRINCIPALES DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS

Del diagnóstico, surge como primer desafío la necesidad de avanzar a partir de lo construido, y proceder a identificar, conocer e interpretar los cambios socioculturales que han ocurrido en estos trece años de gobiernos de la Concertación.

Es un hecho que en los cambios ocurridos anidan nuevos desafíos y potenciales riesgos de aprovechamiento para fines demagógicos, populistas y posiciones conservadoras. Una prueba de ello es la ideología antipolítica y el discurso antipartidos que alientan desde tecnócratas hasta políticos profesionales. Pero también estos cambios socioculturales constituyen una oportunidad para repensar y recrear la política, haciendo de ellos su principal materia prima. En conductas sociales extendidas, como el fatalismo y la resignación, el miedo y el repliegue sobre la vida privada, hay en general una velada crítica hacia la forma en que la política se ha desplazado, siguiendo el movimiento de la sociedad, desde lo colectivo a lo personal. La consecuencia más importante de esto ha sido la desaparición de la política como actividad encargada de traducir los problemas privados en problemas públicos, y en muchos casos la declinación de sus figuras representativas por obra de un estilo que privilegia el protagonismo mediático, el escándalo y la trivialidad. Esta pérdida de relevancia de la política como instancia encargada de dar respuesta colectiva a los problemas privados y públicos, constituye un segundo desafío en el Chile democrático de hoy y del futuro.

Por la evidencia disponible de otros países, si la política no se hace cargo de su descrédito y del cuadro de deterioro material e intelectual que la afecta, es impensable la posibilidad de recrear la democracia y conjurar los riesgos que representan las aventuras populistas. Por eso, como tercer desafío democrático, sin perjuicio de seguir perfeccionando las instituciones, debemos hacernos cargo de los déficits que pesan sobre nuestra democracia y construir ciudadanía política, civil y social. Queremos ciudadanizar la política y estimular formas de expresión que den cuenta de la diversidad de la sociedad, dotarla de herramientas que contribuyan a su capacidad de acción y vinculen, como parte del proceso político, participación y democracia.

La noción de mercado se ha tornado omnicomprensiva, y en muchos aspectos ha terminado por colonizar la referencia a la democracia. Un cuarto desafío consiste en darle sustentabilidad a la democracia sin supeditarla al criterio único del crecimiento. La democracia debe ser condición de un desarrollo económico sostenible y justo. Esto significa que la democracia, junto con hacerse cargo del crecimiento, debe ampliarse más allá del campo político-institucional y transformarse en el núcleo valórico de nuestra convivencia. Por otra parte, para hacer realidad la exigencia de progreso social, de libertad, de igualdad, el crecimiento debe transformarse en una responsabilidad de todos los actores de la sociedad; y la democracia, abarcar todos los campos de actividad en que se mueven los distintos actores, incluida la empresa.

.....

Por último, como quinto desafío, se plantea la necesidad de promover un nuevo pacto político de democratización basado en un proyecto de sociedad que sea portador de una alternativa progresista; uno claramente diferente al proyecto de la derecha. El proyecto a que aludimos pone énfasis en un modelo de regulación e integración social que asume el concurso de la sociedad como base indispensable para el desarrollo de las personas; que promueve relaciones sociales basadas en la confianza, la reciprocidad y el civismo, mayor calidez del vínculo social, mejor calidad de las relaciones intersubjetivas; que se ocupa de crear espacios públicos y de dotar a los ciudadanos de mayores capacidades para decidir sobre su destino colectivo e individual; y que enfrenta como un deber de una vida social justa, el combate a las formas tradicionales y nuevas que reviste la desigualdad.

### **3. CONDICIONES Y REQUISITOS PARA SUSTENTAR UN NUEVO CICLO DE DESARROLLO POLÍTICO**

- a) Hacer el balance de la obra de la Concertación, valorar positivamente los cambios que desde el gobierno hemos contribuido a generar, y comprender el ciclo que termina como parte de un proceso en que la sociedad chilena hizo su transición desde la dictadura a la democracia, y al mismo tiempo vivió un intenso proceso de modernización.
- b) Integrar los estudios de base sobre la sociedad chilena, intensificar la reflexión sobre sus principales problemas, institucionalizarla y traducirla en términos políticos. Para identificar la naturaleza y el sentido de los nuevos desafíos, proponer una sociedad justa y liderar un nuevo ciclo político cultural, es necesario recomponer el nexo entre interpretación y transformación de la vida social.
- c) Relegitimar la necesidad de la política y redefinir la Concertación como una cultura de centroizquierda que trasciende los partidos. Una de las brechas que sólo la política puede zanjar es la que separa el aumento de los derechos individuales, de la capacidad efectiva de los individuos para tomar el control de su destino. La función de la política es dotar a la vida social de significación y promover la búsqueda de soluciones públicas a los dramas privados. Para cumplir con este propósito, la Concertación tiene que renovar y reinstalar la política en el contexto de los desafíos culturales que le plantea la sociedad chilena actual y mirarse a sí misma como parte de un ethos social progresista que rebasa las identidades partidarias.
- d) Progresar hacia una democracia de ciudadanos para darle un sustento sólido al desarrollo de la democracia como ethos cultural de la sociedad. Ello implica construir ciudadanía, generar espacios de deliberación efectivos, potenciar formas de asociatividad y fortalecer el "cemento emocional" de la vida colectiva. Uno de los principales obstáculos que nuestra democracia debe superar es la sensación de que los espacios de participación no tienen poder para influir en la toma de decisiones sobre la vida colectiva. Esta disociación entre participación y democracia, y una baja percepción de la presencia del vínculo

.....

colectivo a la hora de enfrentar dificultades, son tendencias que plantean la urgente necesidad de una política centrada en el objetivo de construir sociedad y sentido de pertenencia.

- e) Unir en un proceso de reconstrucción de un proyecto de país, palabra y acción, discurso y experiencia, en torno a desafíos claves para nuestro desarrollo: educación, innovación, desigualdad, calidad de vida social y liderazgos políticos.

## ANEXO

# “EL REENCUENTRO DEMOCRÁTICO Y LOS DESAFÍOS DEL FUTURO”

DECLARACIÓN DE LOS CENTROS DE ESTUDIO, 9 DE SEPTIEMBRE DE 2003

La democracia es un bien fundamental que suele permanecer invisible, o es asumida como un fenómeno natural o, lo que es peor, como un hecho irrelevante para muchos cuando se la tiene. Arrasada por el golpe militar e interdicta por casi dos décadas de dictadura, su ausencia fue la oportunidad de apreciarla en toda su significación en el inmenso vacío que nos dejó. A treinta años del golpe de estado, el valor de la democracia es indiscutible, e injustificable su interrupción por la fuerza.

La pérdida de la democracia nos trajo sombras y dolores. Miles de chilenos fueron torturados, asesinados, exiliados, y millones amordazados, humillados y excluidos. Pero esas experiencias, al mismo tiempo, marcaron a fuego nuestras convicciones. Como nos ha señalado el Presidente Ricardo Lagos, construiremos el mañana “sobre la base sólida en la cual las lecciones del dolor y el quebranto son incorporadas a nuestra memoria histórica”.

A partir de estas lecciones, los centros de estudio firmantes, ligados a la Concertación de Partidos por la Democracia y que representamos distintas culturas políticas, queremos expresar que, habiendo tenido distintos grados de responsabilidad en el desenlace del 11 de septiembre, desde ese mismo día los demócratas hemos empezado a recorrer un largo camino de reencuentro.

Reencuentro en lo aprendido duramente, cuando otros creaban bandos, leyes y políticas destinadas a violar sistemáticamente los derechos humanos; se apropiaban indebidamente de bienes que eran de todos los chilenos; perseguían partidos, sindicatos y organizaciones sociales; expropiaban e intervenían medios de comunicación clausurando la libertad de expresión; tomaban decisiones basadas en el poder de la fuerza y el dinero.

Reencuentro en los sólidos lazos construidos para resistir la dictadura y recuperar la democracia, en el valor del diálogo, la tolerancia y el respeto por la diversidad, así como en el rechazo a la violencia física y verbal, antesala de la violencia política y de las armas.

Los demócratas hemos aprendido las duras lecciones de nuestro pasado reciente. Juntos hemos aprendido a revalorizar la democracia como el espacio y límite de la acción política y nos reencontramos, quienes ayer éramos adversarios, en la defensa de todos los derechos humanos: civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, cuya vigencia y promoción nos compromete de manera permanente.

.....

## **ORGULLOSOS...**

El reencuentro de los demócratas, materializado en una coalición de centro izquierda, le ha cambiado el rostro a Chile. Nunca antes nuestro país había tenido simultáneamente tanto crecimiento económico, paz social y estabilidad política como en estos años de gobiernos de la Concertación.

Hemos reconquistado las libertades políticas y civiles, fortalecido las instituciones democráticas y normalizado crecientemente las relaciones entre civiles y militares. Al mismo tiempo, hemos eliminado toda forma de censura, garantizado la libertad de expresión y reconocido la diversidad y pluralidad de nuestra sociedad, atacando las fuentes de discriminaciones que afectan a todas las minorías.

Hemos duplicado el ingreso per cápita en una década y, aún con una lenta reactivación como la que apreciamos en estos últimos años, el país no ha dejado de crecer. Surgen nuevos proyectos para incentivar las inversiones nacionales y extranjeras. Hemos avanzado a pasos agigantados en las relaciones políticas y comerciales con el mundo y la suscripción de acuerdos comerciales se ha expandido, ampliando el horizonte de nuestro desarrollo económico.

Hemos disminuido la pobreza a la mitad y la indigencia se circunscribe a un porcentaje muy bajo de nuestra población, al cual hoy se destina el Programa Chile Solidario. El presupuesto en educación se ha triplicado y se han abierto accesos que antes difícilmente podían disfrutar los estudiantes de bajos ingresos, aumentando los años de escolaridad. Sin precedentes en otros países, en Chile la educación media pasa a ser obligatoria. El presupuesto en salud se ha duplicado, ha crecido la esperanza de vida de los chilenos y mejorado los indicadores de salud. Se incrementa la provisión de bienes y servicios, a la par que se expande la demanda de consumo de una población cada vez más educada e informada, que exige no sólo más, sino mejor. Hemos resuelto el déficit habitacional histórico y la mayoría de los hogares cuenta con equipamientos que liberan tiempo y mejoran la calidad de vida, como bien lo señala el reciente Censo 2002.

Nuestro orgullo, porque Chile es hoy un país respetado en el mundo entero, más moderno, más libertario y más digno para todos sus habitantes, en las zonas urbanas y rurales, especialmente para los más pobres y vulnerables.

## **... E INCONFORMES**

Sin embargo, los demócratas no podemos estar conformes. Más que por nuestros errores o insuficiencias, de las que nos hacemos solidarios, al igual que de nuestros éxitos, nuestra insatisfacción tiene una causa más profunda. Porque todavía subsisten algunos problemas del pasado sin resolver, porque todavía no nos hacemos cargo como corresponde de los cambios que nosotros mismos hemos logrado en el país y, por lo mismo, porque hemos sido lentos para reaccionar frente a los urgentes desafíos de futuro.

.....

Sabemos que no tenemos una institucionalidad plenamente democrática. Las reformas constitucionales aún no logran el respaldo de la derecha, cuestión que impide contar con una Constitución política expresiva de valores compartidos por toda la ciudadanía. Por otra parte, la baja inscripción de jóvenes en los registros electorales, así como el escepticismo con que la ciudadanía evalúa la política y sus instituciones son demostrativos, también, de un déficit de cultura democrática y de la calidad de nuestra política. Frente a ello tenemos responsabilidades.

Es irrefutable el hecho de que un nuevo Chile emerge, con desafíos que surgen de nuestro propio éxito y progreso; pero también es cierto que éste coexiste con el Chile de las viejas y nuevas desigualdades, asociadas a nuestra incapacidad redistributiva y de desplegar mayores grados de igualdad entre ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes, adultos y adultos mayores; entre Santiago y regiones; pueblos originarios y mayoría mestiza.

No podemos estar conformes con una distribución tan inequitativa del ingreso y con desigualdades sociales que generan inaceptables discriminaciones y privilegios. También frente a ello tenemos responsabilidades. Se requieren nuevas ideas y propuestas de futuro que representen un punto de inflexión en lo que ha sido nuestro proyecto político y económico-social implementado en los tres gobiernos de la Concertación. Dos razones principales nos llevan a esta conclusión.

La primera es que, durante el último lustro, se observan signos evidentes de menor rendimiento del modelo seguido estos años, expresado en una desaceleración de las tasas de crecimiento económico y de deterioro del impulso distributivo.

La segunda es que los mismos progresos registrados en Chile durante los últimos trece años han generado en la sociedad chilena cambios socioeconómicos y culturales que exigirán nuevas formulaciones de políticas públicas y económicas no consideradas hasta ahora.

Finalmente, también debemos asumir los temores de los chilenos frente a un proceso de globalización que, así como abre nuevas oportunidades, genera amenazas y ahonda las inseguridades que nacen ante el miedo a la cesantía, a una vejez sin pensiones y desprotegida, a las enfermedades sin cobertura. Queremos crear un sentido de país en que todos y cada uno de los ciudadanos sean sujetos y protagonistas de su historia personal y colectiva, y en donde la solidaridad ocupe un lugar central.

## **LOS NUEVOS DESAFÍOS**

En definitiva, los desafíos de Chile de cara al bicentenario requieren de la formulación de un proyecto de país integral, que aborde las compatibilidades entre crecimiento económico, sustentabilidad ambiental y equidad social; entre desarrollo económico y desarrollo político, social y cultural; entre estado y mercado; entre globalización y protección de la identidad local; entre los desafíos propios de la sociedad del conocimiento y la modernidad tardía que enfrenta el país.

.....

Asumiendo los cambios experimentados por el país en estos trece años y de los que hemos sido protagonistas, en cuanto expresión de las mayorías nacionales, hoy debemos enfrentar nuevos desafíos para retomar la senda de un crecimiento acelerado, ampliar los espacios de libertad y de derechos ciudadanos, avanzar en el perfeccionamiento y profundización de nuestra democracia, así como en grados superiores de equidad y justicia social.

Somos parte de una de las coaliciones más estables, exitosas y duraderas de nuestra historia, compartimos una trayectoria de realizaciones que le han cambiado el rostro al país y eso nos compromete para construir un nuevo proyecto histórico de futuro.

No podemos quedarnos atrapados por el pasado, ni descansar en la complacencia de nuestros éxitos. Porque lo hemos hecho bien, tenemos la legitimidad y la oportunidad de construir y ofrecer un nuevo proyecto de futuro para Chile, mejor, más justo y solidario que el que pueda ofrecer la derecha tras su vacía consigna de "viva el cambio".

Por ello, orgullosos e inconformes, los Centros de Estudio que suscriben la presente convocatoria, expresivos de la amplia diversidad social, cultural y política que integra la Concertación de Partidos por la Democracia, convocaremos en el curso del mes de octubre a los profesionales, intelectuales y académicos que se reconozcan en estas vertientes, a una jornada de reflexión sobre los nuevos desafíos de la democracia en Chile. Y, más que un punto de llegada, queremos hacer de tal jornada un punto de partida, el inicio de un proceso de reflexión intelectual y política que integre a los diversos actores sociales y políticos que adhieren a la Concertación o comparten sus objetivos, en el esfuerzo por perfilar este nuevo proyecto de futuro.

.....

Impreso por:  
LOM Ediciones Ltda.  
Concha y Toro N° 25, Santiago  
Teléfono: 672 22 36 - Fax: 673 09 15  
Enero 2004  
1.000 ejemplares